

LA TERCERA REVOLUCIÓN

JORGE CASTRO

COLECCION SEGUNDO CENTENARIO

La Tercera Revolución.

Primera edición Argentina: 7 de agosto de 1998

© Jorge Castro

© Catálogos S.R.L.

Av. Independencia 1860

(1225) Buenos Aires, Argentina

Tel.: 381-5708 Fax: 381-5878

Impreso por: Imprenta Villagra Hnos. S.A.

Benito Pérez Galdós 2824 - 1879 Quilmes O. - Argentina

Encuadernación: Imprenta Villagra Hnos. S.A.

Diseño Gráfico: Pablo Hancevich

ISBN: 950-895-044-7

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

*A Carlos Menem,
el Presidente que transformó
a la Argentina con visión,
decisión, coraje y su condición
de líder legítimo del Peronismo.*

PREFACIO

Por más de cincuenta años, la Argentina ha vivido su historia bajo el signo de las transformaciones sociales realizadas por Juan Domingo Perón. Los años que separan el 17 de Octubre de 1945 de nuestros días sólo han acentuado el tremendo significado de aquella primera revolución que llevó a cabo el Peronismo.

En esta década asistimos a otra transformación fundamental que la historia mostrará en toda su significación. El proceso de transformaciones realizado bajo el liderazgo del presidente Carlos Menem permitió a la Argentina no sólo superar la crisis de gobernabilidad de mediados de 1989, sino retomar su camino de prosperidad e instalarse nuevamente en el marco internacional como uno de los países más dinámicos, atractivos y con mejores perspectivas de progreso al finalizar el siglo.

Hace tres años que la Argentina tiene un nivel de inflación menor que el de Alemania. Desde 1990 a 1997 ha crecido el 52%. En el transcurso de 1997, desatada ya la crisis financiera internacional en el sudeste asiático, la Argentina creció el 8,4%. Al mismo tiempo tuvo un nivel de inflación del 0,3% y el déficit fiscal es menor al 1% del Producto Bruto Interno. La Argentina adquirió, además, un grado excepcional de credibilidad por la forma en que el gobierno del presidente Menem respondió a la crisis de 1995, desatada por la devaluación mexicana del 20 de diciembre de 1994.

Los logros de esta segunda revolución en materia económica y de reinserción internacional del país proveen las bases para un nuevo proceso de transformaciones, que ya se ha iniciado en la Argentina. El eje de este nuevo proceso es, una vez más, lo social y político.

La Argentina enfrenta entonces una nueva era de

transformaciones basada en la refundación del Estado, la recreación del sistema político y el activo protagonismo de la sociedad civil. Las transformaciones realizadas en los años noventa, el reinicio de una era de progreso, partiendo de un nuevo piso histórico, permiten afrontar y resolver los múltiples problemas pendientes, en particular el desafío social.

La fuerza transformadora que se reveló el 17 de Octubre de 1945 conduce en forma inevitable a una **Tercera Revolución** destinada a enfrentar y resolver el problema del desempleo, la pobreza y la marginalidad social, para posibilitar que los beneficios del nuevo sistema económico y la nueva inserción internacional del país alcancen al conjunto de los argentinos.

De eso tratan las páginas de este libro. Asumo plenamente la responsabilidad de las afirmaciones contenidas en sus análisis pero, al mismo tiempo, señalo que resultan de un largo proceso de reflexión e intenso debate con colegas, amigos y compañeros.

La experiencia intelectual y política que implica la empresa común, profundamente abierta y crítica del **Segundo Centenario**, ha sido el marco fundamental de elaboración de la fascinante experiencia de las dos revoluciones realizadas por el Peronismo en este siglo.

Ninguna de estas ideas me pertenece en forma personal y exclusiva. Sin Pascual Albanese y Jorge Bolívar -dos hermanos a los que estoy unido desde la primera juventud- Mario Baizán, Luis Jalfen, Enrique N'haux y Jorge Raventos no se hubieran elaborado ni se podrían formular. Ningún hombre es más importante que la empresa histórica a la que sirve.

Buenos Aires, 27 de julio de 1998

Jorge Castro

CAPITULO I

VIGENCIA DEL PENSAMIENTO ESTRATEGICO DE PERON

*“Todo hombre es tan grande como la
ola que ruge debajo de él”
(Bismarck).*

La vigencia del pensamiento estratégico del general Perón, casi un cuarto de siglo después de su muerte, ratifica que, más que encontrarnos ante una personalidad histórica de dimensiones extraordinarias, estamos frente a un clásico. Y un clásico es siempre también un contemporáneo. Como tal, Perón puede ser consultado, sin mengua del interés por sus ideas, tanto en relación a su momento vital como al mundo de nuestros días. Es un pensamiento que se nutre con el sentido profundo de la historia. Así logra trascender largamente sus circunstancias.

Por su protagonismo político y su pensamiento, Perón es – ante todo– un hombre de su época. Y es a partir de la comprensión de su época que proyecta intuiciones estratégicas fundamentales sobre el mundo que viene. Hoy, al finalizar el siglo, hay cuatro de esas intuiciones estratégicas fundamentales de la obra y el pensamiento de Perón que están más vivas que nunca:

- En primer lugar, el valor de los alimentos y de los recursos naturales en el año 2000 y en las primeras décadas del Siglo XXI;
- en segundo término, el crecimiento y la necesidad, en términos prácticos y teóricos, de establecer el mundo de la producción con una perspectiva ecológica;
- en tercer lugar, la idea y la práctica del perfeccionamiento y profundización de la democracia a través de la organización libre del pueblo, que le otorgue a la sociedad –y no sólo al Gobierno, los partidos políticos y al Estado– participación y

*Las intuiciones estratégicas
de Perón dejaron de ser tales y se
transformaron en realidades
políticas en marcha.*

La presencia del trabajo organizado quiebra para siempre la estructura elitista del capitalismo liberal-burgués vigente hasta 1914. Lo social llega para quedarse.

- poder en las decisiones que afectan a los conjuntos sociales;
- y por último, aunque tal vez lo más importante, la idea de que la historia es una serie sucesiva de integraciones; que no hay más política que la política mundial; que hemos entrado en la fase transitoria de la continentalización, luego de haber realizado la fase de la regionalización; que la universalización es el sentido de la historia, su significado virtual y, al mismo tiempo, el objetivo del desarrollo histórico; que esa universalización comienza a plasmarse a partir del momento en que la política mundial se convierte en el único medio de acción de los Estados, de las sociedades, de los sectores sociales y de los individuos, que es, justamente, lo que está ocurriendo al finalizar el Siglo XX.

¿Cuál es la época de Perón? ¿Qué es lo que lo transforma profundamente en un hombre de su época y, al mismo tiempo, lo convierte en un contemporáneo proyectado hacia el futuro, a través de estas intuiciones estratégicas primordiales? Perón pertenece a una época signada por la Primera Guerra Mundial, que transforma a Europa en el teatro de una gigantesca masacre y culmina con el estallido de la Revolución Rusa. Esta era forja su pensamiento y sus categorías principales, que Perón luego traslada y traduce en la transformación político-histórica que desarrolla desde los años 1943-45 hasta su muerte en 1974.

La Revolución Rusa había significado la irrupción de lo social en un mundo hasta ese momento regido por la economía política. Es, en términos históricos, la presencia del trabajo organizado y de la

sociedad de masas, que quiebra para siempre la estructura elitista del capitalismo liberal-burgués, vigente hasta agosto de 1914. Perón advierte la crisis del capitalismo liberal-burgués, que agoniza con la Primera Guerra Mundial, y dice: “ *La Revolución Francesa terminó con el gobierno de la aristocracia y dio nacimiento al gobierno de la burguesía. La Revolución Rusa terminó con el gobierno de la burguesía y abrió el campo a las masas proletarias. Es de las masas populares el futuro del mundo.* ” ¹

El joven coronel Perón percibe que la era de lo social ha llegado y se ha instalado en forma definitiva. Por eso es que en esos años extraordinarios –de nacimiento de la monumental empresa histórica que va a conducir a partir de 1945, pero que se ha gestado ya en 1943– en esa etapa de asombrosa capacidad de acción y de clarividencia en medio de la confusión, esa comprensión profunda guía toda su acción, canalizada sobre todo a través de la Secretaría de Trabajo y Previsión que acaba de crear.

La obra fundamental de Perón en ese lapso es impulsar la organización de los trabajadores, condición indispensable para la irrupción del protagonismo político del mundo del trabajo, y tratar de persuadir a los factores de poder de la sociedad argentina acerca de la existencia de un hecho crucial. Sostiene que la irrupción de lo social es imparable. Es un hecho, afirma, “*de la evolución histórica*”, y subraya siempre el término “*evolución*”. Lo único que hay que elegir, utilizando la metáfora criolla, es la “*montura*” con que se va a tratar de conducir este hecho imparable. Por eso, anticipa, lo único que está en discu-

El Perón que forja su pensamiento y sus categorías principales es aquél que advierte la crisis del capitalismo liberal-burgués que agoniza con la Primera Guerra Mundial.

*Lo único que está en discusión -anticipa
Perón- es si la era de lo social en la
Argentina va a tener el signo de lo nacional
o de lo internacional.*

sión es si la era de lo social, en la Argentina y en el mundo, va a tener el signo de lo nacional o de lo internacional.

Perón, hombre de su época, tiene conciencia de una colosal mutación histórica. Dice, por ejemplo, el 1° de mayo de 1952: *“Nuestra única gran virtud ha sido adelantarnos al tiempo en su evolución irreversible; nuestro único mérito ha consistido en organizar la marea, para que el paso de una edad a otra de nuestra historia se realice sin grandes inconvenientes ni mayores sacrificios”*. Más tarde, en el **“Modelo Argentino para el Proyecto Nacional”** de 1974, escribe: *“Estamos en la aurora de un nuevo renacimiento, pero seríamos muy ingenuos si confiáramos en que tal renacimiento resultará un producto espontáneo de la historia del mundo”*.

Perón vislumbra tres grandes problemas en función del panorama histórico de su época:

- Primero, una sobrepoblación en relación a la disponibilidad de recursos esenciales, en particular, los alimentos.
- En segundo término, una tendencia al agotamiento de los recursos naturales no reproducibles.
- Y, en tercer lugar, la necesidad de preservar el ámbito ecológico.

Y dice al respecto: *“Tales problemas pueden tener una solución adecuada si se comprende que el universalismo no puede reducirse al campo de la concepción teórica, sino que debe hacerse efectivo a través de un proceso integral que comprometa a toda la humanidad”*.²

Perón es un clásico y, por esa razón, también un contemporáneo. A un contemporáneo no se lo ve como a un hombre del pasado. Muy por el contrario, se lo interroga sobre el presente y sobre el futuro. Cabe preguntarse entonces: ¿qué haría Perón si viviera en la década del 90? ¿qué haría ante el derrumbe de la Unión Soviética?; ¿qué diría hoy ante la existencia de una nueva “onda larga” del capitalismo? ¿qué diría ante la presencia cada vez más fuerte de lo social organizado, de la “sociedad de la comunicación y la información” que, al mismo tiempo y por ese motivo, le otorga una extraordinaria fuerza a la sociedad civil en todas partes del mundo?

Para tratar de responder a estas preguntas, conviene revisar el pensamiento de Perón en lo político, en lo histórico, en lo económico y en lo cultural.

La concepción filosófica y espiritual de Perón

En términos de su concepción filosófica y espiritual profunda, Perón piensa siempre en términos de la política mundial. Sospecha, y sostiene, que la política mundial es la única que verdaderamente existe en un sentido estricto. Esta premisa del pensamiento de Perón la comparte con los mejores espíritus, los más lúcidos y atrevidos de su momento: Oswald Spengler, Max Weber, el general Charles De Gaulle.

Por eso, advierte que los grandes sucesos internacionales son los que traman e impregnan la red de los sucesos nacionales,

Perón es un clásico y, por esa razón, también un contemporáneo. No se lo ve como a un hombre del pasado sino que se lo interroga sobre el presente y sobre el futuro.

Perón siempre piensa en términos de política mundial. Sospecha, y sostiene, que la política mundial es la única que verdaderamente existe en un sentido estricto.

sobre todo en las instancias de gran cambio histórico. Su concepción de la marcha del mundo es la de una serie sucesiva de integraciones que lleva virtualmente, en todo momento, al universalismo.

Para Perón, el sentido de la marcha del mundo no es un acontecer mecánico de fases sucesivas. Es una marcha orientada, en cada una de sus fases, por el sentido de lo universal. Es precisamente por eso que Perón siempre piensa en términos de política mundial. El 13 de mayo de 1974 señala que “*el mundo viene evolucionando, y los hombres creen que son ellos los que lo hacen evolucionar; son unos angelitos. Los hombres son el producto de la evolución, no la causa. El mundo evoluciona por factores de determinismo y fatalismo histórico. Hay muchos factores que no los controla el hombre; lo único que éste hace, cuando lo puede hacer, es que cuando se presenta esa evolución fabrica una montura para poder cabalgar en ella y seguirla*”.

Por eso afirma, en el mismo discurso, que “*el sistema capitalista es el mundo de las patrias*”, así como “*el Medioevo es el de los estados feudales*”, y ahora “*pasamos a los continentes porque la evolución va hacia entidades mayores*”.³ Subraya que estamos creando un sistema que permita cabalgar en esta nueva etapa de la evolución que, como él lo ha dicho cincuenta años antes, no es política, no es económica, sino social.

Más adelante, dice: “*Todo esto obedece a una visión más grande del problema, siempre digo que es necesario abarcarla (se refiere a la política) con un conocimiento suficiente de la his-*

*toria, para tener una visión cósmica y amplia de la vida. Sino ahí abajo, como yo lo llamo, gallináceamente circulando por el suelo, no se resuelven los problemas”.*⁴

Por eso en el pensamiento de Perón no es posible concebir el continentalismo en un sentido meramente político-administrativo. Es necesario buscar su sentido profundo, que es un sentido biológico-orgánico y espiritual. La vida, como fuerza fundamental, es la que impulsa, en el pensamiento de Perón, la historia del hombre. Es una concepción biológica y espiritual cuyo eje es la vida, no la materia. Para Perón, la vida es una realidad material, pero cuya raíz es profundamente espiritual. Como en el evolucionismo del pensador francés Henri Bergson, se aleja de toda concepción mecanicista o esencialmente materialista.

Por eso afirma el carácter progresivo de la vida orgánica del hombre en organizaciones cada vez más amplias y complejas. Perón sostiene que en las sucesivas formas que asume la asociación humana –que siempre crece en términos cuantitativos y cualitativos– podemos leer, sin las perturbaciones y sinrazones cíclicas de la historia, su camino siempre ascendente.

Pero, aun así, viendo la historia como una serie de pasos ascendentes, Perón no tiene una visión “progresista” u optimista de los acontecimientos históricos. Hay un signo trágico en su pensamiento, porque observa que, con en el paso de edades sucesivas, este feroz determinismo sólo puede ser realizado por una actitud, una acción política y cultural, fundada en la

La vida, como fuerza fundamental, es la que impulsa, en el pensamiento de Perón, la historia del hombre. Es una concepción biológica y espiritual cuyo eje es la vida, no la materia.

*Para Perón, la vida
es una realidad material,
pero cuya raíz
es profundamente espiritual.*

más amplia y profunda libertad.

Existe un sugestivo paralelismo entre este pensamiento y el de Teilhard de Chardin, quien también cincuenta años atrás decía: “*La humanidad, después de haber cubierto la tierra con un tejido viviente débilmente socializado, está en trance de anudarse a sí misma, racial, económica, política y mentalmente. Con una rapidez y precisión constantemente acelerada; irresistiblemente el mundo humano se ve arrastrado a formar bloques. La humanidad converge sobre sí misma*”.⁵

En septiembre de 1973, en un mensaje enviado a la Cumbre de Argelia, Perón sostiene: “*Es indudable que la evolución humana en sus diversos aspectos vitales, nacionales e internacionales, se dirige, como ha sucedido a lo largo de la historia de nuestra tierra, hacia integraciones mayores. Del hombre aislado pasamos a la familia; de ésta a la tribu; luego al estado primitivo; la ciudad; al estado medieval; la nacionalidad; y ahora avanzamos en el continentalismo como lo prueban las organizaciones al estilo del Mercado Común Europeo*”.

Este es el nudo del pensamiento de Perón. Por eso, en el último capítulo de su testamento político-doctrinario, el “**Modelo Argentino para el Proyecto Nacional**” –así como en el capítulo XV de *El Príncipe*, “El llamado a la libertad”, Maquiavelo se refiere a la liberación de Italia de toda dominación extranjera– Perón se pregunta cuál es el papel de la Argentina en la comunidad mundial. Y señala que “*la Argentina opera dentro de la sociedad mundial, y*

esto no es incompatible con su independencia esencial. Veo con claridad que la sociedad mundial se orienta hacia un universalismo, que en un futuro relativamente cercano nos puede conducir hacia formas integradas en el orden político, tanto como en el económico, como en el social. (...) La etapa del continentalismo constituye una transición necesaria. Los países han de unirse progresivamente sobre la base de la vecindad geográfica, sin pequeños imperialismos locales”. ⁶

La Argentina como comunidad organizada

Perón advierte que el regionalismo y el continentalismo se hallan cercanos, e intenta definir en ese contexto el concepto de la “*argentinidad esencial*”. En el “**Modelo Argentino para el Proyecto Nacional**”, sostiene: “*El hombre es el único ser de la creación que necesita habitar, para realizar acabadamente su esencia. El animal construye una guarida transitoria, pero el hombre es el único que instaure una morada en la tierra, esa es la patria. El universalismo constituye un horizonte que ya se vislumbra; y no hay contradicción alguna en afirmar que la posibilidad de sumarnos a esta etapa naciente descansa en la exigencia de ser más argentinos que nunca. El desarraigo anula al hombre y lo convierte en definido habitante de un universo ajeno*”.⁷

Para Perón, el continentalismo y el universalismo son el

“La Argentina opera dentro de la sociedad mundial y esto no es incompatible con su independencia esencial”.

“La etapa del continentalismo constituye una transición necesaria. Los países han de unirse sobre la base de la vecindad geográfica, sin pequeños imperialismos locales”.

sentido y la razón de la historia. Pero esto no es contradictorio con la afirmación de una *“argentinidad esencial”*. Por el contrario, en el pensamiento de Perón la noción histórica de continentalismo-universalismo adquiere su sentido en estrecha vinculación con la afirmación de una *“patria de los argentinos”*. Es a medida que avanza esta noción de *“patria de los argentinos”* –como su hogar, su identidad y como esencia de la argentinidad– que también avanza y adquiere su sentido la noción de continentalismo-universalismo.

Esto se refleja en **“La Comunidad Organizada”**, la verdadera obra clave de su pensamiento, y en el **“Modelo Argentino para el Proyecto Nacional”**, donde Perón plantea las disyuntivas de la época en términos más generales, de orden filosófico. En la primera de ambas obras, formula la disyuntiva entre individualismo y colectivismo. Advierte que el individualismo pertenece al pasado. Lo identifica incluso con sociedades en las que los individuos carecen de documentos de identificación y viven muchas veces al margen de la economía y la circulación de dinero. El mundo avanza, sostiene, hacia sociedades colectivas donde los individuos están cada vez más integrados, más asociados, más anudados los unos con los otros. Ese es su mensaje, el concepto de la época, de ese pensamiento acerca de que las sociedades tienden a converger sobre sí mismas.

Esa es la clave en que Perón escribe **“La Comunidad Organizada”**, obra en la que retoma sus afirmaciones de los años ‘43, ‘44 y ‘45, acerca de que ha llegado la era de lo social. Pero aclara Perón: *“Nosotros somos colectivistas, pero la base de ese*

colectivismo es de signo individualista, y su raíz, es una suprema fe en el tesoro que el hombre, por el hecho de existir, representa”.⁸ Para Perón la opción está hecha: el individualismo murió y lo único que hay en el mundo como fuerza histórica es el colectivismo. Pero, frente a la concepción totalitaria de raíz marxista, Perón afirma que la opción de la Argentina es la de “*un colectivismo de raíz personal*”.

Más expresivamente aún, dice Perón: “*Ni la justicia social, ni la libertad, motores de nuestro tiempo, son comprensibles en una comunidad montada sobre seres insectificados,*⁹ *a menos que a modo de dolorosa solución el ideal se concentre en el mecanismo omnipotente del Estado. Nuestra comunidad, a la que debemos aspirar –la que él propone bajo el nombre de ‘Comunidad Organizada’– es aquella donde la libertad y la responsabilidad son causa y efecto, en la que exista una alegría del ser, fundada en la persuasión de la dignidad propia. Una comunidad donde el individuo tenga algo realmente que ofrecer al bien general; algo que integrar y no sólo una presencia muda y temerosa*”.¹⁰

Perón sostiene que “*todo el arte de la política*” –sobre todo, entendida en términos de conducción, de creación, de libertad, de ejercicio supremo de la libertad hasta convertirla en una nueva forma de estética– consiste en otorgarle un sello individual y personal. Señala también que se trata de una era en que **lo universal** es lo que avanza. Y así como con respecto al colectivismo señala

Dice Perón: “Ni la justicia social, ni la libertad, que son los motores de nuestro tiempo, son comprensibles en una comunidad montada sobre seres ‘insectificados’”.

Se oponen los que no advierten que la era del capitalismo liberal burgués terminó, así como quienes insisten en la idea chauvinista y reaccionaria de las naciones aisladas.

el peligro de “*insectificar*” al hombre, en la misma clave, señala y previene –tanto a quienes no advierten que la era del capitalismo individualista liberal burgués terminó en la Primera Guerra Mundial, como a quienes insisten en una idea chauvinista y reaccionaria de naciones aisladas– que la nación es la base de la integración continental y universal, concebida como pasos sucesivos hacia una comunidad organizada mundial.

Actualidad de las intuiciones estratégicas de Perón

No pasa inadvertido que estas intuiciones estratégicas – para Perón la intuición es una forma suprema de inteligencia, mucho más rica, más humana, más genial, que la simple inteligencia analítica– se han transformado en realidades políticas en marcha. El MERCOSUR lo es y la Argentina busca afirmar, en esta década, su identidad, su cultura, su principio de nación y de argentinidad esencial, dentro de una cultura de asociación.

Asimismo, ha comenzado el proceso de discusión de una zona de libre comercio hemisférica, que en los términos de Perón de 1954 debe ir “*del Artico al Antártico*” y tiene que basarse, si es que va a existir, en una cultura americana común y no en un mero predominio de lo económico. Perón piensa en una cultura americana que integra la herencia de San Martín, de Bolívar y, también, de Washington.

Es importante subrayar que, en la visión de Perón, el continentalismo abarca, incluye, exige, la presencia de lo

anglosajón. Así lo sostiene en un discurso de 1945: “*Norte, centro y sur del continente americano, con la fuerza ancestral de sus profundas raíces autóctonas, templadas por el fuego civilizador de españoles, portugueses y anglosajones, bruñidos por las gestas emancipadoras de Washington, Bolívar y San Martín y afirmadas en su profunda voluntad soberana de naciones libres*”.¹¹

Posteriormente, en 1949, Perón va a sostener que los enfrentamientos de los países de América Latina con los Estados Unidos son “*pecados de juventud*”, formas de desplegar el difícil proceso de creación de nacionalidades, momentos necesarios de un conflicto que en lo esencial está resuelto: “*Si en la actualidad las naciones americanas experimentan el rigor de algunas dificultades, esa enfermedad es lo que se cura con el tiempo, pues si de algún defecto sufren es solo el de su extrema juventud*”.¹²

Sus intuiciones estratégicas llevan siempre, está claro, una cuota fascinante de audacia. En 1952, le dice a una delegación brasileña: “*Soy un profundo convencido de que la unión de Argentina y el Brasil soluciona todos los problemas que pudieran presentarse en esta parte del continente*”.¹³ Días antes había afirmado que “*... en el futuro, argentinos y brasileños deberemos unirnos tan indestructiblemente, tan firmemente con todos estos países de este nuevo mundo que tiene el porvenir en sus pupilas, que formemos un solo país para enfrentar a ese futuro con la fuerza, con el poder y con la decisión necesarios para subsistir en este mundo de convulsiones*”.¹⁴

Sostiene Perón en 1949: Los enfrentamientos entre nuestros países y Estados Unidos son ‘pecados de juventud’, momentos necesarios de un conflicto que en lo esencial está resuelto.

Chile debe estar presente en todos los puertos argentinos y Argentina en todos los puertos chilenos, como una sola Nación.

Un año más tarde, despliega esta misma visión con respecto a Chile. Sostiene en Valparaíso, en 1953, que la idea de “*la Argentina en el Atlántico y Chile en el Pacífico*” es errónea; que Chile debe estar presente en todos los puertos argentinos y la Argentina en todos los puertos chilenos; que es necesario actuar como una sola Nación, con un sólo proyecto político; que es necesario volver a la patria americana, abrazar el continentalismo y un espíritu verdaderamente americano: “*En nombre de los argentinos – sostiene durante el memorable discurso de Valparaíso– prometo que no hemos de obviar sacrificios para realizar en su totalidad lo que es un anhelo para el pueblo de O’Higgins y para el pueblo de San Martín*”.¹⁵

Una clara expresión de esta concepción es la conferencia pronunciada por Perón en la Escuela Superior de Guerra, en noviembre de 1953, cuando explica su estrategia para la unidad sudamericana. Allí dice: “*La República Argentina sola no tiene unidad económica, Brasil solo tampoco la tiene; Chile solo tampoco tiene unidad económica; pero estos tres países unidos conforman quizás en el momento actual la unidad económica más extraordinaria del mundo entero*”. Y sostiene: “*Esto es lo que ordena, imprescriptiblemente, la necesidad de la unión de Chile, Brasil y Argentina. Es indudable que, realizada esa unión, caerán a su órbita los demás países sudamericanos*”.

En Perón, la marcha ascendente de la historia apunta hacia lo auténtico, que tanto en el hombre como en las sociedades es **lo universal**. Por eso, lo universal no es, simplemente, una fase más

en la evolución de la humanidad. Para Perón, lo universal es lo que siempre está presente en la evolución del hombre, en cada una de sus fases. Es el hombre mismo. Así, su concepción de la persona humana expresa una inspiración cristiana, que está presente en una forma virtual.

El pensamiento económico de Perón

¿Cuál es, en este contexto, el pensamiento de Perón acerca de la economía?. O dicho de otra manera, ¿qué piensa Perón acerca del capitalismo? Desde que surge a la vida pública, en esos años decisivos de 1943, 1944, 1945, Perón aclara en numerosos discursos –hay días en que da tres discursos seguidos, en distintas partes, ante distintas delegaciones de maestras, obstetras, médicos, metalúrgicos, oficiales del ejército– que, para él, el capitalismo es la encarnación de la explotación indiscriminada que ejerce la burguesía. Pero no critica ni la formación ni la acumulación de capital. Al contrario, las considera hechos históricamente decisivos, económica y socialmente necesarios.

En 1946, Perón sostiene: “*No somos de ninguna manera enemigos del capital. Y se verá en el futuro que hemos sido sus verdaderos defensores*”.¹⁶ Dos años más tarde, afirma que “*Las economías de los países coloniales se han caracterizado por estar al servicio del capital y nosotros queremos que este capital esté al servicio de la economía*”.¹⁷ Y en 1952 avanza aún más: “*Si alguna vez se dijo que votar es la expresión formal de la libertad polí-*

El 21 de octubre de 1946 afirma: “No somos de ninguna manera enemigos del capital. Y se verá en el futuro que hemos sido sus verdaderos defensores”.

No hay contradicción alguna en afirmar que la posibilidad de sumarnos a esta etapa naciente de universalismo descansa en la exigencia de ser más argentinos que nunca.

*tica de los ciudadanos yo me permito agregar que ahorrar, esto es acumular capital, es la auténtica expresión de la libertad económica de un pueblo”.*¹⁸

Estas ideas ya han aparecido en tres discursos fundamentales que Perón pronuncia en el año crucial de 1944: ante la burguesía, en la Bolsa de Comercio; en La Plata, al dejar inaugurada la cátedra sobre Defensa Nacional; y luego, en el mes de Agosto, al constituir el Consejo Nacional de Posguerra.

Perón concibe el Consejo Nacional de Posguerra —es decir, la Secretaría de Planeamiento Estratégico de ese momento— como una herramienta fundamental para prever las consecuencias de lo que da por ineludible, el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Para Perón, la finalización de esa contienda implicaba, fundamentalmente, un cambio en las condiciones internacionales y económicas internas y la necesidad de afrontar este hecho en la plenitud de sus consecuencias. Se trataba, ante todo, de evitar que se repitiera lo que sucedió tras el fin de la Primera Guerra Mundial, cuando la industria surgida en esos años careció de viabilidad y, ante la falta de respuestas, dio origen a conflictos sociales muy agudos.

En esos discursos también aparece la experiencia de planificación del Estado Mayor Alemán en el transcurso de la Primera Guerra Mundial, que lleva a la práctica la concepción de Von der Goltz sobre “la Nación en Armas”. Esa noción, que se transforma en uno de los conceptos políticos fundamentales del Siglo XX, es la idea de que el poder se organiza, se construye, se preve, se crea

en forma deliberada, y que el planeamiento no es otra cosa que el intento de colocar los acontecimientos bajo control a través de esta construcción deliberada del poder. Para Perón, esto es, ante todo, **la organización**, como imperativo de la época.

En 1944, junto a la idea de que el poder se organiza, Perón advierte a los factores de poder y a la burguesía argentina que la hora de lo social ha llegado y que es necesario prever, antes de que los acontecimientos se desarrollen por su propia lógica e impulso. Al establecer el Consejo Nacional de Posguerra, en septiembre de 1944, alerta además acerca del peligro de crear y sostener industrias artificiales, cuya vida económica dependa de alguna forma de protección y, directa o indirectamente, represente un gasto para el Estado.

En total coherencia con esa línea de pensamiento, es que en ese mismo discurso Perón anticipa que la Argentina debe saber valorizar sus recursos naturales, ante todo la extraordinaria potencialidad de la pampa húmeda y su producción agroalimentaria. Vislumbra ya la revolución de los alimentos del Siglo XXI, de la que Argentina se presiente protagonista.

En idéntico sentido, en enero de 1952, explica que *“el más grave y difícil problema del mundo actual es comer. El futuro aún acrecentará las dificultades, porque la población del mundo aumenta y la vida del hombre se prolonga”*. Y añade que *“La solución tiene un solo camino: producir más alimentos. Para ello será necesario desarrollar extensiva e intensivamente la producción”*. Advierte que *“si nos atenemos al concepto de producción alimentaria*

Perón anticipa que la Argentina debe saber valorizar sus recursos naturales, ante todo la extraordinaria potencialidad de la pampa húmeda y su producción agroalimentaria.

*Vislumbra ya la revolución
de los alimentos del
Siglo XXI, de la que Argentina
se presiente protagonista.*

y de materias primas, las mayores reservas territoriales están en el Canadá y la América del Sur”.

En noviembre de 1953, en esa recordada conferencia en la Escuela Superior de Guerra, afirma que *“es indudable que nuestro continente, en especial Sudamérica, es la zona del mundo donde todavía en razón de su falta de población y de su falta de explotación extractiva, está la mayor reserva de materia prima y alimentos del mundo. Esto nos indicaría que el porvenir es nuestro y que en la futura lucha nosotros marchamos con una extraordinaria ventaja sobre las demás zonas del mundo, que han agotado sus posibilidades de producción alimenticia y de provisión de materias primas o que son ineptas para la producción de estos dos elementos fundamentales de la vida”.*

La revolución social

En esa visión y en esa acción de construcción de un nuevo orden político, Perón piensa que la estrella polar que desde el punto de vista político tiene que guiar a los argentinos es la unidad nacional. Pero, para que la unidad nacional sea posible, Perón advierte la necesidad de **la justicia social**. De lo contrario, o no existe unidad nacional o ésta se transforma en un sofisma, que oculta la inequidad y la prepotencia del poder de una minoría.

Este esfuerzo de explicación y de persuasión que Perón realiza en esa época crucial, no fue entendido por los factores de poder,

nacionales ni internacionales. Son, sin embargo, dos años extraordinarios para Perón, en los que todas sus expresiones están colmadas de sentido de misión, con lucidez y coraje. A los cuarenta y nueve años de edad, sabe que la grandeza de un dirigente político está en servir una causa y no en servirse de ella. Comprende que incluso un hombre de talento menor puede tener una trascendencia histórica, en la medida en que sea la expresión de un movimiento social y encarne el sentido de su época. Y que, por el contrario, aun un hombre de extraordinario talento, en la medida que no tenga una causa histórica para servir, carece de relevancia política. Sin embargo, este hombre que advierte el sentido extraordinario de los acontecimientos de su época no es comprendido y el 9 de octubre de 1945 es detenido, removido de todos sus cargos y enviado a la isla Martín García.

Los factores de poder internos y externos de 1945 no advierten el sentido disuasivo de ese llamado a la conciencia histórica. No quisieron comprender el sentido de esa “revolución desde arriba”, sobre la base del consenso, de esa transformación de carácter bismarckiano —o neobismarckiano— que les propone Perón. El resultado es la revolución social “desde abajo”, que aflora el 17 de Octubre de 1945.

Esa empresa histórica formidable se transforma en una revolución social que va a modificar en sus raíces, para siempre, la vida política, económica, social y cultural de la Argentina. El 17 de Octubre de 1945 establece un nuevo punto de partida en la vida del país, que da comienzo a profundas transformaciones. Nunca más la Argentina va a ser parecida a lo que fuera antes de esa fecha histórica.

*Los factores de poder no quisieron advertir
el sentido disuasivo del llamado a la
conciencia histórica, a la “revolución
desde arriba” de carácter bismarckiano.*

El resultado fue que tuvieron una revolución social “desde abajo”. Nunca más la Argentina volvió a ser parecida a lo que había sido antes del 17 de Octubre de 1945.

El 17 de Octubre pone en evidencia la extraordinaria convergencia entre el determinismo de los acontecimientos históricos, entre esa marcha ineluctable de los hechos, y la concepción política de Perón, esa concepción orgánica pero espiritual de la vida, fundada en la idea de que la conducción política es una manifestación extrema de la libertad. Al respecto, afirma Perón el 1º de mayo de 1951: *“La conducción no se aparta de las leyes naturales de la vida, porque es una actividad de la vida. La conducción es la vida en acción; es la vida misma; es la propia vida y la vida de los demás”*.

Y agrega, días más tarde: *“Todas las actividades tienen una teoría según el método con que se encararan, se estudian y se resuelven. El arte de la conducción es eminentemente empírico, es decir que no se ha podido conformar una teoría previa para el arte de la conducción, como no se ha podido conformar ninguna teoría previa para ninguna de las demás artes”*.¹⁹

Para Perón, la conducción política es una manifestación artística; la muestra de la más extrema libertad, cuyo significado es, ante todo, un hecho estético: *“Es imposible por eso aprender política. Es tan infinito el número de casos concretos que la política plantea que quien quisiera aprender todo, se moriría antes de haber aprendido la milésima parte”*²⁰. Y es por eso que la gran diferencia entre el caudillo y el conductor, *“... es que el caudillo improvisa, y el conductor planea y ejecuta; el caudillo anda por entre las cosas creadas por otros, el conductor crea cosas nuevas; el caudillo actúa inorgánicamente, y el conductor organiza, vence al tiempo y perdura en sus propias crea-*

ciones. El caudillismo es un oficio, la conducción es un arte".²¹

En la visión de Perón, la única inteligencia política, lo único que verdaderamente importa en el mundo político, es la inteligencia de las situaciones. Es la capacidad para advertir lo específico en un momento histórico determinado en su raíz intransferible. Por eso es que no hay fórmulas para transmitir lo político, porque en el mundo político no hay nada inmediatamente universal. Siempre todo surge de una raíz específica y en un momento determinado. Es por eso que la concepción de Perón rechaza las ideologías: porque deducen de concepciones generales la supuesta comprensión de los acontecimientos.

Ello le permite distinguir en cada momento lo esencial de lo accesorio, lo permanente de lo meramente instrumental. Por eso, fundándose siempre en el axioma de que "la única verdad es la realidad", no se ata nunca a fórmulas dogmáticas. En cada circunstancia, busca siempre una respuesta acorde con la naturaleza del desafío.

Por eso, en su libro "**Conducción Política**", que en conjunto con "**La Comunidad Organizada**" configuran las máximas expresiones de su pensamiento, sostiene: "*Las doctrinas no son eternas sino en sus grandes principios, pero es necesario ir adaptándolas a los tiempos, al progreso y a las necesidades. Y ello influye en la propia doctrina, porque una verdad que nos parece hoy incontrovertible, quizás dentro de algunos años resulte una cosa totalmente fuera de lugar, fuera de tiempo y fuera de circunstancias*". Y subraya luego: "*Una doctrina hoy excelente*

En la visión de Perón, la única inteligencia política, lo único que verdaderamente importa en el mundo político, es la inteligencia de las situaciones.

En el mundo político no hay nada inmediatamente universal. Siempre todo surge de una raíz específica y en un momento determinado.

puede resultar un anacronismo dentro de pocos años, a fuerza de no evolucionar y de no adaptarse a las nuevas necesidades”.

Esa inteligencia de la situación, aplicada a la especificidad de cada momento histórico, es la razón de que –en las décadas del 60 y del 70– lo lleva a referirse a un “socialismo nacional”, de inspiración cristiana, como alternativa opuesta al “socialismo internacionalista y dogmático”. Es, en realidad, la misma visión expresada en **“La Comunidad Organizada”**, cuando distingue el “colectivismo de raíz personal”, que identifica con el justicialismo, del “colectivismo insectificante”, expresado en la experiencia soviética. Es, en última instancia, la misma visión que, en los años de 1944 y 1945, se manifiesta en el planteo de que en el mundo había llegado la era de lo social y que lo único que restaba por definir es si en la Argentina esa etapa histórica inexorable tendría el signo de lo nacional o de lo internacional.

No hay empero en esa visión ni un asomo de animadversión por Estados Unidos. Muy por el contrario, en su libro **“La Hora de los Pueblos”**, escrito precisamente en esa época, Perón señala: *“Para nosotros los latinoamericanos nada sería más placentero que unos Estados Unidos evolucionados, fuertes y ricos, encabezando el Nuevo Continente por derecho propio, siempre que ello se realizara sin detrimento de los demás, sin métodos imperialistas de dominio y explotación, sin insidiosos procedimientos y sin la prepotencia del avasallamiento. En tales condiciones, la defensa solidaria del continente sería un hecho y hasta se justificaría la doctrina Monroe”.*

Porque lo que hace Perón en esos años críticos no tiene nada que ver con un “giro ideológico”. Perón advierte los nuevos datos de la

realidad mundial. Visualiza el agotamiento del ciclo de prosperidad capitalista iniciado en la posguerra con el Plan Marshall. Consta el retroceso norteamericano, que coincide con el momento de mayor expansión militar de la Unión Soviética. Anticipa con su visión la crisis de los Estados Unidos, reflejada en la guerra de Vietnam y en la exacerbación de sus conflictos internos, que eclosionan políticamente con el “caso Watergate”. Percibe, en síntesis, que Estados Unidos atravesaba su momento de mayor debilidad del siglo.

En ese contexto, Perón sabe que el fenómeno de radicalización política que experimenta la juventud, en el mundo entero y también en la Argentina, esas grandes movilizaciones juveniles contestatarias exteriorizadas en el Mayo del ‘68 en Francia y en muchos otros países, no son un mero producto ideológico ni una simple alucinación colectiva. Constituyen la expresión de una crisis sistémica que demanda su canalización en una respuesta política específica, es decir, acorde a la época, que posibilitara en esa coyuntura singular el constante ejercicio político de “cabalgar la evolución”. Y, como lo hizo en cada momento de su vida política, Perón asume y enfrenta plenamente ese desafío.

El mundo de fin de siglo

¿Cómo aplicar estas enseñanzas, estas categorías, esta experiencia histórica que surge del pensamiento y la obra de Perón para percibir el sentido de las cuestiones fundamentales que hacen a la situación de la Argentina y el mundo en 1998, **en un nuevo**

*Perón ha insistido en
que no se comprende
la política si no se tiene
un panorama integral del mundo.*

El provincianismo puede ser, legítimamente, una concepción política. Pero es necesario advertir que nada tiene que ver con el pensamiento de Perón.

escenario internacional, signado por el fin de la Guerra Fría, la desaparición de la Unión Soviética, el liderazgo mundial de los Estados Unidos y la globalización del sistema capitalista?

Ante todo, Perón ha insistido en que no se comprende la política si no se tiene un panorama integral del mundo. El provincianismo puede ser, legítimamente, una concepción política. Pero es necesario advertir que nada tiene que ver con el pensamiento de Perón. Además, Perón ha advertido que la política no se aprende sino que se comprende. No hay fórmulas, no hay operaciones, sólo la inteligencia de la situación que capta los fenómenos cambiantes, los analiza y los resuelve.

El mundo de fin de siglo presenta algunos rasgos relevantes que conviene destacar. En primer lugar, una estimación conservadora del crecimiento de la población mundial indica que, hacia el año 2035, ésta se habrá duplicado. Esto significa que de 5800 millones de habitantes ascenderá a unos 12.000 millones. En un 90% este crecimiento se producirá en el mundo en desarrollo, no en los países avanzados. En segundo lugar, la tierra arable del mundo está utilizada prácticamente en un 100%, no en el 2035 sino ya en 1998.

Si los países del mundo emergente intentaran repetir el proceso de crecimiento industrial y de urbanización de los países europeos y de los Estados Unidos, en las mismas condiciones y con iguales características, el daño ecológico sería irreparable. Todo proceso de industrialización es, al mismo tiempo, un fenómeno de urbanización y de transferencia de la población del campo a las

ciudades. Pero una cosa es lo que sucedió en Gran Bretaña entre 1780 y 1840 y otra es lo que sucede actualmente en la República Popular China.

En este momento, 150 millones de campesinos chinos abandonan el campo anualmente para dirigirse a las ciudades costeras. China tiene 1250 millones de habitantes; uno de cada cinco en el planeta. En los últimos diecisiete años, ha crecido a una tasa anual promedio acumulativa del 10%. En los últimos diez años, ha duplicado el ingreso per cápita de su población. Durante la Revolución Industrial, a lo largo de sesenta años, Gran Bretaña también duplicó el ingreso real per cápita de su población. Pero China hizo lo mismo que Gran Bretaña, en apenas diez años y con una población de 1250 millones de habitantes.

El corolario de estas apreciaciones iniciales es que si el mundo no innova está perdido. La innovación ocupa un lugar central en la concepción ascendente de la historia que aparece en el pensamiento estratégico de Perón —esa concepción que ve la historia como una serie sucesiva de integraciones y encuentra en el concepto de lo universal no un principio abstracto ni una etapa final del desarrollo histórico sino un elemento virtual que está presente en cada una de sus fases—.

Esa necesidad de innovar está planteada, en este año de 1998, no como una exigencia teórica sino como una necesidad política. Lo ecológico no es un requisito del ideario bien pensante, que se horroriza ante los daños del industrialismo. En esta concepción, la visión ecológica es una dimensión de la vida que se estructura y educa al mundo de la producción en la etapa de la universalización.

*Los recursos se agotan
porque el mundo ha entrado
en una etapa exponencial
de crecimiento económico.*

*Pero, así como los recursos
tienden a agotarse, lo
único que no se extingue
es el conocimiento.*

¿Cómo encontrar la dimensión ecológica en el mundo de la producción en un sistema globalizado, donde lo único que existe es lo mundial, que va a duplicar su población en los próximos cuarenta años?

La idea que tiene Perón en la década del 70 sobre el agotamiento de los recursos naturales –idea que tiñe gran parte de su época– debe ser colocada en el contexto de la globalización. Es necesario referirla al hecho de que lo ocurrido en los últimos veinte años, con la emergencia de la región Asia-Pacífico y la República Popular China como el gran protagonista del crecimiento económico mundial, es un fenómeno que recién comienza.

Según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), en los próximos veinte años China va a adquirir un nivel de ingreso real per cápita similar al de Taiwan hoy: unos 10.000 dólares anuales. Pero Taiwan tiene 21 millones de habitantes y China va a tener en ese momento 1300 millones.

Los recursos se agotan, no por los factores que señalara el Club de Roma, sino porque el mundo ha entrado en una etapa exponencial de crecimiento económico impulsado por la emergencia de los países en desarrollo como locomotora de la nueva economía planetaria. Pero, así como los recursos tienden a agotarse, lo único que no se extingue es el conocimiento. Y ese conocimiento, aplicado sobre sí mismo, a partir de la gigantesca revolución tecnológica del procesamiento de la información, que constituye el signo distintivo de nuestra época, configura una nueva fuente de energía –eternamente renovable– que se despliega permanen-

temente en el sistema productivo mundial.

Lo que se requiere es que el pensamiento político, desechando toda concepción provinciana, comprenda que en un mundo universalizado el protagonismo internacional es **una necesidad**, no una exigencia ética o un acto de voluntarismo, como lo adelanta aquella intuición estratégica de Perón, que comparte con Max Weber, Spengler, y el general De Gaulle. Desde la perspectiva de la Argentina, esta intuición estratégica de Perón implica que la indispensable reafirmación de lo nacional, de la identidad nacional de la Argentina, se desarrolle y lleve a cabo en el marco de una **cultura de la asociación**.

Esto es lo que subyace a la idea y al proyecto del MERCOSUR, de la alianza con Brasil, del acuerdo con Chile. Es la búsqueda de un protagonismo internacional con conciencia de la época. Es la constatación práctica y la proyección de que lo único que realmente existe es la política mundial. En consecuencia, se trata también de una marcha ascendente, una creciente y acelerada conversión del proceso de integración del MERCOSUR en un bloque político regional que tiende a participar a escala mundial.

Nos hallamos ante la reformulación de las reglas de juego de una sociedad internacional emergente, una empresa extraordinariamente ambiciosa, para la cual las claves se encuentran, justamente, en las tres estrellas polares del pensamiento estratégico de Perón, en lo político, lo económico y lo social.

Ante todo, en lo político, la estrella polar que guía el

Perón piensa que la característica del Gobierno es la ejecución centralizada. La del Estado, es la acción descentralizada.

pensamiento y la acción de Perón es siempre la unidad nacional, esa visión que sintetizara en 1973 cuando remarcaba que “*para un argentino no puede haber nada mejor que otro argentino*”.

En lo económico, el objetivo es la exigencia del aumento constante de la productividad, como surge del discurso del 1º de octubre de 1954: “*La productividad es la estrella polar que debe guiarnos en todas las concepciones económicas y en todas las soluciones también económicas*”. Perón reitera esta noción al inaugurar el Congreso de la Productividad, en marzo de 1955 y une este sobresaliente eficientismo en lo económico a una concepción política de la más extrema libertad.

Y en lo social –siempre lo social es lo decisivo en el pensamiento de Perón– la estrella polar no es la gestión tecnoburocrática del Estado, ni siquiera del más eficiente, el menos corrupto, el más jerarquizado y aplaudido por los organismos financieros internacionales. Lo esencial, lo que a su vez es el núcleo del pensamiento de Perón, en el sentido del predominio de lo social sobre cualquier otra actividad del hombre, es la afirmación de la acción libre y organizada del pueblo.

Por eso Perón piensa que la característica del Gobierno es la ejecución centralizada. La del Estado, es la acción descentralizada. Pero lo fundamental es la acción libre y organizada del pueblo, a través de la cual éste hace trascender, hace conocer y defiende por sí mismo, sus aspiraciones y sus reclamos. Que sea libre porque es organizado; y que sea organizado porque es libre. Tal es el legado fundamental del pensamiento estratégico de Perón.

CAPITULO II

LA GLOBALIZACION COMO OPORTUNIDAD

“Ciento cincuenta años después de la Revolución Industrial, transcurridos cincuenta años desde la resurrección del capitalismo liberal de la posguerra (1945), entramos en una época de universalización del capitalismo. Podrá haber alegría o tristeza por esta nueva etapa histórica, pero estamos obligados a aceptarla. Es la historia que nos toca vivir”.

(Informe presentado, a pedido del gobierno de Francia, por la comisión presidida por Alain Minc).

La principal de las anticipaciones estratégicas formuladas por Perón, referida a la inexorable marcha del mundo hacia el universalismo, constituye el centro neurálgico de la problemática de este fin de siglo. La globalización de la economía, convertida en el signo de la época, es también parte y expresión del surgimiento, por primera vez en la historia del hombre, de una sociedad mundial.

La historia de la economía mundial presenta períodos de integración y de desintegración, porque es el resultado de una continua interacción entre las empresas, los mercados y los Estados. La década del 90 revela el surgimiento de una segunda gran oleada de integración del sistema capitalista, de igual significado que el círculo virtuoso, de rápido crecimiento en su primera fase de globalización, que se extendió entre 1870 y 1914, interrumpido luego por el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Esta segunda gran oleada de integración presenta empero dos diferencias fundamentales. En primer término, no se limita, como en la primera oleada, a Europa Occidental, Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y la Argentina, cuyo ingreso por habitante llegó a estar en esa época entre los diez más importantes del mundo. Esta vez comprende la totalidad del continente asiático, tiene su eje en la explosión de crecimiento en China y tiende a abarcar paulatinamente a América Latina.

La segunda diferencia es que, en esta oportunidad, la fuerza arrolladora de esta oleada de integración no deviene de la expansión

*La globalización es parte y expresión
del surgimiento, por primera vez
en la historia del hombre, de
una sociedad mundial.*

Su fuerza reside en una revolución tecnológica sin antecedentes, cuyo motor principal son los fenomenales adelantos en el campo de la informática y de las telecomunicaciones.

del sistema de producción existente. Reside en un cambio cualitativo, originado en una revolución tecnológica que, por su aceleración y sus dimensiones, no tiene antecedentes en la historia universal y cuyo motor principal son los fenomenales adelantos registrados en el campo de la informática y de las telecomunicaciones.

La actual crisis financiera internacional, originada en los países del sudeste asiático, ilustra crudamente acerca de las implicancias de este fenómeno. Ninguna región del planeta está hoy exenta de sufrir las consecuencias de cualquier acontecimiento significativo que ocurra en otras partes del mundo.

Hay entonces una fuerte tendencia hacia la universalización de la problemática mundial. Hoy cobra más vigencia que nunca, en todos los países del mundo, ese axioma de Perón acerca de que la política nacional es un capítulo de la política internacional.

Como en todos los grandes cambios históricos, el brutal determinismo de los acontecimientos tuvo aquí, al comenzar la década del 90, su necesario correlato en el campo de la decisión política, esto es en la esfera de la libertad. Luego de más de cuarenta años de lucha por la hegemonía mundial entre las dos superpotencias que habían emergido victoriosas en la Segunda Guerra Mundial, una de ellas resolvió sorpresivamente retirarse de la contienda ante su total imposibilidad de ganarla y llevó esa decisión hasta el extremo de autodisolverse.

Gilbert Chesterton decía que la historia universal es abun-

dante en fracasos pero muy escasa en confesiones. En ese sentido, la autodisolución de la Unión Soviética, decidida cuando aún tenía intacto su poderoso arsenal militar y cuando nada en el horizonte hacía prever una confrontación directa con los Estados Unidos, constituye un hecho históricamente inédito. Refleja la conciencia de su clase dirigente acerca del absoluto fracaso de su sistema político y económico para competir con su rival en la carrera por el liderazgo tecnológico, en la que inevitablemente habría de terminar por definirse la supremacía planetaria.

No sólo termina la Guerra Fría y, por lo tanto, se modifica la estructura del poder mundial, sino que, y más importante todavía, la Guerra Fría termina con un vencedor. Y el vencedor tiene una nitidez pocas veces vista en la historia de las relaciones internacionales, sobre todo cuando esa nitidez no surge de una victoria de tipo militar. Porque la victoria de los Estados Unidos y en general del occidente capitalista que terminó con la Guerra Fría alcanza su culminación con la decisión de las tres repúblicas eslavas de la Unión Soviética, creada por Lenin en diciembre de 1922, de autodisolverse y finalizar esta experiencia que había durado setenta y cuatro años. Se dio término al experimento soviético ante la imposibilidad de competir con el occidente capitalista en términos de productividad y en términos de absorción de la revolución tecnológica de la información.

Estados Unidos quedó automáticamente erigido en la úni-

No sólo termina la Guerra Fría y por lo tanto se modifica la estructura del poder mundial sino que, y más importante todavía, la Guerra Fría termina con un vencedor.

Identificar la globalización con el neoliberalismo es tan erróneo como confundir la Revolución Industrial, con el liberalismo como ideología.

ca superpotencia de fin de siglo, sin rivales militares a la vista. La historia enseña que ese tipo de situaciones suelen ser provisionarias, pero no necesariamente breves. Pueden durar décadas. Lo cierto es que la desaparición del bloque socialista derribó las últimas fronteras que obstaculizaban la expansión del capitalismo como sistema económico a escala mundial, esto es su globalización.

*La globalización como hecho
y la ideología de la globalización.*

No se trata empero de identificar a la globalización, caracterizada como el hecho central de la época en que vivimos, con la ideología de la globalización, de matriz neoliberal. Identificar la globalización con el neoliberalismo es tan erróneo como confundir la Revolución Industrial, que transformó al mundo en los Siglos XVIII y XIX, con el liberalismo como ideología. La Revolución Industrial fue un hecho, el liberalismo una ideología. De la misma manera, la globalización es un hecho, el neoliberalismo una ideología.

La realidad social es una totalidad con un carácter estructurado. La distinción entre lo político y lo económico es analítica, no orgánica. Es un todo que se jerarquiza y se rejerarquiza constantemente. Las contradicciones económicas son a la vez contradicciones políticas.

El liberalismo es la ideología y la política de la burguesía en su etapa de ascenso, en donde la preocupación central estaba referida al control del poder para defender las libertades individuales. Por eso es que el liberalismo, en tanto ideología política, es ante todo una ideología antipolítica, en el sentido en que su preocupación fundamental está en controlar el poder. No está en la preocupación del liberalismo el *construir* el poder político sino el *limitarlo*. La suya es una preocupación esencialmente referida al mundo de las libertades individuales. No tiene la noción de la ética política.

Tampoco es posible concebir la globalización como algo pasajero, que se trata simplemente de esquivar, de limitar sus efectos o de ignorar sus profundas implicancias, a la espera de un mítico retorno a tiempos pasados que se supone como mejores.

Alain Touraine sostiene que *“todos los países del mundo –desarrollados, subdesarrollados, socialistas– tuvieron un Estado movilizador del sistema productivo después de 1945. Eso se quebró a comienzos de la década del 70. Es un dato fuera de discusión. A partir de entonces, todos los países se abrieron: China, URSS, Vietnam, Gran Bretaña, Francia. No hay un modelo de punto de partida ni tampoco de llegada. Sólo la comprobación de que comenzó una etapa histórica distinta. También que la desaparición del estado dirigista es indispensable e ineluctable”*.

Para examinar el fenómeno, conviene empezar por situarse lejos de las ingenuidades de cualquier signo ideológico, que

El liberalismo es la ideología y la política de la burguesía en su etapa de ascenso, en donde la preocupación central estaba referida al control del poder para defender las libertades individuales.

*Por eso es que el liberalismo, en tanto ideología,
es ante todo una ideología antipolítica:
su preocupación fundamental
está en controlar el poder.*

plantean la problemática de la globalización como una opción más, ya sea benévola o maligna, frente a la que por lo tanto se podría estar a favor o en contra. Como dice Felipe González, estar a favor o en contra de la globalización “*es como estar a favor o en contra del Descubrimiento de América*”. La acción política demanda un esfuerzo básico de lucidez y de comprensión para aprehender la nueva lógica de los acontecimientos y, a partir de allí, la formulación de alternativas viables.

Porque el origen y sustento material de la globalización de la economía, aquello que le otorga la categoría de hecho estructural y le imprime su carácter irreversible, no es la autodisolución de la Unión Soviética ni la supremacía mundial de los Estados Unidos, que más que como causas deben verse como efectos, sino que es la formidable revolución tecnológica de nuestro tiempo.

En el terreno económico, esta verdadera revolución de la información ha marcado, en la década del 90, la aparición de un sistema de producción de carácter mundial. El fenómeno de la internacionalización de los mercados financieros, que caracterizó a la década del 80, se reproduce ahora a nivel de la localización de las inversiones y de los emprendimientos productivos.

La revolución tecnológica es el trasfondo de este drástico y cada vez más acelerado proceso de reestructuración de la economía mundial. Las nuevas modalidades productivas, inducidas por la creciente informatización y el abaratamiento de las comunica-

ciones, permiten la toma de decisiones a escala planetaria en tiempo real. Hacen que la distancia geográfica entre los lugares de producción y los centros de consumo pierda importancia día a día. A la aparición de la “aldea global”, descrita por Mc Luhan, sucede la irrupción de una “fábrica global”.

Una mutación cultural

Un aspecto que suele descuidarse, al examinar la genealogía de este fenómeno, es su profunda raíz cultural. Las visiones economicistas, adscriptas hoy mayoritariamente a la ideología de la globalización, no toman suficientemente en cuenta el hecho de que la esencia de la técnica no es técnica, sino cultural.

Por eso importa detenerse, aunque sea por un momento, en el análisis de la génesis de esta fase de la revolución tecnológica del procesamiento de la información, que comenzó a emerger en California a principios de la década del 70, para indagar acerca del ambiente cultural que actuó como caldo de cultivo para esta catarata de innovaciones que en muy pocos años transformaron profundamente la economía mundial.

Manuel Castells, en su libro “*La era de la información*”, puntualiza que “*cabe relacionar de algún modo el florecimiento tecnológico que tuvo lugar a principios de la década de los setenta con la cultura de la libertad, la innovación tecnológica y el*

*A la aparición de la “aldea global”,
descrita por Mc Luhan,
sucede la irrupción de
una “fábrica global”.*

La revolución de la tecnología de la información difundió en la cultura material de nuestras sociedades el espíritu libertario que floreció en los movimientos de la década del 60.

espíritu emprendedor que resultaron de la cultura de los ‘campus’ estadounidenses de la década de 1960”.

Y agrega : “*La revolución de la tecnología de la información, de forma medio conciente, difundió en la cultura material de nuestras sociedades el espíritu libertario que floreció en los movimientos de la década del 60”.*

Es sabido que la mayoría de los más caracterizados exponentes de la explosión de creatividad que tuvo lugar en la década del 70 en Silicon Valley, la verdadera cuna californiana de esta revolución tecnológica del procesamiento de la información, que configura el sustento tecnológico de la globalización, había participado activamente de los movimientos contestatarios de las universidades norteamericanas. Lo que hicieron luego fue trasladar ese espíritu contracultural del terreno del activismo político juvenil al ámbito de la investigación científico-tecnológica, siempre en la búsqueda de nuevas alternativas al orden jerárquico establecido.

Al respecto, resulta sugestivo que la aparición del libro de Daniel Bell sobre “El advenimiento de la sociedad post-industrial”, primer ensayo de conceptualización de este fenómeno que imprime su sello al mundo de fin de siglo, haya coincidido cronológicamente con el momento de auge de los movimientos juveniles que sacudieron al mundo a fines de la década del 60.

Castells relata que “*Internet se originó en un audaz plan creado en la década del 60 por los guerreros tecnológicos del Servicio de*

Proyectos de Investigación Avanzada de Defensa Estadounidense, para evitar la toma o destrucción soviética de las comunicaciones estadounidenses en caso de guerra nuclear. En cierta medida, fue el equivalente electrónico de las tácticas maoístas de dispersión de las fuerzas de guerrilla en torno a un vasto territorio para oponerse a un enemigo con versatilidad y conocimiento del terreno. El resultado fue una arquitectura de red que, como querían sus inventores, no podía ser controlada desde ningún centro, compuesta por miles de redes informáticas autónomas que tienen modos innumerables de conectarse, sorteando las barreras electrónicas”.

Vale la pena subrayar que uno de los efectos más notorios de la revolución de la información es la aparición de una infraestructura tecnológica que desata una poderosa corriente horizontalizadora que tiende a barrer con todo lo burocrático, todo lo jerárquico y todo lo autoritario, que erosiona el poder de todas las grandes organizaciones, en primer lugar el de los propios estados nacionales.

A treinta años de los sucesos de Mayo del ‘68 en Francia y de los movimientos similares aparecidos en diferentes puntos del planeta, que sorprendieron al mundo en esa época, aquel espíritu libertario, reflejado en ese momento en las calles de París o en los “campus” universitarios norteamericanos, se encuentra ahora potenciado y viabilizado por la irrupción de una revolución tecnológica que otorga sustento material a la descentralización de las de-

La revolución de la información desata una poderosa corriente horizontalizadora que tiende a barrer con todo lo burocrático, todo lo jerárquico y todo lo autoritario.

La nueva sociedad mundial nada tiene que ver con la imagen de un mundo plano, carente de pliegues y de rugosidades. Abre también mayores posibilidades a la afirmación de lo distinto.

cisiones en el campo de la política y de la economía y en todos los órdenes de la existencia humana y social.

Por eso es que, contra las suposiciones —en este caso coincidentes— de los apologistas de la globalización como de sus críticos, este fenómeno tecnológico no está asociado a una visión reduccionista y homogeneizadora, propia de las concepciones economicistas, que tienden a dar por supuesta la eliminación de las identidades y la paulatina supresión de las diferencias.

La nueva sociedad mundial nada tiene que ver con la imagen de un mundo plano, carente de pliegues y de rugosidades. Muy por el contrario, como se basa en una revolución tecnológica que desata enormes fuerzas horizontalizadoras que, a su vez, tienden a desechar por obsoletas a las antiguas estructuras jerárquicas y autoritarias, y genera por lo tanto condiciones propicias para el estímulo a la descentralización en todos los órdenes, abre también mayores posibilidades al despliegue de las particularidades, a la profundización de las identidades nacionales, regionales, religiosas, étnicas, lingüísticas y sociales, a la potenciación de un amplio abanico de diversidades culturales, a la afirmación de lo distinto.

Por ello, afirma Castells, *“la tendencia social y política característica de la década de 1990 es la construcción de la acción social y la política en torno a identidades primarias, ya estén adscritas o arraigadas en la historia y la geografía o sean de reciente construcción en una búsqueda de significado y espiritualidad”*.

Y agrega: “*Debemos tener presente que la búsqueda de identidad es un cambio tan poderoso como la transformación tecnológica en el curso de la nueva historia*”.

En términos de la relación entre la globalización y la identidad nacional, esa tendencia hacia la afirmación de las diversidades confirma lo que decía Perón en su “**Modelo Argentino para el Proyecto Nacional**”, cuando señalaba que “*el universalismo constituye un horizonte que ya se vislumbra y no hay contradicción alguna en afirmar que la posibilidad de sumarnos a esta etapa naciente des- cansa en la exigencia de ser más argentinos que nunca*”.

En última instancia, es como decía Federico Nietzsche, quien a principios de siglo invitaba a los hombres a tomar el ejemplo de los árboles, que “*cuanto más crecen, más hunden sus raíces en la tierra*”.

Las empresas mundiales

En la década del 90, la economía mundial crece a un ritmo más acelerado que en la década del 80. El comercio internacional aumenta más velozmente que el ritmo de crecimiento económico mundial. Las inversiones extranjeras directas, realizadas por las grandes corporaciones transnacionales fuera de sus países de origen, se incrementan anualmente a una tasa mayor que el comercio internacional. La combinación de estos tres factores ilustra una de las tendencias centrales del proceso de globalización: mayor crecimiento

Aproximadamente 40.000 grandes empresas transnacionales y alrededor de 210.000 filiales o asociadas protagonizan los dos tercios del comercio mundial.

La mitad de esos dos tercios del comercio mundial corresponde al intercambio que se registra entre las mismas filiales o asociadas.

económico global, mayor expansión aún del comercio mundial y todavía mayor incremento de las inversiones extranjeras directas.

Los actores económicos principales de este acelerado proceso de globalización son aproximadamente 40.000 grandes empresas transnacionales, que tienen alrededor de 210.000 filiales o asociadas en todas partes del mundo. Este conjunto de grandes conglomerados protagoniza, aproximadamente, los dos tercios del comercio mundial. La mitad de estos dos tercios corresponde al intercambio que se registra entre las mismas filiales o asociadas de esas empresas.

Estas 40.000 empresas y sus filiales y asociadas son también las titulares de la inmensa mayoría de las patentes de las incasantes innovaciones tecnológicas que se aplican rápidamente en el terreno productivo. Significativamente, ese conjunto de grandes corporaciones emplea sólo el 3 % de la mano de obra mundial.

Un dato significativo es que la acelerada expansión de estas grandes corporaciones mundiales no supone una tendencia hacia el gigantismo económico. El efecto horizontalizador de la revolución de la información hace que, en su sistema de relación con sus múltiples filiales y firmas asociadas, esas grandes empresas transnacionales no actúen tanto como estructuras piramidales sino, más bien, como grandes redes.

Una segunda característica particular es que las cada vez mayores exigencias derivadas de la competencia internacional lle-

van a que las grandes empresas tiendan a concentrar la totalidad de sus energías en el corazón de su negocio y a tercerizar crecientemente aquellas actividades que no constituyen su núcleo central.

Al respecto, sostiene Castells: *“Una tendencia resaltada por los analistas en años recientes es la crisis de las grandes empresas y la elasticidad de las firmas pequeñas y medianas como agentes de innovación y fuentes de recreación de puestos de trabajo. Los cambios implicaron la práctica cada vez mayor de subcontratar empresas medianas y pequeñas, cuya flexibilidad permitió que aumentara la productividad y eficiencia de las grandes empresas, así como de la economía en su conjunto”*.

La principal forma de acción de estos gigantescos conglomerados son las inversiones extranjeras directas, cuyo monto ha crecido aceleradamente en los últimos años. El destino de esas inversiones extranjeras directas ha mostrado una tendencia variable. Mientras en 1990 se concentraban en un 87% en los países que configuran la llamada tríada del capitalismo avanzado (Estados Unidos, Europa Occidental y Japón) y en un 13% en los demás países, esa proporción ha ido cambiando a lo largo de la década. En 1996, sólo el 70% de esas inversiones se orientaron hacia los países desarrollados y el 30% al mundo en desarrollo, en particular hacia las economías emergentes del sudeste asiático, en primer lugar China, y también, aunque en menor proporción, hacia América Latina.

La competencia entre los países por atraer la mayor canti-

La principal forma de acción de estos gigantescos conglomerados son las inversiones extranjeras directas, cuyo monto ha crecido aceleradamente en los últimos años.

*Si la primera Revolución Industrial fue británica,
la primera revolución de la tecnología
de la información fue estadounidense,
con una inclinación californiana.*

dad posible de ese enorme flujo de inversiones extranjeras directas de las grandes corporaciones transnacionales, para beneficiarse en términos de mayor crecimiento económico, transferencia de tecnología de avanzada e incremento de las exportaciones, configura uno de los datos estructurales centrales de nuestra época. Esa competencia no reconoce fronteras ideológicas. Participan de la misma desde la República Popular China hasta el Brasil de Fernando Henrique Cardozo, desde la Sudáfrica de Nelson Mandela hasta la Argentina de Carlos Menem.

Los Estados Unidos son tanto el primer emisor como el primer receptor de inversiones extranjeras directas. Con ocho años de crecimiento consecutivo de su economía, encabezan el proceso de reconversión de la economía mundial. Este avance de la economía norteamericana se suma al ya fuerte crecimiento económico registrado en la década del 80.

Lo más importante del fenómeno estadounidense es que no sólo mantiene el ritmo de crecimiento, sino que aumenta la tasa de productividad, mientras descienden simultáneamente sus índices de desempleo, que son los más bajos de los últimos veinticinco años y que en la actualidad, se encuentran entre los más bajos del mundo.

Si la primera Revolución Industrial fue británica, la primera revolución de la tecnología de la información fue estadounidense, con una inclinación californiana.

Estados Unidos va adelante en el proceso de absorción de

la revolución tecnológica para su despliegue en el sistema productivo. Nada de ello es casual: en la década del 80, Estados Unidos invirtió en equipos de informática y telecomunicaciones cerca de un trillón de dólares.

Señala Castells: “El auge del mercado de capitales es acompañado por una profunda descentralización. Hay una explosión de fondos mutuales. Eran 2700 en 1988; hoy son 6100. Se desvanece el monopolio del poder de los grandes bancos, la regla de la década de los 80. Se revirtió la tendencia a la concentración y al gigantismo. Terminó la era industrial del capitalismo (grandes empresas, gigantescos Estados, enormes ciudades). La economía norteamericana experimenta una extraordinaria democratización”.

En esos años, la Unión Europea y Japón atravesaron una etapa de estancamiento relativo que, en el caso japonés, condujo a su actual crisis financiera. En el caso europeo, esa tendencia comenzará a revertirse a partir de la puesta en marcha del “euro” como moneda única del bloque regional. Este resultado es consecuencia del arduo proceso de ajustes internos y de compatibilización de políticas macroeconómicas de los países europeos iniciado con el Tratado de Maastrich. Dicho esfuerzo, que aún dista de haber terminado, tiene por objetivo lograr la costosa adecuación de las antiguas estructuras económicas y sociales del Viejo Continente a las fuertes exigencias de competitividad internacional, que impone la globalización del sistema productivo mundial.

El ritmo de crecimiento de los países centrales ha sido inferior al promedio internacional. En cambio, la tasa de crecimiento de las naciones en desarrollo es superior a ese promedio.

Según las estimaciones de los organismos internacionales en el año 2010 el 90% de la producción industrial mundial estará en manos del mundo en desarrollo.

El ex-tercer mundo

La pobre performance de las economías de la Unión Europea y de Japón en la década del 90, mientras la economía mundial crecía a un ritmo más acelerado que en la década del 80, ilustra acerca de uno de los rasgos sobresalientes de este drástico proceso de reconversión a escala planetaria. El ritmo de crecimiento de los países centrales ha sido inferior al promedio internacional. En cambio, la tasa de crecimiento de las naciones en desarrollo es superior a ese promedio.

Según las estimaciones de los organismos internacionales, en 1994 los países en desarrollo ya producían el 58% del total de la producción industrial mundial. En el año 2010, siempre de acuerdo con las mismas previsiones, alrededor del 90% de esa producción industrial mundial estará en manos del mundo en desarrollo.

La evolución de los índices de crecimiento, correlacionados con las cifras sobre los cambios en la localización de las inversiones extranjeras directas en los últimos años, señalan una tendencia firme : la locomotora de la economía mundial no es ya la tríada del mundo desarrollado. Se ha trasladado al mundo periférico, en primer lugar hacia el sudeste asiático, encabezado por China, y en segundo término hacia América Latina.

Después de Estados Unidos, el segundo receptor mundial de inversiones extranjeras directas es China. Un país con más de

1200 millones de habitantes (uno de cada cinco pobladores del planeta es chino), que viene creciendo en forma ininterrumpida desde 1979 a un ritmo cercano al 10% anual. En los últimos diez años, China logró duplicar el ingreso per cápita de su población, algo que a Gran Bretaña, en el marco de la Revolución Industrial, le llevó sesenta años.

Lo que ocurrió en el Asia-Pacífico es que apareció un conjunto de países que ingresaron al circuito de naciones que en diez años lograron duplicar el ingreso real per cápita de su población. En la década del 70, eso sucedió con Corea del Sur, Singapur, Hong Kong y Taiwan, que siguieron a su vez el camino que había iniciado Japón en la década del 50.

La diferencia entre aquella experiencia de los “pequeños tigres asiáticos” de la década del 70 y la realidad del fin de la década de los 90 reside en que, hace veinte años, los países que recorrieron ese camino tenían en conjunto una población de 200 millones de habitantes, incluido Japón, mientras que, en la actualidad, esa misma senda es transitada por países como China, Indonesia, Malasia y, más recientemente, por la India, que suman más de 2000 millones de habitantes, o sea más de un tercio de la población mundial.

Hay entonces en el área del Pacífico, que ha desplazado al Océano Atlántico como centro de la economía mundial, una explosión de crecimiento que extrae de la pobreza y de la marginalidad

La crisis que sufren hoy varios de los países del sudeste asiático es parte del proceso de globalización.

En la etapa de globalización del capitalismo, sólo se puede crecer en forma sostenida -aumento incesante de la productividad- a través de ventajas comparativas reales.

a centenares de millones de hombres y mujeres, que han comenzado a acceder a niveles superiores de consumo y se incorporan aceleradamente al mercado mundial.

Una crisis de reconversión

La crisis que sufren hoy varios de los países del sudeste asiático es parte y consecuencia, a la vez, de una nueva etapa en el avance del proceso de globalización de la economía mundial. Refleja el agotamiento de una estrategia de desarrollo basada en un fuerte intervencionismo estatal, en una estrecha asociación entre el Estado y los grandes grupos empresarios locales, en el permanente otorgamiento de créditos “blandos” o incobrables que desfinanciaron sus sistemas bancarios nacionales, en los subsidios a las exportaciones y en las restricciones a las inversiones extranjeras, a las importaciones y, en general, a la apertura internacional de la economía.

Es lo que sucede con los “tigres asiáticos”. Por la acción del Estado crearon ventajas comparativas donde no existían: virtualmente las inventaron. Su instrumento fue la movilización de recursos -trabajo y capital- no el aumento de la productividad.

El corolario es claro: en la etapa de globalización del sistema productivo, sólo se puede crecer en forma sostenida -aumento incesante de la productividad- a través de ventajas comparativas reales, no inventadas.

Es una extraordinaria reivindicación histórica para la Argentina, el país de las ventajas comparativas reales por definición.

Sin exagerar la ironía, podría decirse que la estrategia de desarrollo que hizo crisis en esos países del sudeste asiático, fundada en una activa intervención del Estado en materia de incentivos fiscales y crediticios a las exportaciones y de restricciones a la apertura internacional, es precisamente la que algunos políticos y economistas suelen sugerir en la Argentina como supuesta alternativa al sistema económico instaurado a partir de julio de 1989.

Pero vale la pena aclarar que, con esa estrategia de desarrollo, hoy inviable en esta fase del proceso de globalización productiva, dichos países lograron, en un tiempo históricamente breve, dar un salto monumental que los coloca en condiciones de encarar una fase de reestructuración interna y de adecuación a las circunstancias internacionales que les permitirá eludir el colapso y retomar su camino de crecimiento, en un plazo aproximado de dos a tres años.

En el corto plazo, en los mercados financieros internacionales prevalece ahora la incertidumbre generada por la crisis del sudeste asiático. Este dato está unido al elevado grado de liquidez mundial. Esa gigantesca masa de dinero líquido corre mayoritariamente hoy en busca de refugio en la compra de Bonos del Tesoro norteamericano, de muy baja tasa de rendimiento. Todo ello obliga a un replanteo en la orientación de las inversiones extranjeras directas de las grandes corporaciones transnacionales. El

La estrategia que hizo crisis en esos países del sudeste asiático es la que algunos políticos sugieren aquí como supuesta alternativa al sistema económico instaurado a partir de 1989.

La lógica intrínseca de esta fase de la globalización del sistema productivo mundial es el avance permanente en materia de desregulaciones y apertura del comercio.

criterio predominante será extremadamente selectivo en la elección de los países destinatarios de esos flujos de capital. En esos criterios de selección, influirán decisivamente los niveles de confiabilidad que se deriven de la solidez de la situación fiscal de cada país.

Esta apreciación estratégica es de vital importancia para la Argentina en los próximos años. Actuar en consecuencia implica extremar la energía en la defensa de la solidez alcanzada por nuestro sistema económico, para estar en condiciones de aprovechar la inigualable oportunidad que se presenta para inducir una nueva gran oleada de inversiones extranjeras directas que aceleren el ritmo de crecimiento del país.

Porque, en términos económicos, la globalización funciona, en su brutal determinismo, como un inexorable sistema de premios y castigos. La lucidez en la decisión política consiste en advertir las señales de peligro y en aprovechar intensivamente la oportunidad. Eso y ninguna otra cosa significa “*cabalgar la evolución*” en esta nueva era histórica mundial.

La oportunidad argentina

La lógica intrínseca de esta fase de la globalización del sistema productivo mundial es el avance permanente en materia de desregulaciones y apertura del comercio mundial. La década del 90 marcó un punto de inflexión. El torrente globalizador origi-

nó una reversión de las políticas proteccionistas generalizadas en el mundo a partir de la década del 30, cuando la crisis financiera internacional de 1929 llevó a su punto límite el agotamiento del ciclo expansivo del capitalismo desarrollado entre 1870 y 1914 e interrumpido con el estallido de la Primera Guerra Mundial.

La creación y puesta en funcionamiento de la Organización Mundial de Comercio, en 1995, certificó ese cambio de tendencia y representó un nuevo punto de partida para mayores avances en esa dirección, manifestados principalmente en dos temas de singular importancia: la desregulación de las telecomunicaciones y la liberalización del comercio internacional. Puede afirmarse que, en términos del rediseño del poder mundial, la OMC tiene actualmente mayor injerencia en las decisiones internacionales que las Naciones Unidas.

El núcleo fundamental que crea el consenso político internacional, que luego se impulsa dentro de la OMC, es la Organización de Cooperación para el Desarrollo Económico (OCDE), surgida de una iniciativa del Grupo de los Siete (Estados Unidos, Alemania, Japón, Francia, Gran Bretaña, Italia y Canadá) para agrupar a los países económicamente más avanzados del planeta. La Argentina, que ya participa como miembro observador dentro de la OCDE, está muy cerca de lograr su incorporación como miembro pleno de ese organismo.

El acuerdo aprobado por la OMC en febrero de 1997 sobre la desregulación del mercado de telecomunicaciones a escala mun-

Avanza irreversiblemente el proceso de liberalización del comercio mundial, incluyendo al de los productos agrícolas, tradicionalmente limitado por la política de subsidios.

El ajuste fiscal al que están obligados todos los países de la Unión Europea hará virtualmente imposible la política de subvenciones agrícolas en el Viejo Continente.

dial, producto de la continua presión norteamericana sobre los países europeos y Japón, configura un nuevo hito de expansión de la integración económica mundial, en el sector estratégicamente decisivo de la revolución tecnológica de nuestro tiempo.

La dinámica originada en este proceso de desregulación mundial de las telecomunicaciones acelera la construcción de la “autopista de la información”, que constituye el sustento tecnológico de la sociedad del conocimiento. Explica también la multiplicación de las megafusiones y de las alianzas estratégicas de las grandes empresas transnacionales de las telecomunicaciones. A la vez, otorga un nuevo impulso a la internacionalización del sistema productivo.

Al mismo tiempo, avanza irreversiblemente el proceso de liberalización del comercio mundial, incluyendo ahora también al de los productos agrícolas, tradicionalmente limitado por la política de subsidios practicada por los países europeos y Estados Unidos desde los inicios de la década del 30.

Esta tendencia está fundada en hechos estructurales. El ajuste fiscal al que están obligados todos los países de la Unión Europea para cumplir con los objetivos pautados en el Acuerdo de Maastrich hará virtualmente imposible en el mediano plazo el mantenimiento de la política de subvenciones agrícolas en el Viejo Continente. El mismo sentido de afianzamiento del equilibrio

fiscal inspiró la reducción de los subsidios agrícolas en Estados Unidos. Lo mismo ocurre ahora, en una escala mayor, con el reajuste económico en ciernes en Japón y otros países del sudeste asiático, en relación a sus prácticas proteccionistas y a los mecanismos de subvención a las exportaciones.

Los acuerdos logrados en la Ronda Uruguay del GATT implicaron ya un progreso en esa tendencia liberalizadora. La negociación de la Ronda del Milenio, destinada a renovar y profundizar esos acuerdos, representará un hito decisivo en un proceso de apertura internacional. Sus resultados vigorizarán el incremento de nuestras exportaciones. La Argentina es ya el quinto exportador mundial de alimentos, en un escenario en que el crecimiento económico del mundo en desarrollo, en especial en el Asia-Pacífico, genera un incremento sostenido de la demanda mundial de alimentos.

Conviene recordar que la economía argentina tuvo su mayor ciclo de expansión económica ininterrumpida, en coincidencia con una fase expansiva del capitalismo y una etapa de apertura del comercio internacional, y sufrió sus mayores períodos de crisis y estancamiento a partir de la crisis internacional de 1929, en paralelo con la irrupción de las prácticas comerciales proteccionistas en el mundo entero.

En la década del 90, hay un giro histórico en las tendencias mundiales. Por esa razón, además de un desafío insoslayable, que al mismo tiempo cierra y abre caminos, la globalización es también para la Argentina una nueva oportunidad histórica. Todo depende de la capacidad que exhiba para aprovecharla.

CAPITULO III

LA ARGENTINA EN LA DÉCADA DEL 90

“La agonía de Francia respondía a algo más que a causas objetivas. Era sobre todo producto de la impotencia de su pueblo por creer en algo, que en definitiva es falta de grandeza. La grandeza es un camino hacia lo que no se conoce. La guía, la esperanza. ¡Qué bien marchan las cosas cuando los franceses creen en Francia!”.

(Palabras del general Charles De Gaulle a André Malraux en su diálogo final, rescatado de “*La hoguera de las encinas*”).

Hace dos años, la OCDE publicó un estudio acerca de la evolución de la economía argentina en la década del 90. Lo más significativo de este trabajo estaba en el título: “*La Argentina en la década del 90: crónica de un crecimiento anunciado*”. Porque la tesis central del informe era que no resultaba tan extraño que la economía argentina tuviera tasas de crecimiento que la ubicaban entre las de mayor velocidad de expansión en el mundo entero. Lo verdaderamente extraño, aquello que debía llamar la atención de los especialistas, era cómo un país como la Argentina, que a principios de siglo pintaba como una de las grandes promesas de la economía mundial, se las había ingeniado durante décadas para decaer hasta el borde de la desintegración.

En 1997 la Argentina creció a una tasa del 8,4%. Fue la tasa de crecimiento económico más elevada de América Latina y de todo Occidente. La segunda a nivel mundial, luego de la República Popular China, que creció el 8,8%.

Los años ‘90 significaron, para la economía argentina, la década más exitosa –en términos de crecimiento de la producción– del presente siglo. En los ocho años que van desde 1991 a 1998, el Producto Bruto crece a una tasa superior al 6% promedio anual, ritmo de expansión nunca antes alcanzado por la economía. Lo más cercano a esta performance es el 5,5% de crecimiento anual que exhibió la economía del país en la década transcurrida entre 1920 y 1930.

En términos relativos a su población de 36 millones de

La OCDE publicó un estudio acerca de la evolución de la economía argentina. Lo más significativo de este trabajo estaba en el título: “... Crónica de un crecimiento anunciado”.

*En 1997 la Argentina creció a una tasa del 8,4%.
Fue la tasa de crecimiento económico más elevada
de América Latina y de todo Occidente.
La segunda a nivel mundial.*

habitantes y a su Producto Bruto Interno de alrededor de 320.000 millones de dólares, fue el país del mundo, no del mundo en desarrollo sino de todo el mundo, que recibió el mayor volumen de inversiones extranjeras directas en 1997.

La “Base de Inversiones” del Centro de Estudios para la Producción ha relevado, en 1997, inversiones de firmas extranjeras por 21.000 millones de dólares, alcanzando un récord absoluto. Este monto resultó cuatro veces superior al promedio anual registrado en el período 1990-96 y treinta veces mayor a los valores anuales alcanzados a lo largo de la década del 80.

Durante 1997 se destinaron 10.500 millones de dólares a la ampliación de plantas y a la creación de nuevos establecimientos. Recordemos que durante el período 1990-96, este tipo de inversiones había llegado apenas a 3500 millones de dólares anuales.

Los indicadores económicos de los primeros meses de 1998 ratifican la continuidad del crecimiento económico, que no se quebró a pesar del fuerte agravamiento de la crisis financiera internacional desatada a partir de lo que viene ocurriendo en el sudeste asiático desde el segundo semestre de 1997.

Muy por el contrario, y a diferencia de lo sucedido con la anterior crisis financiera internacional, desatada a fines de 1994 con la devaluación del peso mexicano y el denominado “efecto tequila”, esta vez el país no sufrió fuga de capitales ni pérdida de depósitos bancarios.

Durante 1998, la economía continúa mostrando altas tasas de crecimiento en todas las actividades. La industria está creciendo al 7% anual, la cosecha de granos supera en un 20% los volúmenes de 1997, la construcción crece en torno al 20% (los permisos de construcción superan nada menos que en un 68,8% los niveles de 1997), la producción minera se ubica casi un 80% por encima de los niveles del año pasado y la producción de petróleo y gas reflejará incrementos del 5% y 8% respectivamente.

Importa señalar que en 1995 el país había sufrido en pocas semanas una pérdida de depósitos del sistema financiero de alrededor de 8000 millones de dólares, cerca de una cuarta parte de la totalidad de los depósitos existentes en esa fecha.

Esa brutal pérdida de depósitos en tan poco tiempo tuvo, en términos proporcionales al tamaño de los respectivos sistemas financieros, una dimensión equivalente a la experimentada por los Estados Unidos en el famoso “crack” de 1929, que produjo la caída de centenares de bancos y dio comienzo a un largo período de recesión.

En la Argentina, en cambio, no se registró nada parecido a una cadena de quiebras bancarias. Hubo, sí, una recesión brutal, con un descenso del Producto Bruto Interno del 4,4% en 1995 y un enorme incremento de la tasa de desempleo, que trepó al 18,4%, en mayo de ese año, en coincidencia con los comicios presidenciales que posibilitaron la reelección de Carlos Menem, con una cantidad y un porcentaje de votos superior al que obtuviera seis

En la Argentina no se registró nada parecido a una cadena de quiebras bancarias. Hubo, sí, una recesión brutal, con un descenso del Producto Bruto Interno del 4,4% en 1995.

Las principales consultoras económicas pronosticaban que después del “tequila” la segunda devaluación monetaria iba a ocurrir en la Argentina. El país aguantó a pie firme.

años antes en su primera elección.

Pero esa brutal recesión fue también breve. En 1996, la economía argentina inició una fuerte recuperación, que se acentuó en 1997 y continúa hoy. La tasa de desempleo bajó más de cinco puntos en tres años. De aquel 18,4% de mayo de 1995, se redujo en la actualidad a cerca del 13% y la tendencia sigue siendo a la baja.

¿Qué hizo la diferencia entre las consecuencias que tuvo en la Argentina el “efecto tequila” y las repercusiones alcanzadas por la actual crisis financiera internacional, cuyas dimensiones son sideralmente mayores a la anterior, porque afectan a la región del planeta que constituye la verdadera locomotora de la economía mundial?

La pregunta es importante porque la respuesta es la causa de un éxito. Y la respuesta es que, en medio de la crisis provocada por el “efecto tequila”, cuando la fuga de capitales amenazaba la estabilidad del sistema financiero y las principales consultoras económicas internacionales pronosticaban que después de México la segunda devaluación monetaria iba a ocurrir en la Argentina, el país aguantó a pie firme el cimbronazo y el poder político se negó a devaluar la moneda.

Esto significa que el poder político prefirió pagar el precio de una fuerte recesión y un alza de la tasa de desempleo antes que sacrificar las nuevas instituciones económicas creadas por la Argentina en la década del 90, cuya máxima expresión es la Ley de Convertibilidad, sancionada en 1991.

De esa manera, la Argentina dio un salto cualitativo en materia de confiabilidad internacional. En una economía internacional crecientemente globalizada, el valor confianza constituye el principal activo de todos los países del mundo. Porque de la confianza que sea capaz de despertarse en la solidez de las instituciones políticas y económicas de una sociedad depende en gran medida el flujo de los capitales financieros y la localización de las inversiones extranjeras directas de las grandes corporaciones transnacionales.

La Argentina pasó con éxito ese examen y puede decirse que hoy el país, en medio de esta tremenda crisis mundial, está cobrando el crédito de credibilidad que ganó en 1995, cuando el poder político supo enfrentar con éxito el “efecto tequila”. Ernest Hemingway, el novelista norteamericano, dice: *“La vida hiere a todos, a los que no mata los fortalece”*. La economía argentina es ahora más fuerte que en 1995.

Por eso mismo, la Argentina está en mejores condiciones para navegar en las turbulentas aguas de un sistema económico mundial que sufre los efectos de una nueva fase de un profundo y cada vez más acelerado proceso de reconversión, signado por los avances de la revolución tecnológica y la globalización del sistema productivo.

El hecho más destacado del actual proceso de expansión económica reside en que, por primera vez, después de varias décadas, la inversión se constituye en el motor principal y central del

La Argentina está cobrando el crédito de credibilidad que ganó en 1995. Ernest Hemingway, el novelista norteamericano, dice: “La vida hiere a todos, a los que no mata los fortalece”.

Por primera vez, después de varias décadas, la inversión se constituye en el motor principal del crecimiento de la economía.

crecimiento de la economía, lo que hace al actual proceso de expansión sostenible en el tiempo. En 1997, la inversión aumentó más de un 27%, explicando casi la mitad del crecimiento de la demanda agregada. Durante el año 1998, la expansión de las inversiones más que duplicará el incremento del Producto Bruto.

Los cálculos, siempre extremadamente cautos y prudentes de los organismos financieros internacionales, indican que, con las reformas estructurales efectuadas por la Argentina hasta fines de 1994, el piso de crecimiento de la economía del país en los próximos años será del 4,5%. Las estimaciones de los principales bancos extranjeros consignan que ese piso de crecimiento se encontrará alrededor del 6%.

Conviene subrayar tres cosas. Primero, que esas previsiones no aluden a la tasa de crecimiento, sino al piso de crecimiento, que será seguramente mayor. Segundo, que la economía mundial viene creciendo a una tasa promedio de alrededor del 3% anual. O sea que el país tiende a crecer anualmente a una tasa de más del doble del promedio internacional. Tercero, que la tasa de natalidad en la Argentina es del 1,7%, baja en términos internacionales. O sea que en los años que se avecinan el incremento del ingreso por habitante será uno de los más elevados del mundo.

Estas estimaciones de los organismos internacionales y de los grandes bancos extranjeros permiten entonces inferir que los indicadores económicos de 1997 y los conocidos hasta ahora de

1998 no constituyen un fenómeno coyuntural, sino el comienzo de un proceso de expansión económica sostenida que se proyectará a lo largo de la próxima década.

Ya se llevan relevados para el período 1998-2000, inversiones de firmas extranjeras por 40.000 millones de dólares, es decir, más de 13.000 millones de dólares anuales. Estas inversiones, casi en su totalidad –12.000 millones de dólares anuales– corresponden a ampliaciones y nuevas plantas. Este monto se ubica más de un 14% por encima del nivel registrado en 1997. Este hecho pone de manifiesto la continuidad del impulso inversor de los capitales extranjeros, reafirmando la confianza que las empresas de todo el mundo depositan en la economía argentina, a pesar del actual escenario internacional.

El 29% de los 40.000 millones de dólares de las inversiones extranjeras relevadas para el período 1998-2000 proviene de Estados Unidos, siguiendo España con un 13%, Chile con el 8% y Canadá con un 7%. Se destaca la consolidación de Francia, Gran Bretaña y Brasil como inversores de relevancia. Y es importante tener en cuenta otros dos hechos de trascendencia: la aparición de Japón entre los diez primeros países inversores y el surgimiento de China, con el 0,9% del total de las inversiones relevadas, apenas debajo de Alemania.

La contracara del proceso de inversiones productivas es el fuerte incremento de las importaciones de bienes de capital.

La contracara del proceso de inversiones productivas es el fuerte incremento de las importaciones de bienes de capital.

En la actualidad, el equipamiento con que cuentan los sectores productivos es el más moderno de los últimos treinta años.

Estas explicaron más de la mitad del crecimiento de las importaciones totales de 1997 y del primer trimestre de 1998. Las importaciones de bienes de capital y partes alcanzarían en 1998 los 16.000 millones de dólares, casi diez veces por encima de los valores de la década del 80 y más de un 20% por encima del monto registrado en 1997. Esta dinámica confirma el fuerte proceso de inversiones directas, el más importante de los últimos cincuenta años.

La incorporación de equipamiento moderno y de nuevas tecnologías ha impulsado un notable proceso de modernización. En la actualidad, los estudios realizados por diversos centros especializados coinciden en que el equipamiento con que cuentan los sectores productivos es el más moderno de los últimos treinta años.

En la mayoría de las actividades exportadoras, se ha podido constatar la presencia de fuertes inversiones. Ello preanuncia un nuevo salto en las exportaciones argentinas. Se destaca el crecimiento de los montos de inversiones de 1997, respecto al promedio anual del período 1990-96, de casi siete veces en el sector productor de Aluminio, seguido por la Siderurgia, 5 veces; Minería, 4,5 veces; Automotriz, 4.3 veces; Químicos, 2.9 veces; Celulosa y Papel, 2,7 veces; Alimentos y Bebidas, 2.3 veces y Derivados de Petróleo y Gas, 1.5 veces.

A su vez, se están concretando fuertes inversiones –superiores a los 21.000 millones de dólares en el período 1997-2000–

en sectores de infraestructura que fortalecen la competitividad de las exportaciones (transporte, energía, gas, comunicaciones, etc.).

La totalidad de los indicadores más relevantes confirma la tendencia de que, en términos de mediano y largo plazo, la economía argentina tiene por delante un largo ciclo de expansión.

El viraje estratégico

¿Cuál fue el trayecto que siguió el país en la década del 90 para colocarse hoy en esta situación promisoria en materia de perspectivas de crecimiento económico y de inserción internacional?

Vale la pena detenerse brevemente en el punto de partida. En julio de 1989, en medio del colapso hiperinflacionario y de serias amenazas de desintegración social expresadas por los saqueos a los supermercados, culminaba un prolongado período de decadencia nacional.

La Argentina venía padeciendo décadas de estancamiento económico y progresivo aislamiento externo. Desde principios de la década del 50, el país vivió una prolongada etapa de declinación económica. A partir de 1975, ese declive se convirtió en virtual estancamiento: la tasa de crecimiento promedio apenas superaba al índice de natalidad.

En los últimos años de la década del 80, del estancamiento se pasó al retroceso. Durante tres años consecutivos, hubo descen-

En los últimos años de la década del 80, durante tres años consecutivos, hubo descenso del Producto Bruto por habitante.

La estabilidad es, hoy, parte de la vida normal en la Argentina y, además, núcleo de la gobernabilidad del país.

so del Producto Bruto por habitante. Y en 1989, al tercer año consecutivo, el retroceso se manifestó en el colapso económico del Estado y, por ende, en el estallido de la hiperinflación.

La estabilidad es, hoy, parte de la vida normal en la Argentina y, además, núcleo de la gobernabilidad del país. Esto es del ejercicio sostenido del poder político. El resorte final de la legitimidad del Estado es el control de la inflación. La Argentina de julio de 1989, azotada por la hiperinflación y conmocionada por los saqueos, configuraba el modelo de sociedad más dualista de toda nuestra historia.

En ese breve lapso, se registró el proceso de redistribución regresiva del ingreso más brutal que hubiera podido imaginarse. En pocas semanas, miles de millones de dólares pasaron de los sectores socialmente más humildes, que no tenían como protegerse contra la fenomenal devaluación diaria de la moneda, a poder de quienes sí podían refugiarse en el dólar.

Fue por eso que, en ese momento de crisis terminal de un sistema económico, se produjo un punto de inflexión en la historia argentina. Con un Estado en cesación de pagos, casi sin ningún poder de coerción, Menem utilizó el formidable capital político derivado de su doble condición de presidente constitucional y de líder legítimo del peronismo para impulsar un viraje estratégico que constituyó el comienzo de un duro proceso de transformación económica y re inserción internacional de la Argentina.

La reinserción internacional

El colapso económico de la Argentina de 1989 coincidió con otro punto de inflexión ocurrido en el escenario internacional. En octubre de 1989, la caída del Muro de Berlín representó el inicio de un acelerado proceso que culminó a fines de 1991 con el fin de la Guerra Fría, materializado con la autodisolución de la Unión Soviética, con el establecimiento de la hegemonía militar de los Estados Unidos y con el avance indetenible de la globalización del sistema productivo mundial.

Por eso, el viraje estratégico producido por Menem en 1989 significó no sólo la única respuesta necesaria y posible al colapso hiperinflacionario, que reflejaba el agotamiento de un largo ciclo de decadencia económica, sino también la adecuación de la Argentina a la nueva realidad internacional signada por la hegemonía norteamericana y la globalización del sistema económico.

Así como en 1945 Perón había tenido que reubicarse y reubicar a la Argentina en el orden internacional bipolar que emergía a partir de los acuerdos de Yalta y el fin de la Segunda Guerra Mundial, Menem reinsertó al país en el mundo de la Posguerra Fría. Como Perón en su momento, percibió a tiempo el cambio de las circunstancias históricas y la necesidad imperiosa de cambiar de montura para “*cabalgar la evolución*”.

De allí que, vistas desde una perspectiva de mediano y lar-

En 1945, Perón reubicó al país en el orden internacional bipolar que emergía a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial. Menem lo reinsertó en el mundo de la Posguerra Fría.

Como Perón en su momento, percibió a tiempo el cambio de las circunstancias históricas y la necesidad imperiosa de cambiar de montura para “cabalgar la evolución”.

go plazo, las reformas estructurales realizadas en los últimos años sean algo mucho más vasto y trascendente aún que un fuerte y exitoso ajuste económico para salir de una situación de emergencia y de colapso. Constituyen un nuevo piso histórico, fundado en la aparición de nuevas instituciones económicas acordes con la época y con la nueva realidad mundial.

En el mundo globalizado de la década del 90, la política exterior y la política económica son sólo dos caras de una misma moneda. Todo el esfuerzo realizado para poner nuevamente en marcha la economía argentina hubiera sido inútil de no haber estado acompañado por un esfuerzo similar, igualmente drástico y sostenido, orientado hacia la reinserción del país en ese nuevo escenario internacional signado por la hegemonía militar de los Estados Unidos y por la globalización del sistema productivo.

El viraje producido por Menem en 1989 tuvo en este terreno dos vectores fundamentales: el establecimiento de un alineamiento estratégico con los Estados Unidos, convertido en el paisaje del nuevo sistema de poder internacional, y la puesta en marcha de un ambicioso proceso de integración regional, sustentado en una alianza con Brasil, que dio origen al MERCOSUR, y a una estrecha asociación con Chile.

Desde la participación de las naves argentinas en la Guerra del Golfo, a principios de 1990, hasta la visita a Buenos Aires de Bill Clinton, en octubre de 1997, cuando el país adquirió la

condición de aliado extra-OTAN de los Estados Unidos, la Argentina no cejó en articular una relación especial con la principal potencia del planeta.

Al mismo tiempo, desde el Tratado de Asunción, en marzo de 1991, que puso en movimiento la rueda del MERCOSUR, tampoco abandonó ni por un instante la decisión de avanzar a paso redoblado hacia la constitución de un espacio económico integrado en el Cono Sur de América, para posibilitar a todos los países de la región una inserción activa en el escenario de la economía globalizada.

El nuevo sistema económico

Los primeros resultados de esta transformación están a la vista. Entre 1990 y 1997, la economía argentina creció un 52%. Para entender lo que esto significa, conviene consignar que estamos hablando de una tasa de crecimiento inédita en toda la historia de la Argentina moderna y que se encuentra, además, entre las más elevadas de América Latina y de todo Occidente.

Este crecimiento está acompañado por una drástica reconversión tecnológica que generó un gran salto de productividad. Los estudios realizados por organismos especializados y consultoras privadas consignan que los índices de productividad de la economía argentina crecieron a un ritmo aún más acelerado que el del promedio de los países del Asia-Pacífico.

Los primeros resultados de esta transformación están a la vista. Entre 1990 y 1997 la economía argentina creció un 52%.

Estamos hablando de una tasa de crecimiento inédita en la historia de la Argentina moderna, que se encuentra entre las más elevadas de América Latina y de todo Occidente.

Ello explica que haya habido, a la vez, un ensanchamiento del mercado interno, producto de la elevación de los niveles de consumo popular derivados de la estabilidad de la moneda y del crecimiento general de la economía, y un muy fuerte incremento de las exportaciones, que se triplicaron en nueve años.

En la década del 70, la industria argentina creció un 21,3%. A lo largo de la década del 80, la producción industrial bajó un 2,3%. En la década del 90, según estimaciones absolutamente confiables, crecerá más de un 70%. Sectores como el alimentario y el automotriz tienen una expansión vertiginosa.

Al mismo tiempo, el país experimenta un verdadero “boom” agro-industrial. La vigorosa reconversión tecnológica del campo argentino y de su sector industrial confluyen para el surgimiento de un polo agro-alimentario que permite que la Argentina sea hoy el octavo productor mundial de alimentos y, lo que es tal vez más importante, sea también el quinto exportador mundial.

La Argentina, que en 1989 sufría constantemente los cortes del suministro de energía eléctrica, se ha convertido hoy en la principal fuente de abastecimiento energético de la región. Las principales fuentes de aprovisionamiento energético de Chile son argentinas. El país exporta crecientes volúmenes de gas a Brasil y Uruguay. En materia de petróleo, la Argentina desplazó a los países árabes como la principal fuente de abastecimiento de Brasil.

La reestructuración generada a partir de la privatización

del sistema energético, que aún resta por completar en algunas provincias, provocó también una fuerte reducción en los precios de la energía industrial, hecho que representa una rebaja de costos que favorece la mayor competitividad internacional de la economía argentina.

La visión estratégica de Perón, formulada con absoluta y total claridad en el “**Modelo Argentino para el Proyecto Nacional**”, cuando hacía hincapié en la potencialidad de la Argentina en materia de alimentos y de energía, se encarna hoy en un país que se ha convertido ya en un protagonista de primer nivel en el negocio mundial de alimentos y en el más importante exportador de energía a nivel regional.

En materia de telecomunicaciones, centro neurálgico del impulso hacia la globalización de la economía mundial, desde la privatización de ENTEL el país pasó de una capacidad instalada de 2.900.000 líneas telefónicas a 7.000.000 en apenas siete años. A esto hay que sumarle la irrupción y el crecimiento explosivo de la telefonía celular, que ya tiene 2.400.000 abonados. En 1999 habrá en funcionamiento en el país más teléfonos celulares que la cantidad de teléfonos fijos instalados en 1989.

En el aspecto tecnológico, la Argentina es ya uno de los primeros países del mundo en tener un sistema de telecomunicaciones casi íntegramente digitalizado. Estamos también entre los primeros países del mundo en la relación de cantidad de fibra óp-

La Argentina se encuentra, hoy, tecnológicamente situada en el pelotón de vanguardia, en el sector de mayor importancia estratégica de la nueva economía mundial.

Quienes se opusieron a la política de privatizaciones deben reconocer que se han equivocado de medio a medio.

tica por habitante. Importa señalar que la dupla digitalización más fibra óptica constituye la base para el ingreso a la era de la interactividad, que es la herramienta más importante para el acceso a la avanzada de la tecnología productiva de la época.

En la misma dirección, se inscribe la vertiginosa expansión de la televisión por cable. La cantidad de usuarios supera ya el cincuenta por ciento de los hogares argentinos, una proporción que nos ubica en este rubro entre los principales países del planeta.

Como producto de las fuertes inversiones realizadas en estos años en materia de infraestructura de las telecomunicaciones, que desde 1990 hasta 1997 ascendieron a 16.000 millones de dólares, la Argentina se encuentra hoy tecnológicamente situada en el pelotón de vanguardia en el sector de mayor importancia estratégica de la nueva economía mundial.

Quienes se opusieron a la política de privatizaciones con el argumento de que el Estado no debía delegar en el sector privado su obligación de garantizar el mejoramiento y la expansión de la infraestructura económica argentina deben reconocer que se han equivocado de medio a medio. Miles y miles de millones de dólares de inversión privada nacional y extranjera han permitido precisamente este gigantesco salto adelante, que jamás habría sido posible financiar con el erario público y mucho menos en las condiciones de colapso fiscal en que se encontraba el Estado argentino en 1989.

La estabilidad monetaria, garantizada por la Ley de Convertibilidad, la apertura y la desregulación de la economía, con plenas garantías para la inversión privada nacional y extranjera, la ampliación de mercados para la producción argentina, generada por la creación del MERCOSUR y la asociación con Chile, y el mejoramiento de la infraestructura general del país, especialmente en materia de telecomunicaciones, energía, caminos y puertos, inducido por la privatización de las empresas públicas, fueron las principales “políticas activas” impulsadas desde el Estado para alentar el fuerte crecimiento económico que caracteriza a la economía argentina de la década del 90.

Transformación en democracia

Esta profunda transformación estructural es inédita mundialmente en el marco de un sistema democrático. Chile y los países del sudeste asiático la realizaron en un escenario de autoritarismo político. En el caso de estos últimos, hoy están en parte pagando el precio de ese camino. Avanzaron, y en realidad todavía intentan hacerlo, desde la transformación económica hacia la democracia política. La Argentina recorrió el camino inverso: desde la democracia política, reconquistada en 1983, avanzó hacia la transformación económica, iniciada en 1989. Hizo lo que pretendió y no pudo hacer Gorbachov en la Unión Soviética.

Esta transformación es inédita mundialmente en el marco de un sistema democrático. Chile y los países del sudeste asiático la realizaron en un escenario de autoritarismo político.

La Argentina recorrió el camino inverso: desde la democracia política, reconquistada en 1983, avanzó hacia la transformación económica, iniciada en 1989.

Porque todos estos cambios estructurales se hicieron sin estado de sitio, sin tanques en la calle, sin presos políticos y campos de concentración, con las herramientas políticas de la legitimidad democrática, esto es el consenso, el respeto a las garantías y los derechos individuales, la plena vigencia de las libertades públicas y el respeto a la voluntad popular.

Se realizaron, además, dentro de una política de unidad y de reconciliación nacional. Jamás en la historia política argentina, un gobierno constitucional abrió tanto lugar a la participación de figuras provenientes de virtualmente todos los sectores del espectro político.

En ese marco, hubo espacio para avanzar en la reconciliación de las Fuerzas Armadas con la sociedad argentina. Pero existió ese espacio porque, por primera vez en varias décadas, un gobierno constitucional se negó a negociar con un grupo de militares amotinados y supo aplastar con toda energía una sublevación castrense que muy probablemente quede registrada como la última en la historia política del país. Desde 1930, nunca hubo el grado de subordinación de las Fuerzas Armadas al poder político que con todo orgullo puede ostentar hoy la Argentina.

Un presidente peronista, preso durante cinco años durante el último régimen militar, dictó el indulto a sus carceleros, se abrazó con el almirante Rojas y puso el nombre de Jorge Luis Borges al principal salón de la Biblioteca Nacional. Pero el mismo presidente peronista repatrió los restos de Juan Manuel de Rosas, impuso

el nombre de Perón a una unidad del Ejército Argentino, inauguró un monumento al general Juan José Valle en el sitio de su fusilamiento y acuñó un sello postal en homenaje a Ernesto “Che” Guevara al cumplirse el trigésimo aniversario de su muerte.

Por eso es que la Argentina constituye un caso paradigmático del contexto de los años 90, en que la política económica, la política exterior y la institucionalidad democrática conforman una unidad.

En 1998 el país cumple quince años de plena vigencia de la democracia. Es el ciclo de legitimidad democrática, es decir aceptada por el país en su conjunto, más prolongado de toda la historia argentina. El anterior período de estas características transcurrió entre 1916, fecha de la asunción de Hipólito Yrigoyen, y 1930, año de su derrocamiento.

Importa decir que una de las notas distintivas del mundo contemporáneo es el absoluto predominio internacional de un sistema de poder que conjuga el afianzamiento del sistema democrático con la vigencia de la economía de mercado, extendida al planeta entero desde la desaparición del antiguo bloque socialista.

Esa combinación entre sistema democrático y economía de mercado, consolidada luego de la finalización de la Segunda Guerra mundial en los países que configuraron la tríada del capitalismo avanzado -Estados Unidos, Europa Occidental y Japón- se extiende ahora como una mancha de aceite y alcanza a Europa Oriental, avanza en el sudeste asiático y abarca también a casi

En 1998 el país cumple quince años de plena vigencia de la democracia. Es el ciclo de legitimidad democrática más prolongado de toda la historia argentina.

El anterior período de estas características transcurrió entre 1916, fecha de la asunción de Hipólito Yrigoyen, y 1930, año de su derrocamiento.

todos los países de América Latina.

La Argentina está inserta entonces en una tendencia de carácter mundial. La recuperación de la democracia política en 1983 y el nuevo sistema económico instaurado a partir de 1989 nos colocan, por primera vez en muchas décadas, frente a una problemática histórica acorde con el nivel de los tiempos.

La agenda básica de la Argentina de fin de siglo coincide en grandes rasgos con los riesgos, los desafíos y las posibilidades que afronta hoy la Humanidad en su conjunto, sacudida permanentemente por enormes transformaciones que destruyen certidumbres ideológicas que se tenían por inmutables.

Esto permite entender por qué, así como luego de 1983 ninguna alternativa política válida en la Argentina podía construirse sino a partir del régimen democrático instaurado con la asunción del gobierno de Raúl Alfonsín, ninguna opción real sobre el futuro nacional puede desprenderse de la condición también irreversible de la transformación económica y la reinserción internacional alcanzadas durante el gobierno de Menem.

La transformación económica y la reinserción internacional de la Argentina, logros principales de estos nueve años, no son ya patrimonio de un gobierno determinado. Junto con la democracia, constituyen el patrimonio común de la sociedad. Conforman las bases de un incipiente nuevo consenso nacional, que trasciende las fronteras partidarias.

Por eso puede decirse que las transformaciones estructurales realizadas en la década del 90 representan un segundo momento revolucionario en la historia de la Argentina moderna, sólo comparable en su trascendencia y por sus dimensiones con la vasta transformación social encarnada por el peronismo entre 1945 y 1955.

Las transformaciones ya realizadas en estos años son la base de las múltiples transformaciones que restan por hacer. Porque la Argentina que viene será el resultado del despliegue de las energías y las potencialidades que encierra la Argentina de hoy. Planificar es pensar lo posible a partir de lo actual.

CAPITULO IV

LA REVOLUCION DE LOS ALIMENTOS

“La técnica moderna presiente la futura escasez de materias primas perecederas y orienta su mirada hacia las producciones de cultivo. En las pampas inagotables de nuestra patria se encuentra escondida la verdadera riqueza del porvenir”.

(Juan Perón, en el mensaje de constitución del Consejo Nacional de Posguerra, el 6 de septiembre de 1944).

En virtud de las grandes transformaciones de la década del 90, la Argentina se ha convertido en protagonista de una de las corrientes de fondo de la economía globalizada de fin de siglo: la industria de los alimentos. Ha logrado valorizar sus ventajas comparativas en materia de producción agrícola para convertirlas en decisivas ventajas competitivas.

Estas transformaciones han permitido al país absorber al mismo tiempo dos revoluciones tecnológicas: la llamada “revolución verde”, que no pudo realizar en las décadas del 60 y del 70, ya que entonces tenía un sistema económico que repelía la innovación y castigaba el cambio, y la revolución de la biotecnología, de los años 80 y 90.

Lo que el país no hizo en las dos décadas pasadas, lo está haciendo ahora. Como la tendencia a la exageración parece ser un rasgo de la idiosincrasia nacional, la Argentina realizó en siete años lo que no pudo hacer en veinte.

Ahora se utilizan los fertilizantes en gran escala y, para producirlos, se construye en Bahía Blanca la mayor fábrica del mundo. La siembra directa se ha transformado en un lugar común en el agro argentino, que utiliza la tecnología conocida y disponible porque ahora tiene incentivos económicos para incorporar el cambio tecnológico.

La idea de que la producción primaria del agro está alejada del conocimiento científico es falsa: la semilla que se utiliza en

En los años noventa, la Argentina se ha convertido en protagonista de una de las corrientes de fondo de la economía globalizada de fin de siglo: la industria de los alimentos.

La semilla que se utiliza en el agro contiene tanta información y tanto desarrollo científico y tecnológico como el más avanzado de los productos del conocimiento humano.

el agro contiene tanta información y tanto desarrollo científico y tecnológico como el más avanzado de los productos del conocimiento humano. De ahí la enorme importancia de que la Argentina tenga hoy una producción de granos de más de 60 millones de toneladas, que será el nuevo piso estructural de la producción agraria.

Para comprender lo que está en marcha, identificar la tendencia predominante y cabalgar sobre ella a través de proyectos específicos provenientes de la sociedad, del gobierno, del mundo político, conviene precisar algunos conceptos.

En la economía globalizada de fin de siglo, comienzan a desplegarse en toda su intensidad las ventajas comparativas. El capitalismo, como lógica de acumulación, despliega en la economía global toda su capacidad de crecimiento.

Las ventajas comparativas son de tres tipos: los recursos naturales, la mano de obra abundante y barata y un alto e incesante desarrollo científico e innovación tecnológica. Pero la característica distintiva de la globalización del sistema productivo mundial es la revolución tecnológica, que atraviesa todas las ventajas comparativas: a algunas las exalta, y a otras las disminuye.

Lo que está ocurriendo en el mundo en nuestro tiempo es que el cambio tecnológico ininterrumpido –que es el sustento de la revolución en materia de procesamiento de la información– revaloriza cada vez más los recursos naturales y disminuye la importancia relativa de la ventaja comparativa de la mano de obra

abundante y barata. Por eso, mejoran las posibilidades de crecimiento para la Argentina.

El paso de las ventajas comparativas a las competitivas es propio de una economía que cambia en forma permanente y a gran velocidad y donde, por definición, la competencia se exagera, porque la característica de la globalización es la apertura generalizada de los mercados.

Las ventajas comparativas surgidas de los recursos naturales de la producción primaria existen y se encuentran cada vez más valorizadas. Pero, al mismo tiempo, deben enfrentar el desafío del cambio tecnológico incesante y de la competencia generalizada en escala mundial. Los países productores que disponen de vastos recursos naturales, como es el caso de la Argentina, están obligados a trabajar para mantener sus ventajas comparativas. Al incorporar valor agregado, las ventajas comparativas naturales se vuelven ventajas competitivas: la mejora continuada de la producción primaria se convierte en regla insoslayable para mantener las ventajas comparativas.

El redescubrimiento del primer eslabón de la cadena

En el mundo entero hay un redescubrimiento de la importancia competitiva del primer eslabón, en una cadena de altísimo

Hay un redescubrimiento de la importancia competitiva del primer eslabón, en una cadena de altísimo nivel de productividad orientada a participar activamente en la economía mundial.

La producción primaria de productos agropecuarios, en las condiciones de la globalización de fin de siglo, constituye el primer eslabón del negocio de los alimentos.

nivel de productividad, orientada a participar activamente en la economía mundial. Estas características definen acabadamente, por ejemplo, a la industria aceitera argentina, cuyas exportaciones constituyeron casi el 25% de las ventas argentinas al exterior durante 1997. Es un sector formado por empresas de alta tecnología, de gran nivel de concentración y competitivas en escala internacional.

En su producción, estas empresas poseen un nivel de procesamiento equiparable en productividad al estadounidense, pero con un agregado adicional: su estructura de costos es un 60% inferior a la de ese país y también un 30% inferior a la de Brasil. La razón de esta diferencia es que la producción primaria de la Argentina en girasol y en soja tienen calidad y precio que son únicos en el mundo, en términos competitivos. El 75% del total de la producción aceitera argentina se exporta y esta producción se orienta cada vez más a satisfacer la demanda del sudeste asiático.

La Argentina tiene ventajas comparativas excepcionales en la producción primaria de productos agropecuarios que hoy, en las condiciones de la globalización del capitalismo de fin de siglo, constituye el primer eslabón del negocio de los alimentos. Este, a su vez, depende de un altísimo nivel de productividad para permanecer competitivo. El alto nivel de productividad en el negocio de los alimentos sólo se puede mantener mediante una incorporación constante de tecnología, del cumplimiento de normas cada vez más exigentes de calidad y salubridad y de la permanente adapta-

ción a las diferentes y cambiantes características de los distintos segmentos de la demanda. Esto significa que la producción primaria argentina se puede mantener en el mercado en la medida en que sea una producción especializada.

Pero una especialización competitiva no puede restringirse a la producción primaria. La especialización, que es la regla de la acumulación capitalista para alcanzar superiores niveles de productividad, sólo es posible en la medida en que el país esté presente y se integre en la totalidad de la cadena alimentaria. Únicamente de esta forma se pueden obtener las ganancias suficientes para realizar las inversiones en alta tecnología necesarias para competir en el mercado de productos de alto valor agregado.

Esto incluye los recursos económicos para desarrollar una infraestructura de primer nivel en numerosas áreas: sistematización productiva, organización industrial, cadena de frío, depósitos, transportes, comunicaciones, envases y empaquetamiento, logística y comercialización. Y una educación calificada en todas las instancias, especialmente la universitaria, para que el desarrollo de la investigación asegure que la producción primaria del país tenga un grado cada vez mayor de estandarización y de diferenciación.

En este fin de siglo, la agricultura moderna es una parte del primer eslabón de la industria agroalimentaria de alta tecnología: lo que comienza en el sembradío incluye la actividad de los laboratorios y el desarrollo de la biotecnología. Es un solo com-

Una especialización competitiva no puede restringirse a la producción primaria. La especialización sólo es posible en la medida en que el país esté presente y se integre en toda la cadena alimentaria.

La industria agroalimentaria de alta tecnología comienza en el sembradío, incluye la actividad de los laboratorios y el desarrollo de la biotecnología.

plejo que va desde la producción primaria al más alto conocimiento científico y tecnológico de la época. Es en este conjunto de la cadena agroalimentaria donde la Argentina pone en juego su especialización como gran productor: no se trata de una simple especialización en la producción primaria, sino que ésta debe abarcar toda la cadena agroalimentaria.

La expansión del mercado mundial

Ahora bien, ¿dónde está situada la Argentina en 1998 en relación con la economía mundial? En realidad, los acontecimientos han superado cualquier visión localista del problema. Lo verdaderamente decisivo es identificar la tendencia mundial y, sobre esa base, una vez que queda clara la línea principal del proceso histórico en marcha, procurar sumarse a través de un esfuerzo nacional de voluntad de orden político.

La tendencia mundial en la materia, anticipada por Perón hace un cuarto de siglo, es que hay una fuerte transferencia de ingresos de los países demandantes de alimentos hacia los países productores de alimentos.

El súbito incremento del poder adquisitivo de grandes poblaciones que han vivido o viven en condiciones precarias ha comenzado a producir una transferencia. Porque los países que crecen aceleradamente desde un punto de partida de extrema pobre-

za, lo primero que hacen es aumentar la demanda de alimentos, tanto en el aspecto cuantitativo como en el cualitativo: pasan de los granos a la búsqueda de proteínas, del arroz a la carne y de las carnes blancas a las carnes rojas.

Se produce, entonces, una situación paradójica: la productividad agrícola de la República Popular China aumenta incesantemente pero, sin embargo, la producción per cápita disminuye año tras año. La razón es que está aumentando el consumo de la población china y, al mismo tiempo, disminuyendo la superficie de las zonas de siembra.

Como en todo proceso gigantesco de industrialización, tal como ha ocurrido siempre en la historia del capitalismo desde la Revolución Industrial, las industrias significan urbanización y ésta necesita la ocupación de tierras que antes estaban disponibles para la producción agrícola. Simultáneamente, el actual consumo de grasas y aceites, de aproximadamente nueve kilogramos por habitante por año, crecerá tendiendo a acercarse a los 40 a 45 kilogramos anuales que se consumen en Europa y los Estados Unidos.

Lo que sucede en el mundo y lo que significa en términos de alimentos es fácil de comprender si nos referimos a Brasil, nuestro socio y aliado en el MERCOSUR, que es un país de dimensiones asiáticas. Si Brasil no estuviera en Sudamérica, por su población sería el cuarto país de Asia. En materia agroalimentaria, la dificultad principal de la Argentina con respecto a Brasil proviene

La Argentina es uno de los pocos países que tendrá en los próximos años un fuerte crecimiento de su producción alimentaria y disponibilidad cada vez mayor de excedentes exportables.

Las tres zonas más fértiles del mundo son el medio oeste norteamericano (Iowa, Illinois), la pampa húmeda argentina y las tierras negras de Rusia y Ucrania.

del lado de su oferta, antes que por el lado de la demanda. De las veinticuatro unidades políticas que hay en la Argentina, dieciséis tienen más del 50% de sus exportaciones dirigidas hacia Brasil. En este marco favorable, la Argentina es hoy el octavo productor mundial y el quinto exportador mundial de alimentos.

¿Cuál es la característica central, esencial, estratégica de la Argentina en este contexto? La Argentina es uno de los pocos países del mundo que va a tener en los próximos años un fuerte crecimiento de su producción agroalimentaria junto con una disponibilidad cada vez mayor de excedentes exportables. Hay otros países que tienen una producción superior a la de la Argentina. Pero hay pocos países –la Argentina entre ellos– que, al mismo tiempo que aumentan su producción agroalimentaria, incrementan su capacidad de exportar excedentes.

Las tres zonas más fértiles del mundo son el medio oeste norteamericano (Iowa, Illinois), la pampa húmeda argentina y las tierras negras de Rusia y Ucrania. La diferencia a favor de la Argentina es que dispone de una de esas tres zonas y, al mismo tiempo, tiene un sistema económico acorde con la época y poca población.

Desde el punto de vista económico, la característica de la pampa húmeda es la rapidez con que está creciendo la intensidad del capital utilizado en el sector. En la Argentina, el agro cuenta con una estructura intensamente moderna, que responde y absorbe con extraordinaria rapidez las señales económicas y tecnológicas que le

envía el mercado, en la exacta medida en que esas señales le revelan al productor cuál es el camino del crecimiento y de la innovación.

Si se toma en cuenta el stock de capital por unidad de producto de los cuatro primeros exportadores mundiales de alimentos y se lo compara con la misma relación que tiene la Argentina, la diferencia es abismal. Hoy, nuestro país recién comienza a invertir y a utilizar la tecnología disponible y conocida en todas partes del mundo que no incorporó en las décadas previas, porque la “revolución verde” pasó de largo en la Argentina.

Es probable, por lo tanto, que la cosecha de granos y oleaginosas de 1997 constituya el nuevo piso productivo del país. También hay que prever que en los próximos años se va a mantener un alto ritmo de acumulación en el agro argentino, con un aumento consecuente de la productividad del sector.

En las condiciones de globalización de fin de siglo, con economías definitivamente abiertas y una competencia única global, la única fuente de crecimiento sostenido es el aumento de la productividad. En el agro argentino, este nivel superior de acumulación, en una estructura decididamente moderna, asegura un aumento incesante de la productividad. Sus posibilidades de expansión son todavía inmensas, muy superiores a las de la mayoría de los países con los que actualmente competimos en este sector. Esta es la base estructural que convierte a la Argentina en uno de los protagonistas del negocio mundial de alimentos.

En las condiciones de globalización, con economías abiertas y una competencia única global, la única fuente de crecimiento sostenido es el aumento de la productividad.

No hay que temer a la especialización productiva de la Argentina en el negocio de los alimentos. Al contrario, hay que apostar deliberada y lúcidamente a ella.

El Asia-Pacífico se ha convertido en el principal mercado agroalimentario del mundo. Coinciden para ello su extraordinario dinamismo económico, su creciente ingreso real per cápita y sus limitaciones ecológicas. La región tiene una notoria restricción de recursos naturales para satisfacer la creciente demanda alimentaria de poblaciones que han ingresado en una etapa de rápido aumento de sus salarios e ingresos reales.

Estos hechos ofrecen una oportunidad única para la Argentina, la más importante que ha tenido el país desde las últimas dos décadas del siglo pasado, entre 1880 y 1900. Ese fue el período en que la Argentina duplicó su población y triplicó su ingreso real por habitante. El 40% de las importaciones demandadas por el sudeste asiático, es decir, un valor de 400.000 millones de dólares, corresponden a productos que Argentina hoy exporta al mundo.

El camino de la especialización

Por consiguiente, no hay que temer a la especialización productiva de la Argentina en el negocio de los alimentos. Al contrario, hay que apostar deliberada y lúcidamente a la especialización argentina en el negocio de los alimentos, que se deberá acentuar y profundizar. Porque, en una economía globalizada, el camino de la especialización productiva en la cadena agroalimentaria es la base para alcanzar superiores niveles de productividad, que

van a permitir incrementar la velocidad de la expansión económica y atraer todavía más inversión, nacional y extranjera.

Esta es la base y la vía para la diversificación industrial del país. En una economía mundial globalizada, irreversiblemente abierta, es imposible desarrollar redes de industrias que no sean inmediatamente competitivas. Porque en una economía con estas características, sólo lo inmediatamente competitivo en el plano internacional puede crecer y desarrollarse. No hay posibilidad alguna de desarrollar industrias que sean competitivas sobre la base de los recursos del Estado o de créditos diferenciados. Sólo se pueden crear ventajas competitivas mediante la absorción constante de la innovación tecnológica, sobre la base de ventajas comparativas.

Esta es una regla fundamental de la economía globalizada de fin de siglo. En realidad, de las tres ventajas comparativas –recursos naturales, mano de obra abundante y barata y capacidad constante de innovación tecnológica– sólo van quedando dos en juego, salvo (y la excepción tiene su peso) en China: los recursos naturales y la continua e incesante innovación tecnológica. Para conservar las ventajas comparativas, la Argentina necesita entonces absorber en forma permanente el potencial que surge de la revolución científico-tecnológica.

La segunda regla de la globalización es que sólo se pueden lograr ventajas competitivas si las ventajas comparativas se especializan. A su vez, en las condiciones de la economía mundial sólo

En una economía mundial globalizada, irreversiblemente abierta, es imposible desarrollar redes de industrias que no sean inmediatamente competitivas.

Porque en una economía con estas características, sólo lo inmediatamente competitivo en el plano internacional puede crecer y desarrollarse.

se puede sostener la especialización si ésta atrae una masa de inversiones capaz de diversificar la economía e impulsar la industria. En el caso de la Argentina, esto significa que la especialización y la diversificación de su economía tienen lugar alrededor de la industria alimentaria. Luego, rápidamente, la sobrepasan, para proyectarse al conjunto del sistema económico, a través de una variada gama de actividades que florecen al calor del efecto multiplicador del constante incremento de la producción alimenticia, convertida en el punto central de la inserción de la Argentina en el mercado mundial.

Puede decirse que, de una u otra manera, no hay campo de la actividad económica que no se beneficie, directa o indirectamente, con las múltiples manifestaciones de una realidad ya visible, pero que, además, encierra todavía formidables posibilidades de crecimiento. La diversificación no se limita exclusivamente a la industrialización de los alimentos. Supone la expansión de la industria petroquímica en la producción de fertilizantes y agroquímicos, de la industria fabricante de maquinaria agrícola y de un sinnúmero de actividades conexas. Implica, por ejemplo, la provisión adecuada de software, el desarrollo del riego, bajo control electrónico y la especialización de toda una rama de la cibernética dirigida a la actividad agrícola. Representa, también, el despliegue de un vasto conjunto de sectores, que incluyen desde una especialización del sistema bancario hasta los centros de investi-

gación en tecnología de alimentos y biotecnología.

Surge también un nuevo espacio para las pequeñas y medianas empresas, tanto agropecuarias como industriales y de servicios, concebidas no como las “cenicientas” de una estructura productiva de alto nivel tecnológico –y, en ese enfoque, condenadas a la desaparición– sino como empresas modernas, innovadoras y competitivas, capaces de incorporar nuevas tecnologías y métodos gerenciales que funcionen como una gigantesca red cuyo desarrollo es vital para toda la economía argentina.

En una economía global, el primer escalón productivo –la producción primaria– es tan importante como el último, dado que está unido a cadenas de alto nivel de productividad en una escala mundial. Por eso, los países con ventajas comparativas en la producción primaria, como es el caso de la Argentina, tienen hoy la posibilidad de diversificarse industrialmente a través de un racimo de industrias competitivas en el plano mundial y mediante un esfuerzo sistemático de especialización productiva que, en las condiciones de la economía argentina, abarca a la totalidad de la cadena agroalimentaria.

Así es posible pasar de la especialización a la diversificación industrial, porque ahora existe una economía mundial globalizada. Para eso, se trata de pensar, de formular, de proponer, de ejecutar políticas activas, que no sean activas en los términos tradicionales. En el pasado, que hoy parece muy lejano de la Ar-

*Así es posible pasar de la especialización
a la diversificación industrial, porque
ahora existe una economía
mundial globalizada.*

La política activa de la era de la globalización es de naturaleza distinta. Tiende a acelerar y a incentivar lo que es posible desarrollar en términos competitivos para el mercado mundial.

gentina, antes de 1989, con otro régimen de acumulación y otra inserción internacional, las políticas activas tendían a desarrollar aquello que era imposible desplegar en condiciones de competencia, nacional e internacional. Para eso, se utilizaban créditos subsidiados, exención de impuestos, restricciones de mercado, proteccionismo y regulaciones de todo tipo.

Las políticas activas de la era de la globalización son de naturaleza distinta. Tienden a acelerar y a incentivar lo que es posible desarrollar en términos competitivos para el mercado mundial. Se trata de un esfuerzo sistemático de reducción de costos en todos los eslabones de la cadena productiva. Ello implica, entre otras cosas, la provisión de una infraestructura adecuada en materia de transportes, una cuestión estratégica que involucra temas como la ampliación de la red vial y la concreción de grandes proyectos largamente demorados, como el Canal Federal, la Red Nacional de Autopistas, la Hidrovía y el Ferrocarril Transpatagónico, que en este nuevo horizonte adquieren un marco de viabilidad económica del que antes carecían.

La política es el arte de conducir lo inevitable, decía Charles De Gaulle. En las condiciones de la globalización, el esfuerzo de voluntad –noción esencial que hace a la sustancia del Estado– consiste, ante todo, en desburocratizar, incentivar, explicar, persuadir, advertir, mostrar y establecer una inteligencia estratégica sobre el marco de lo posible.

No se trata de desarrollar ningún tipo de visión prospectiva. Se trata de analizar, pensar, imaginar lo posible a partir de lo actual, y de comprender lo actual como resultado de un proceso y de un esfuerzo político. Las políticas activas de la era de la globalización exigen un compromiso todavía mayor del Estado. Son experiencias de innovación y de conocimiento que, en lo esencial, no descansan en la gestión tecnoburocrática sino en la sociedad, en la cultura, en la imaginación, en el pensamiento, en la voluntad, esto es, en la política. Son empresas esencialmente políticas y no burocráticas.

Lo que hay que determinar entonces es cómo la especialización productiva en la cadena agroalimentaria —que abarca desde la producción primaria hasta lo más avanzado de la biotecnología— es apropiado por la Argentina, desde la producción al conocimiento más avanzado, y cómo el país logra, no sólo rápidos aumentos en el rendimiento de la producción granaria, sino —por ejemplo— alcanzar un nuevo Premio Nobel, esta vez en biotecnología, como tuvo antes en materia de bioquímica.

Es en estos términos que la prioridad estratégica de la Argentina está en la producción de los alimentos, como instrumento de inserción del país en lo más avanzado de la economía mundial. Se trata de saber cómo, de qué manera y en qué condiciones, los logros extraordinarios de estos años en materia agroalimentaria se transforman en la fuente y la base de una diversificación industrial

La prioridad estratégica de la Argentina está en la producción de los alimentos como instrumento de inserción del país en lo más avanzado de la economía mundial.

que abarque los sectores de más alta tecnología del país y, en primer lugar, a las provincias argentinas.

Hay un rumbo estratégico para orientar el crecimiento económico del país y fortalecer el poder de negociación y la inserción internacional de la Argentina en el nuevo escenario mundial, sustentada en el fortalecimiento del MERCOSUR y en la asociación con Chile.

CAPITULO V

LA DIMENSION POLITICA DEL MERCOSUR

“Fuimos argentinos porque fracasamos en ser americanos. Aquí se encierra todo nuestro drama y la clave de la revolución que vendrá”.

(Jorge Abelardo Ramos, *“Revolución y contrarrevolución en la Argentina”*).

El proceso de transformación económica y reinserción internacional de la Argentina de la década del 90 tuvo un signo distintivo de enorme importancia: su vía de realización estuvo indisolublemente unida a una estrategia de integración regional que, a partir de los acuerdos con Brasil, permitió el surgimiento del Mercado Común Sudamericano, con la participación de Uruguay y Paraguay, y la posterior asociación con Chile.

Este proyecto de integración regional constituye la actualización, de acuerdo a los nuevos parámetros de la época, del intento de configuración del ABC (Argentina, Brasil y Chile), impulsado por Perón a principios de la década del 50, con el Brasil liderado por Getulio Vargas y Chile presidido por Carlos Ibáñez del Campo. Con ambas naciones se firmaron entonces sendos tratados de unión aduanera, que avanzaban en dirección a un ambicioso proyecto de unidad continental, cuya concreción hubiera adelantado en treinta años el reloj de la historia latinoamericana.

Brasil, con 156 millones de habitantes, es hoy ya la séptima potencia industrial del planeta. La economía chilena está considerada por el Foro Económico Mundial de Davos como la economía más competitiva de América Latina y una de las más competitivas del mundo. La Argentina es ya el quinto exportador mundial de alimentos, en una época signada por el constante incremento de la demanda alimenticia internacional.

La importancia económica adquirida por este nuevo blo-

El MERCOSUR constituye la actualización del intento de configuración del ABC (Argentina, Brasil y Chile), impulsado por Perón a principios de la década del 50.

La importancia adquirida por el MERCOSUR se refleja en que las cien principales empresas mundiales están ya radicadas, hoy, en uno o más de los tres países: Argentina, Brasil y Chile.

que regional se refleja en que las cien principales empresas mundiales están ya radicadas, hoy, en uno o más de esos tres países. El MERCOSUR, asociado con Chile, constituye hoy el cuarto espacio económico mundial, después del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (NAFTA), la Unión Europea y la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN).

La consolidación política de la integración regional sudamericana, a partir del fortalecimiento y ampliación del MERCOSUR y de la asociación con Chile, es la base fundamental para que, en pocos años, surja un bloque de poder regional en el Cono Sur de América. Es el acta de nacimiento de un nuevo polo de poder internacional, llamado a participar con voz y voto en el concierto universal de las naciones.

La solución definitiva del diferendo limítrofe de los Hielos Continentales, que liquidará hasta el último de una larga serie de litigios fronterizos, así como la puesta en vigencia del recientemente firmado Protocolo de Integración Minera entre ambas naciones y la finalización de las obras de construcción de los trece pasos asfaltados en la Cordillera de los Andes –nueve de ellos previstos para 1999– completarán la integración física entre los dos países y facilitará la salida al Pacífico de las producciones regionales de las provincias argentinas y al Atlántico las de la producción chilena.

La implementación de la iniciativa de un pasaporte común para los países del MERCOSUR marcará asimismo otro paso adelante en el proceso de integración económica, política, social y

cultural de nuestros países. Porque ratifica que el desafío de ahora es diseñar los mecanismos capaces de profundizar la dimensión política de la integración regional en marcha.

Nada más definitivo en este camino que el avance en la discusión sobre la propuesta de una moneda única del MERCOSUR, capaz de posibilitar un gran salto cualitativo en la necesaria e inevitable tarea de compatibilización macroeconómica entre los países de la región. También favorecerá el incremento de la confianza internacional en la solidez económica del bloque regional. Y, en esa medida, inducirá también un incremento en la radicación de las inversiones extranjeras directas que, a partir de la crisis del sudeste asiático, buscan diversificar los puntos de localización de sus emprendimientos productivos.

En este sentido, la propuesta sobre la moneda única regional no tiene un significado solamente económico. Es también una trascendente definición política. En términos clásicos, la moneda es una institución indisolublemente ligada a la noción tradicional de soberanía. Una moneda común significa entonces que, sobre las sólidas bases económicas de un mercado común cada vez más fortalecido, comienza a abrirse paso la construcción política de una verdadera Confederación Sudamericana. El sueño incumplido de Bolívar, Artigas y San Martín empieza a dibujarse y tomar cuerpo hoy en el horizonte de los pueblos sudamericanos.

Este acuerdo político se realiza en un contexto determinado. Llega cuando Chile se vuelca al MERCOSUR, en una opción

*La propuesta sobre la moneda única regional no
tiene un significado solamente económico.
Es también una trascendente
definición política.*

*La moneda es una institución
indisolublemente ligada a
la noción tradicional
de soberanía.*

estratégica y geopolítica, que va mucho más allá de lo meramente comercial, incluso de lo exclusivamente económico. Se ha creado un consenso profundo e irreversible, que va a durar mucho tiempo. Constituye una victoria de la conciencia política sudamericana.

La opción de Chile por el MERCOSUR es, ante todo y sobre todo, por su país espejo, la Argentina, un nudo fundamental en su historia. Aquí hay una integración que va más allá de lo comercial y de lo diplomático-político. Se trata de una integración definitiva, en la que se produce una transnacionalización de la economía de los dos países: más del 63% de las inversiones chilenas en el exterior se dirigen a nuestro país y están presentes en una veintena de distintos sectores de la actividad económica.

Otro dato que está a la vista, aunque a veces resulte difícil verlo, es que la matriz energética de Chile depende de fuentes argentinas. Tanto en materia de petróleo, como con el gasoducto que lleva el gas de Loma de la Lata -provincia de Neuquén- la energía de Santiago de Chile, de Concepción y de Valparaíso, es decir, el corazón de la civilización chilena, va a depender de fuentes de aprovisionamiento argentinas.

El aspecto político de la integración

A pesar de estos enormes progresos, la cultura de la integración entre la Argentina, Brasil y Chile está todavía demasiado influi-

da por la experiencia europea de integración. Esto significa que la señalización de la naturaleza política de este proceso asume a menudo una connotación negativa y se la vincula a un modo de exacerbar los sentimientos nacionales de los países que lo protagonizan.

Sin embargo, conviene revisar esta preocupación por dos motivos fundamentales. Primero, por la multiplicación de los intereses en juego y a la comprobación de que, a medida que se acelera el proceso de integración, el antagonismo de los grupos o sectores sociales económicos y políticos que se oponen a este entendimiento, por sentirse perjudicados, va a ser mayor. Por lo tanto, el carácter político del proceso de integración ya es un hecho y debe ser asumido como tal. Hay mayor conflicto porque se profundiza el antagonismo mencionado y los intereses en juego son cada vez más relevantes. Y hay mayor conciencia de lo que está en juego, por lo que inevitablemente hay una mayor politización.

Pero hay, asimismo, una segunda razón por la que el proceso de integración adquiere un carácter necesariamente político, sin que esto tenga una connotación negativa. Es que en la década del 90, después del final de la Guerra Fría, cambió la estructura del poder mundial y la característica central de la estructura de ese poder, en estos tiempos, es que todos los países y regiones que son relevantes por disponer de la masa crítica que le otorga ese carácter, como es el caso del Cono Sur, se ven obligados a asumir nuevas responsabilidades políticas y estratégicas.

*En nuestra región existe la
masa crítica necesaria
para participar en la
política mundial.*

En la agenda interna del proceso de integración tienen cada vez más importancia los temas de la denominada “alta política”, esto es, la política de defensa y la política exterior.

El MERCOSUR –esto es, básicamente la alianza estratégica entre Brasil y la Argentina a la que se sumaron Paraguay y Uruguay, y más recientemente Chile– posee la masa crítica que torna a la región elegible como espacio de poder regional, es decir sudamericano, con alcance regional y vocación global.

En esta última década del milenio, no se es un protagonista de la política mundial simplemente por querer serlo. Hay que reunir determinadas condiciones objetivas, que son las que poseemos en esta parte del mundo. Tenemos una población de 200 millones de habitantes y un Producto Bruto de alrededor de un trillón de dólares. Tenemos la industria brasileña, que es la séptima potencia industrial del mundo, superior a la de la China y a la de la India. Tenemos un país como Chile, con una economía altamente competitiva y una significativa inserción en los mercados del Asia-Pacífico. Tenemos un sistema de grandes ciudades: San Pablo, Buenos Aires, Santiago. Tenemos a la Argentina, que es el octavo productor mundial de alimentos y el quinto exportador agroalimentario mundial.

Existe, entonces, en la región la masa crítica necesaria para participar en este juego de la política mundial, que obliga a los países y regiones relevantes a asumir responsabilidades estratégicas. Dicho de otra manera: en la agenda interna del proceso de integración profunda, compleja e irreversible entre la Argentina, Brasil y Chile, que se expresa entre otros aspectos en el MERCOSUR, tienen cada vez más importancia los temas de la

denominada “alta política”, esto es, la política de defensa y la política exterior.

Hacia afuera, esto es hacia el resto de América del Sur y potencialmente, virtualmente, hacia responsabilidades más amplias de carácter global, existe ya la necesidad de ir más allá del proceso de integración en los aspectos comerciales, económicos y tecnológicos, para asumir crecientemente responsabilidades políticas conjuntas. En síntesis, puede afirmarse que el sur de América, una región profundamente integrada en todos los planos, con distintos ritmos pero en forma irreversible, comienza a ser un protagonista de la política global.

En el Cono Sur americano está configurándose una asociación de países emergentes llamada a constituirse en un nuevo actor en el escenario del mundo globalizado. El inicio de un proceso de largo plazo, como es la creación de una moneda única, constituye una decisión política de primer orden. La misma refleja no sólo el grado de madurez alcanzado por el proceso de integración y el compromiso asumido por los países miembros y asociados del MERCOSUR sino también su clara determinación con respecto a cuestiones macroeconómicas fundamentales y a sus respectivos procesos de transformación estructural.

Esta decisión del bloque regional es una señal decisiva hacia los actores del campo internacional, un mensaje claro de los países del MERCOSUR en las actuales circunstancias de inestabilidad del contexto económico global. Una decisión de esta naturaleza implica que los países asociados en torno del MERCOSUR tie-

En el Cono Sur americano está configurándose una asociación de países emergentes, llamada a constituirse en un nuevo actor en el escenario del mundo globalizado.

La profundidad del proceso de integración obliga a plantear con fuerza creciente los temas cruciales de una alianza política.

nen un proyecto político que los une y que, en circunstancias de crisis internacional, responde profundizando el proceso de integración.

Lo que han hecho Brasil y la Argentina es poner en marcha un proceso de integración a través del MERCOSUR, en el que se suman tres elementos fundamentales. En primer término, la estabilidad institucional, una etapa que sucede a las experiencias autoritarias de los países de la región. En segundo lugar, estrategias económicas coincidentes, destinadas a insertarse en la nueva economía mundial globalizada, tras el agotamiento del proceso de sustitución de importaciones. Por último, la creación de un espacio común de actividades productivas integradas, capaz de transformarse en plataforma para atraer las inversiones extranjeras directas de las empresas mundiales.

Este proyecto es notoriamente exitoso. A tal punto, que la profundidad del proceso de integración obliga a plantear con fuerza creciente los temas cruciales de una alianza política y de su profundización: la política exterior, la defensa y la creciente coordinación de políticas macroeconómicas que culminen en la concreción de una moneda única para el bloque del MERCOSUR.

El impacto de la crisis internacional

No hay que perder de vista los cambios en el contexto internacional que han tenido lugar a raíz de la crisis asiática de mediados

de 1997, en particular los que hacen a una reorientación del ahorro mundial. Esta crisis financiera produjo un cambio en la composición de las carteras de los grandes inversores, que buscan *portfolios* más diversificados y con menor riesgo. Este cambio de preferencias de los inversores, que ponen la calidad de la inversión por sobre la rentabilidad, reorienta el flujo de capitales a escala global.

En el corto plazo, la característica particular de esta recomposición del ahorro mundial es que se desplaza fundamentalmente hacia el dólar, cuya valorización está en aumento, y hacia los Bonos de treinta años del Tesoro estadounidense. En la búsqueda de valores refugio, el ahorro incrementado no se mueve hacia el oro. A pesar de que la tasa de los Bonos del Tesoro de los Estados Unidos está en su nivel más bajo de la última década, y la tendencia es que disminuya aún más, los capitales se orientan hacia el dólar y la economía de los Estados Unidos, porque los consideran estables.

En este nuevo escenario de creciente búsqueda de seguridad, nuestra región tiene que responder con un firme propósito de atraer la mayor porción de capital disponible, no sólo como capital líquido sino también como inversión extranjera directa. Esta última, motor del proceso más dinámico de producción a nivel global, ya se ha visto orientada hacia nuestros países en forma significativa en los últimos años y ha constituido uno de los factores más importantes del sostenido crecimiento económico de la región. Profundizar las reformas estructurales y consolidar el pro-

Las crisis no se han producido cuando cabía esperarlas sino cuando las percepciones predominantes en los mercados las precipitaron.

Los capitales se han transformado en testigos del funcionamiento de las economías y de las decisiones. Por eso, los errores de política económica cuestan más caros que en el pasado.

ceso de integración es el camino adecuado para tales objetivos en un contexto internacional en el que la certidumbre se ha transformado en un factor fundamental para la atracción de capitales.

Es interesante destacar que al Fondo Monetario Internacional no le ha resultado posible determinar cuál es el déficit sostenible para un país, ya que las crisis no se han producido cuando cabía esperarlas sino cuando las percepciones predominantes en los mercados las precipitaron. En realidad, es el mercado financiero internacional quien determina cuándo un déficit deja de ser sustentable. Cuando se pierde la confianza, el mercado ajusta automáticamente.

La novedad de la globalización es la posibilidad casi instantánea de trasladar capitales de un mercado a otro, mecanismo que se activa en cada crisis. Los capitales se han transformado en testigos agudos del funcionamiento de las economías y de las decisiones de los gobiernos. Por eso, los errores de política económica cuestan más caros que en el pasado. Pero las decisiones acertadas tienen también un beneficio sustancialmente superior.

Si bien las economías actuales han sabido neutralizar mejor los efectos de las fluctuaciones de la actividad económica, hoy se observan movimientos más bruscos, que hacen necesaria una mayor coordinación de las políticas de la región.

El MERCOSUR está en condiciones de aprovechar las nuevas circunstancias, en la exacta medida en que sepa responder con una consolidación de sus reformas, para poder atraer esta masa de

capitales disponible en el mercado internacional. La clave en este contexto es la credibilidad.

La credibilidad del bloque regional, basada en la profundización de la integración, la continuidad de las políticas macroeconómicas y la aceleración de los procesos de transformación, es una herramienta fundamental en esta etapa. Apoyados en la capacidad de resistir a la inestabilidad internacional que mostraron tres años atrás durante la crisis del “tequila”, la consolidación de esa credibilidad, aún con decisiones drásticas, es la respuesta de fondo que pueden dar los países del área a los embates de origen externo y a la incertidumbre de los mercados financieros internacionales.

La propuesta de la moneda única es parte de este proceso. La decisión de iniciar el camino hacia un signo monetario común y, por lo tanto, de fijar un conjunto de criterios de convergencia, implica un compromiso de disminuir a lo largo del tiempo la autonomía de los Estados en materia fiscal. Porque los Estados pierden el manejo de la política monetaria como instrumento de su política fiscal. Se obligan a respetar ciertos parámetros macroeconómicos establecidos a través de compromisos asumidos gradualmente, con lo cual ofrecen garantías de certidumbre en un contexto en que ésta se transforma en un criterio decisivo para las percepciones y decisiones de los grandes inversores.

El solo hecho de querer llegar a una integración monetaria dará señales de estabilidad que impactarán, desde el comienzo,

La credibilidad del bloque regional, basada en la profundización de la integración y la aceleración de los procesos de transformación, es una herramienta fundamental en esta etapa.

El solo hecho de querer llegar a una integración monetaria dará señales de estabilidad que impactarán, desde el comienzo, sobre la atracción de capitales hacia la zona.

sobre la atracción de capitales hacia la zona. Un ejemplo de este efecto es la Unión Monetaria Europea: la integración monetaria será al nivel de la región lo que la convertibilidad fue a nivel país. Brindará un ancla ante futuras presiones inflacionarias en la región.

La integración monetaria limitará a los países miembros en incurrir en grandes déficit fiscales que hagan peligrar la estabilidad. La estructura de política fiscal seguirá dependiendo de los mecanismos seguidos para la integración real. Con posterioridad a la crisis asiática, el surgimiento de un bloque regional consolidado y en proceso de profundización presenta al MERCOSUR como una de las opciones más atractivas para las inversiones internacionales.

La compatibilización macroeconómica

No se trata de disimular la situación desigual de nuestros países en términos de estabilidad monetaria y de avance de las reformas estructurales, ni de relativizar las imperfecciones del proceso de integración, sino de subrayar los beneficios de credibilidad y de energía política que precisamente en esos términos implica el inicio de un proceso de unificación monetaria. Lo mismo vale con respecto a la plena integración de Chile al MERCOSUR.

Los beneficios reales de la integración económica en el marco del MERCOSUR pueden ser mayores aún que los tenidos en cuenta al realizar el cálculo con los parámetros actuales de las distintas eco-

nomías. Estos parámetros pueden cambiar a lo largo del tiempo, una vez que se efectúe el hecho de la integración económica. Si tenemos en cuenta que, en el período que va desde la firma del Tratado de Asunción en 1991 hasta 1996, el comercio de la región tuvo un crecimiento superior al 300%, se podría esperar que, una vez consolidado el bloque, los beneficios puedan ser mayores aún.

La existencia de un Banco Central del MERCOSUR no sólo ofrece garantías decisivas en relación con las tendencias inflacionarias del pasado, sino que también implica, de inmediato, una fuerte disminución de la incertidumbre y, por lo tanto, de la tasa de riesgo país y de riesgo región. Un Banco Central unificado establece las políticas monetarias para la región y concentra la autoridad para emitir moneda. Se trata de un ente autónomo, conducido por profesionales independientes de los poderes políticos de los países asociados.

Como paso intermedio, es de particular conveniencia la creación de un Instituto Monetario del MERCOSUR. Este organismo tendría como principales objetivos el seguimiento de los parámetros financieros en el ámbito nivel mundial -dólar, euro- el de los parámetros tanto financieros como económicos del MERCOSUR, la estandarización de criterios que allanen el camino para la futura coordinación de las políticas macroeconómicas y la eliminación de distorsiones dentro del bloque de países.

Con el advenimiento de una Unión Monetaria y la crea-

Desde la firma del Tratado de Asunción hasta 1996, el comercio de la región tuvo un crecimiento superior al 300%. Consolidado el bloque, los beneficios serán mayores aún.

El regionalismo parece constituir la alternativa a la integración de la economía internacional por la globalización de la producción y de los movimientos de capital.

ción de un Banco Central para la región, los Estados miembros estarán obligados a controlar sus gastos, pues no podrán emitir moneda para financiar sus déficit. Un déficit en el presente deberá ser compensado con un superávit en el futuro. Por lo tanto, debe haber una armonización entre las políticas monetaria y fiscal.

Así como la integración real lleva a un mayor comercio interno entre los países del MERCOSUR y también a un mayor comercio con las otras regiones al tener una mayor capacidad de negociación, se espera que la integración monetaria lleve a un mejor funcionamiento del mercado de capitales dentro de la región y que también atraiga flujos de capitales externos a la región.

Otro factor que debe tenerse en cuenta en la formulación de políticas es la profundización de los procesos de integración regional, principalmente a partir del programa de conformación del Mercado Unico Europeo, por un lado, y el fortalecimiento del NAFTA, por el otro. El resultado observado en ambos casos confirma la tendencia hacia un incremento de la inversión intraregional y las fusiones y adquisiciones transfronterizas como consecuencia de la intención de terceros países para evitar quedar excluidos de las ventajas derivadas de la creciente integración de los mercados europeo y norteamericano.

El regionalismo constituye la única alternativa viable para la inserción exitosa del Cono Sur americano a esta creciente integración de la economía internacional como consecuencia de la

globalización de la producción de bienes y servicios y de los movimientos de capital. La intensificación de esta tendencia a la formación de acuerdos regionales durante los últimos diez años coincidió con las negociaciones de la Ronda Uruguay del GATT, al tiempo que se vio impulsada por la siempre ascendente contribución de la informática y las telecomunicaciones.

La Argentina llevó adelante una intensa política orientada hacia la profundización del MERCOSUR. En su desarrollo, fue clara su intención de generar confianza para atraer inversiones, crear mejores condiciones de inserción en los mercados internacionales, lograr que el bloque regional sea un actor relevante en la ineludible negociación del ALCA y facilitar la acción conjunta en foros internacionales como la Organización Mundial de Comercio (OMC).

El proceso de construcción del MERCOSUR –sobre todo en Brasil y la Argentina– es inseparable de la etapa de globalización del sistema económico y de la nueva estructura de poder mundial surgida tras el fin de la Guerra Fría. La primera impulsa los cambios internos en los países miembros –apertura de las economías, privatizaciones, desregulación, atracción de inversiones extranjeras directas– y la segunda obliga a la región a asumir responsabilidades político-estratégicas internacionales. Se pasa de la integración económico-comercial a la alianza estratégica, lo que incluye, de modo necesario, una acción común en el terreno de la seguridad.

*Se pasa de la integración económico-comercial
a la alianza estratégica, lo que incluye
una acción común en el terreno
de la seguridad*

La liberación del mercado de capitales y la rápida difusión de las innovaciones permite, a los países en vías de desarrollo, producir y vender productos sofisticados.

Integración de la producción internacional

En términos descriptivos, la base de la globalización del sistema productivo de la década del 90 se asimila a un crecimiento de los flujos de comercio de bienes y servicios –y de la inversión internacional– en niveles sostenidamente superiores a los del crecimiento de la producción, tanto en términos nacionales como en el orden global.

La liberación del mercado de capitales y la rápida difusión de las innovaciones tecnológicas permiten, a los países en vías de desarrollo, producir y vender productos sofisticados. Esto implica una tendencia a la reducción, quizás a la desaparición, de la ventaja técnica de los países avanzados.

Los cambios de las políticas públicas, particularmente la apertura de las industrias que anteriormente permanecieron cerradas a las empresas transnacionales, el pasaje hacia bloques comerciales más fuertes y amplios, la eliminación de las restricciones a los flujos financieros y los efectos de la reducción de las barreras arancelarias, han contribuido ampliamente al fortalecimiento de la integración.

Los mecanismos de integración pueden revestir dos formas principales. La integración superficial se desarrolla esencialmente a través del comercio de bienes y servicios y los movimientos internacionales de capital. La integración profunda se extiende hasta el

nivel de la producción de bienes y servicios, así como incrementa el comercio visible e invisible. Los vínculos entre las economías nacionales se hallan crecientemente influenciados por las actividades de generación de valor agregado transfronterizas dentro de las empresas transnacionales y dentro de las redes establecidas por éstas.

Cabe aclarar que son estas empresas transnacionales –y, fundamentalmente, sus estrategias comerciales y productivas– los principales agentes movilizados de este proceso de integración de la producción internacional, por medio de la organización de actividades transfronterizas de valor agregado, vía los flujos de inversión extranjera directa u otras formas de control.

Las empresas transnacionales se inclinaron progresivamente hacia una mayor explotación de las ventajas competitivas, diseminadas a lo largo de la cadena de valor agregado en diferentes centros productivos nacionales como respuesta a las nuevas tecnologías, el crecimiento y la convergencia de la demanda de bienes finales, la apertura de numerosos espacios en la economía mundial al comercio y a la inversión extranjera directa y a la presión de la competencia.

Los procesos de integración económica afectan no sólo los flujos de comercio sino también los de inversión. De hecho, este es uno de sus efectos dinámicos más importantes, debido a que la inversión directa es una de las respuestas estratégicas que adoptan las empresas ante cambios en la competitividad relativa y en las ventajas de localización.

Las transnacionales se inclinaron hacia una mayor explotación de las ventajas competitivas, diseminadas a lo largo de la cadena de valor agregado en diferentes centros productivos nacionales.

La experiencia reciente indica que la inversión y el comercio internacionales son complementarios más que sustitutos.

La experiencia reciente indica que la inversión y el comercio internacionales, al contrario de lo que sostiene la teoría convencional del comercio, son complementarios más que sustitutos. En el caso particular del MERCOSUR, la reducción en la fragmentación de los mercados ha comenzado a tener un impacto significativo sobre las decisiones de las firmas.

Ya sea a través de acuerdos de representación, distribución o complementación productiva, de la formación de *joint-ventures*, de la adquisición de participación en el capital de empresas establecidas, de la apertura de filiales o, en menor medida, de alianzas estratégicas, la liberalización del comercio y el rápido crecimiento del intercambio han comenzado a tener efectos cualitativos sobre las estrategias empresarias en la región.

En la medida en que las decisiones de inversión se fundan en consideraciones de tamaño del mercado, economías de escala y proximidad a otros mercados, las iniciativas de integración regional han probado estimular las corrientes de inversión extranjera directa. Estas aumentan cuando los actores externos ven en una subregión un mercado crecientemente integrado o, al menos, un mercado potencialmente mayor.

Para que esto ocurra, se requiere un progreso sostenido en el proceso de integración, que mejore la eficiencia global de la región y que permita a las empresas radicadas en ella participar más efectivamente en las cadenas globales de abastecimiento de las compa-

ñías transnacionales, así como crear incentivos para posicionarse en el mercado y beneficiarse de su mayor expansión esperada.

En la medida en que la Argentina y Brasil (y, más en general, el MERCOSUR) avancen desde la remoción de los obstáculos al comercio que se aplican en frontera hacia formas más profundas de integración, el impacto del proceso sobre los flujos de inversión habrá de crecer no sólo cuantitativamente sino cualitativamente.

En este contexto, tiene que visualizarse tanto el proceso de profundización del MERCOSUR como las características y condiciones de la creación de una zona de libre comercio hemisférica, el ALCA.

De la unión aduanera a la unión monetaria

Debido a la mayor interdependencia generada por la expansión del comercio y de las inversiones y la convergencia de los desempeños macroeconómicos entre los cuatro países miembros del MERCOSUR, resulta evidente la necesidad de maximizar los beneficios de la liberalización intrarregional y de llevar a cabo una distribución equitativa de los costos, sin que sea afectado el principio del regionalismo abierto.

De esta forma, la consolidación de la Unión Aduanera, que se traduzca en una futura Unión Monetaria, se vincula con cinco puntos fundamentales:

En la medida en que el MERCOSUR avance hacia formas más profundas de integración, el impacto sobre los flujos de inversión crecerá cualitativamente.

Resulta evidente la necesidad de maximizar los beneficios de la liberalización intrarregional y de llevar a cabo una distribución equitativa de los costos.

- En primer lugar, *el acceso a los mercados y condiciones de competencia*. Entre las cuestiones que dominaron la agenda en este área se encuentran las discusiones respecto al régimen automotor brasileño y sus efectos sobre los flujos de inversión externa hacia la región. También se han tratado las restricciones y medidas no arancelarias contra el MERCOSUR, de índole sectorial, que provocan acumulación y falta de resolución y tensiones en el proceso de integración.

- En segundo término, *la armonización de políticas y profundización de la Unión Aduanera*. El Programa de Acción para el MERCOSUR hasta el 2000, de diciembre de 1995, contiene los puntos principales de la profundización de la Unión Aduanera. Para llevarla a cabo, contempla el tratamiento de temas tales como servicios, inversiones, medio ambiente, asuntos laborales, entre otros. La profundización del MERCOSUR también involucra el abordaje de áreas como las compras gubernamentales y las políticas públicas que distorsionan las condiciones de competencia.

- Tercero, *las políticas comunes*. Las preocupaciones sobre la eficacia y la transferencia de la política comercial del MERCOSUR, expresada fundamentalmente a través del arancel externo común, se manifestaron en tres áreas de negociación: la de los regímenes especiales de importación, la de los asuntos aduaneros y la de los reglamentos sobre prácticas desleales y salvaguardias.

- En cuarto lugar, *los temas de infraestructura*. Los pro-

blemas de abastecimiento energético en Brasil, resultantes del estancamiento de las inversiones en el sector durante más de una década y del reciente crecimiento de la demanda, han contribuido para acelerar la implementación de proyectos de interconexión (gas y electricidad), involucrando por lo menos a dos países.

• Por último, la *creación de instituciones propias como el Instituto Monetario y el Banco Central del MERCOSUR*. La propuesta sobre la moneda única regional no tiene un significado solamente económico. Es también una trascendente definición política que hoy puede incluir la creación de estas instituciones. Se trata de un camino a construir, sobre la base de lo que se ha realizado y sobre decisiones políticas estratégicas que concuerden con la época y con los objetivos fundamentales de nuestras naciones.

La aceleración de los tiempos

Nadie duda que el cumplimiento de objetivos tan ambiciosos no pueda imaginarse en términos de corto plazo. Pero en un proceso de estas características, el camino es tan o más importante aún que el punto de llegada.

Por otra parte, vivimos tiempos de aceleración histórica. Lo que a veces parece lejano, está muchas veces a la vuelta de la esquina. A principios de 1989, el premier alemán Helmut Kohl anunció una propuesta de reunificación germana a través de un proceso paulatino de cinco años. Meses después, caía el Muro de

*Vivimos tiempos de aceleración histórica.
Lo que a veces parece lejano está,
muchas veces, a la vuelta
de la esquina.*

A principios de 1989, Kohl anunció una propuesta de reunificación germana a través de un proceso paulatino de cinco años. Meses después, caía el Muro de Berlín y Alemania se reunificaba.

Berlín y Alemania se reunificaba, en un lapso que nadie hubiera imaginado antes como posible.

El curso de la actual crisis financiera internacional puede actuar en ese sentido como un detonante que, a la vez, obligue y permita a los países del MERCOSUR a acelerar el paso de la integración regional, herramienta central de su inserción internacional en un mundo económicamente globalizado.

El embajador brasileño Rubens Ricúpero señala que “*en este mundo complejo, que no encaja en ninguno de los esquemas del pasado, hay un espacio para nuevos actores, en especial para los que sumen esfuerzos para una determinada configuración regional. En una atmósfera de convergencia sistémica -globalización productiva- hay un espacio para que la Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay –tal vez, en el futuro, Chile y Bolivia– sumen esfuerzos y tengan una presencia mucho más importante en el mundo de la que tendrían como proyectos puramente nacionales*”.

Se trata de la materialización de otra de aquellas extraordinarias anticipaciones estratégicas de Perón. Hace cuarenta y cinco años, en su recordada conferencia en la Escuela Superior de Guerra en 1953, en la que formuló también la doctrina del ABC, Perón señalaba que “*la unión continental a base de Argentina, Brasil y Chile está mucho más próxima de lo que creen muchos argentinos, muchos chilenos y muchos brasileños*”.

Esto fue siempre una preocupación fundamental de Perón.

Veinte años después, en 1974, en el “**Modelo Argentino**”, reafirmaba que “*para construir la sociedad mundial, la etapa del continentalismo configura una transición necesaria. Los países han de unirse progresivamente sobre la base de la vecindad geográfica y sin imperialismos locales y pequeños*”.

Aquel proyecto histórico es hoy una realidad política en marcha.

CAPITULO VI

LA NUEVA GEOGRAFIA ECONOMICA DE LA ARGENTINA

*“La geopolítica es la comprobación de que
los mapas también se mueven”.*

(Henry Kissinger, Memorias).

El efecto combinado de la transformación agroalimentaria de la Argentina y del proceso de integración regional a través del MERCOSUR y de la asociación con Chile abre un formidable espacio para una progresiva redefinición de la geografía económica del país. Esto implica transformar la clásica estructura centralista y unitaria, fundada en el predominio del puerto de Buenos Aires como vía de conexión internacional de la economía argentina, para configurar una nueva geografía económica, que reivindique la capacidad de desarrollo autónomo de todas las regiones y provincias argentinas.

El fenómeno se inscribe en una tendencia mundial. Castells explica que *“la globalización estimula la regionalización. En sus estudios sobre las regiones europeas en la década de 1990, Philip Cooke ha indicado, basándose en los datos disponibles, que la creciente internacionalización de las actividades económicas por toda Europa ha hecho a las regiones más dependientes del contexto internacional. En consecuencia, bajo el impulso de sus gobiernos y elites empresariales, se han estructurado para competir en la economía global y han establecido redes de cooperación entre las instituciones regionales y las empresas basadas en la región. Por lo tanto, las regiones y localidades no desaparecen, sino que quedan integradas en redes internacionales que conectan sus sectores más dinámicos”*.

Esa nueva geografía económica en ciernes, que tiene fuertes raíces estructurales, alienta las posibilidades de crecimiento de

La nueva geografía económica en ciernes alienta las posibilidades de crecimiento de las economías regionales y genera las bases de sustentación de un federalismo real.

Hay aquí una diferencia cualitativa entre el actual esfuerzo de reinserción internacional de la Argentina y el que tuvo lugar entre fines del siglo pasado y principios del presente.

las economías regionales en todas las provincias argentinas. Genera así las bases materiales de sustentación de un federalismo real, que no se limite a la letra constitucional sino que se verifique en el campo de los hechos.

Hay aquí una diferencia cualitativa entre el actual esfuerzo de reinserción internacional de la Argentina y el que tuvo lugar entre fines del siglo pasado y principios del presente. El proceso anterior, que se realizó entre 1870 y 1930, se hizo mirando hacia el Atlántico. Sobre la base de la producción agropecuaria, en especial de carne, trigo y lanas, y a través de una estrecha asociación con Gran Bretaña, el país se convirtió en uno de los principales protagonistas de la economía mundial de la época.

Fue así que, por ejemplo, un país que en 1870 importaba trigo de Chile, en 1910 era ya el principal exportador mundial de trigo. Como resultado de ese proceso, la Argentina, en tiempos de su primer centenario, tenía un ingreso por habitante que estaba entre los diez más elevados del mundo.

Sin embargo, por sus características estructurales, ese proceso benefició principalmente a un área geográfica determinada, la pampa húmeda (Buenos Aires, sur de Córdoba y sur de Santa Fe), y a un sector social determinado: la elite ganadera. Allí se combinaban la concentración de las tierras más aptas para los rubros más rentables para la exportación y la proximidad física con el puerto de Buenos Aires, erigido en obligado canal de salida del

grueso del comercio exterior, dirigido hacia Europa en general y Gran Bretaña en particular.

Por ello, casi todas las provincias argentinas permanecieron virtualmente al margen de este *boom* de crecimiento. Durante todo ese largo ciclo de sesenta años, la distancia geográfica en relación al puerto de Buenos Aires se constituyó en una desventaja comparativa que castigó con el aislamiento y el atraso a gran parte del interior argentino.

Los sesenta años posteriores no modificaron radicalmente esa situación de profundas desigualdades geográficas. El proceso de industrialización fundado en la sustitución de importaciones, iniciado en la década del 30, repitió ese esquema de concentración de las nuevas inversiones y de las plantas fabriles resultantes en el mismo cordón geográfico: Gran Buenos Aires, Córdoba y Rosario. El éxodo poblacional hacia esos tres grandes centros industriales acentuó esa tendencia.

El impacto de la integración regional

Esta vez, el esfuerzo de reinserción de la Argentina en la economía mundial está acompañado por una voluntad política de integración con la región, a través del MERCOSUR y la asociación con Chile, tiene un rumbo general sur-norte (hacia los Estados Unidos y el NAFTA) y apunta simultáneamente hacia el prin-

La distancia geográfica en relación al puerto de Buenos Aires se constituyó en una desventaja comparativa que castigó con el aislamiento y el atraso a gran parte del interior argentino.

Esta vez, el esfuerzo de reinserción de la Argentina en la economía mundial está acompañado por una voluntad política de integración con la región.

cial eje de crecimiento mundial: el Asia-Pacífico.

Al mismo tiempo, la transformación acelerada de la cadena agroalimentaria revaloriza las potencialidades productivas de las economías regionales y alienta la localización de inversiones nacionales y extranjeras en plantas procesadoras cercanas a los lugares de producción. Hay una clara tendencia hacia la descentralización en las nuevas radicaciones industriales.

Hay provincias que han encarado una reconversión integral de sus estructuras productivas tradicionales. Tucumán, caracterizada históricamente por el desarrollo y la posterior crisis de la industria azucarera, es el primer exportador mundial de jugo de limón.

Chubut, tradicionalmente centrada en la explotación petrolera y la producción ovina, exporta hoy tulipanes a Holanda, coloca en las góndolas de los supermercados alemanes pescados criados artificialmente en su territorio, encara la industrialización de la piel de guanaco e inicia el cultivo de la menta.

Surge entonces un dato central a tener en cuenta. En la década del 90, la Argentina triplicó sus exportaciones en siete años, en un esfuerzo sin precedentes de reinserción en la economía mundial. Pero tan importante como ese hecho es el dato de que el índice de crecimiento de las exportaciones de las economías regionales fue superior al ritmo de crecimiento de las exportaciones de la pampa húmeda.

Esto es así porque una de las consecuencias del proceso de

integración regional es que hoy la mayoría de las provincias argentinas tienen más de la mitad de sus exportaciones ubicadas en el mercado brasileño y, aunque en menor volumen, han crecido también sensiblemente las exportaciones dirigidas a los demás países vecinos, en particular a Chile.

Este hecho ya ha producido cambios significativos en las rutas de transporte de mercaderías, que ya no pasan principalmente por el puerto de Buenos Aires. Plantean incluso cuellos de botella en materia de infraestructura vial, que demandan su urgente ampliación a través de nuevos caminos y autopistas que faciliten la comercialización de las producciones locales.

La reaparición de puertos alternativos, como los de Bahía Blanca y Rosario, unido en este último caso al avance en las tareas de dragado del río Paraná, permite que esa tendencia se manifieste no sólo en el transporte terrestre sino también en el marítimo, o sea en el volumen de exportaciones que tienen como vía de salida al Océano Atlántico.

Vayan dos ejemplos, entre muchos posibles: Bahía Blanca y sus zonas aledañas tienen ahora la posibilidad de volver a convertirse en los puertos de salida de gran parte de la producción agropecuaria bonaerense, al tiempo que se benefician con las nuevas radicaciones de plantas petroquímicas, direccionadas hacia la fabricación de fertilizantes, herbicidas y demás insumos agrícolas.

Rosario tiende a volver a ser el gran puerto de salida para

Este hecho ya ha producido cambios significativos en las rutas de transporte de mercaderías, que ahora no pasan principalmente por el puerto de Buenos Aires.

Plantean incluso cuellos de botella en materia de infraestructura vial, que demandan su urgente ampliación a través de nuevos caminos y autopistas.

una porción significativa de las producciones locales de las provincias del litoral y, en particular, de las exportaciones agrarias y agroindustriales del sur de Santa Fe y de una amplia zona de Córdoba, lugares ambos en los que se concentra la mayor parte del complejo oleaginoso aceitero argentino, erigido ya en primer exportador mundial.

La concreción de las grandes obras de infraestructura previstas, como el puente Rosario-Victoria y la autopista Córdoba-Rosario, incrementarán la conexión interprovincial y facilitarán el aprovechamiento de estas ventajas que abren la oportunidad de consolidar un poderoso polo de crecimiento económico regional.

Este polo se verá enormemente potenciado por la concreción del proyecto de la Hidrovía, cuyo curso integra cinco países (Argentina, Brasil, Bolivia, Paraguay y Uruguay), con una extensión de más de 3400 kilómetros, un radio de influencia económica que abarca una superficie de más de 3.200.000 km² y a una población de cerca de 40 millones de habitantes.

A su vez, la implementación del Protocolo de Integración Física con Chile hace que, a partir de 1999, haya nueve pasos asfaltados que unirán a los dos países a través de la Cordillera de los Andes, en vez de uno solo, a través de Mendoza, como sucede actualmente. La concreción de estas obras implica una formidable oportunidad para las provincias cordilleranas, y en general para todas las provincias argentinas.

Las producciones regionales tendrán acceso directo a todos los puertos chilenos sobre el océano Pacífico. No sólo al puerto de Valparaíso, como ocurre hasta ahora, y sólo a través de un paso asfaltado en Mendoza, sino en forma directa, por nueve pasos cordilleranos distintos, a la totalidad de los puertos situados a lo largo de la dilatada latitud geográfica del país trasandino. La materialización de los proyectos de conexión ferroviaria con Chile, tanto en el norte como en el sur de la Argentina, estimularán esta tendencia.

De esta forma, las provincias estarán en condiciones de dar un salto cualitativo para explotar intensivamente las ventajas competitivas del país como gran exportador mundial de alimentos y avanzar en el objetivo estratégico de abrir una vigorosa corriente de penetración comercial en los mercados de los países emergentes del Asia-Pacífico, que configura la región más dinámica de la economía mundial y la zona de mayor incremento potencial de la demanda de alimentos de todo el planeta.

Pero estas nuevas alternativas de crecimiento no están limitadas a la producción agroalimentaria. La conversión del país en el principal proveedor energético de la región potencia enormemente las posibilidades de la explotación petrolera y, sobre todo, gasífera, con fuerte impacto en las economías locales de la Patagonia y de otras varias provincias.

También adquiere nuevos horizontes la producción minera, que ya muestra su enorme capacidad de desarrollo con la pues-

*Las producciones regionales tendrán
acceso directo a todos los
puertos chilenos sobre
el océano Pacífico.*

Los países emergentes del Asia-Pacífico configuran la región más dinámica de la economía mundial y la zona de mayor incremento potencial de la demanda de alimentos de todo el planeta.

ta en funcionamiento de nuevos grandes yacimientos de oro y plata, como el de Bajo La Lumbra en Catamarca y Cerro La Vanguardia en Santa Cruz.

En realidad, estos nuevos yacimientos constituyen apenas el prólogo de una verdadera multitud de emprendimientos, grandes, medianos y pequeños, consagrados casi exclusivamente a la exportación, en la mayoría de las provincias cordilleranas, en las que se encuentran comprometidas ya cuantiosas inversiones de las más importantes empresas transnacionales del sector (norteamericanas, sudafricanas, australianas y canadienses), que utilizan las tecnologías más avanzadas.

Esta poderosa corriente de inversiones, que transformará radicalmente las condiciones económicas de varias provincias argentinas, habrá de aumentar sustancialmente cuando entre en vigencia el Tratado de Integración Minera argentino-chileno, que posibilita la explotación conjunta de yacimientos binacionales.

La integración regional también crea nuevas oportunidades en otros sectores industriales. El caso más importante es el de la industria automotriz. La asociación económica con Brasil se ha convertido también en un decisivo impulsor del crecimiento del sector, que concentra casi la totalidad de sus importantes exportaciones en el mercado brasileño. De la mano de este fenómeno, resurge el parque industrial de Córdoba, centro neurálgico de la industria automotriz argentina.

Pero la tendencia mundial hacia la revalorización de los recursos naturales, otra de las anticipaciones estratégicas formuladas por Perón a principios de la década del 70, supone asimismo para la Argentina una muy importante posibilidad de desarrollo turístico. En los últimos años, el país desplazó al Brasil como primera plaza turística de Sudamérica.

La geografía argentina presenta interesantes condiciones para la expansión de una actividad de creciente demanda mundial. De allí la viabilidad económica y la singular trascendencia de iniciativas como la del Corredor Turístico Bioceánico, motorizada conjuntamente por Tucumán, Salta, Santiago del Estero, Jujuy y Chaco con las regiones vecinas de Chile, Bolivia y Paraguay.

Algo similar ocurre con los recursos forestales. La Argentina se apresta a más que duplicar en pocos años la actual superficie de bosques implantados. Las estimaciones en la materia indican la afluencia en el sector de inversiones de alrededor de 4000 millones de dólares, que habrán de significar una inyección de grandes proporciones para varias provincias.

Regiones, provincias y municipios

El proceso de integración regional permite también que las regiones argentinas, más que como entes aislados, empiecen a concebirse y a funcionar, dentro de un esquema de regionalismo

El proceso de integración permite que las regiones argentinas, más que como entes aislados, empiecen a funcionar dentro de un esquema de regionalismo abierto.

Esta nueva realidad se ve facilitada por la reforma constitucional de 1994, que otorga por primera vez a las provincias la facultad de celebrar tratados económicos internacionales.

abierto, como parte de regiones mayores que involucran a las regiones adyacentes de los países vecinos.

Esto sucede ya con las provincias del norte argentino, que multiplican sus acuerdos y sus lazos estructurales con el norte de Chile, el sur de Bolivia, el Paraguay y los estados brasileños de Mato Grosso y Mato Grosso do Sul. Ocurre con las provincias del Nuevo Cuyo y de la Patagonia con las zonas limítrofes de Chile. Sucede con las provincias del noreste y del litoral, en relación al Uruguay, al Paraguay y a los estados del sur del Brasil.

Esta nueva realidad se ve facilitada por la reforma constitucional de 1994, que crea el marco jurídico para el funcionamiento de la regionalización y, lo que es aún más importante, otorga por primera vez a las provincias la facultad de celebrar tratados económicos internacionales sin autorización previa del gobierno nacional.

Esa habilitación constitucional impulsa la configuración de estructuras regionales como las que ya aglutinan a las provincias del Norte, del Nuevo Cuyo, del NEA, de la Patagonia y, más recientemente, el eje regional Córdoba-Santa Fe, que aspira a sumar a Entre Ríos.

Existen también ya ejemplos importantes de lo que significa para las provincias la facultad de establecer acuerdos económicos internacionales. Neuquén inauguró este principio constitucional al firmar un Convenio de Cooperación Bilateral con el Estado de New Jersey, en Estados Unidos. Chubut estableció un acuer-

do comercial con Río Grande do Norte, en el Nordeste brasileño, que incluye un enlace marítimo directo entre Puerto Madryn y Puerto Natal. Salta acordó directamente con Chile la construcción de un gasoducto a Antofagasta, como lo hizo Neuquén. Entre Ríos estableció un convenio similar con Uruguay. Casi todos los días hay información periodística sobre la evolución de diversas negociaciones directas entre provincias y regiones argentinas con países o con regiones vecinas.

A nivel regional, vale la pena recordar la iniciativa de la Zona de Integración del Centro Oeste Sudamericano, que alienta el trabajo encarado por el Grupo Empresario del Centro Oeste Sudamericano, que conforman el norte argentino y de Chile, el sur de Perú, Bolivia, Paraguay y, ahora también, estados adyacentes del Brasil.

Igual significación tiene el afianzamiento de la acción conjunta iniciada por el CRECENEA de Argentina, que nuclea a las provincias de Misiones, Chaco, Formosa, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, y el Consejo de Desarrollo del Sur (CODESUL), que agrupa a los estados brasileños de Mato Grosso do Sul, Paraná, Santa Catarina y Río Grande Do Sul, enderezada a promover la realización de obras binacionales que alienten el desarrollo regional.

No hay entonces trabas legales para que las provincias, individualmente o en asociación con otras, encaren sus propias estrategias autónomas de crecimiento económico y de inserción

*No hay trabas legales para que las provincias,
encaren sus propias estrategias autónomas
de crecimiento económico y de
inserción internacional.*

Sólo hace falta decisión en sus gobernantes y lucidez para que las provincias asuman en plenitud el desafío de erigirse en artífices de su propio destino.

internacional, sobre todo en el nuevo escenario regional determinado por el MERCOSUR y su asociación con Chile.

Pero no sólo han cambiado las normas constitucionales. También, y lo que es aún más importante, han ido cambiando las condiciones económicas. El aumento sostenido de las inversiones extranjeras directas radicadas en el interior del país, los beneficios derivados de la expansión agropecuaria y agroindustrial, el incremento de las exportaciones regionales, el crecimiento de los recursos percibidos en concepto de coparticipación federal y de regalías, las transformaciones operadas en el terreno de las comunicaciones y las grandes inversiones en marcha en obras de infraestructura, algunas de dimensiones excepcionales como la proyectada Red Nacional de Autopistas, el Ferrocarril Transpatagónico o el Puente Buenos Aires-Colonia, configuran un nuevo piso de posibilidades para las provincias.

Sólo hace falta decisión política en sus gobernantes, y lucidez para aprehender la nueva lógica de los acontecimientos, para que las provincias argentinas, sin preocuparse demasiado por lo que pase en Buenos Aires, asuman en plenitud la enorme responsabilidad de asumir el desafío de erigirse en artífices de la construcción de su propio destino.

Esta dinámica, cada vez más acelerada, excede incluso a los propios estados provinciales. Los municipios han empezado también a cobrar estatura como actores del rediseño de las economías locales

en el marco de la integración regional. Existen foros municipales binacionales ya creados en muchos lugares, con la participación de las autoridades comunales argentinas y chilenas en unos casos, argentinas y brasileñas en otros. Es también notoria la intensificación de los contactos bilaterales entre los intendentes argentinos con sus pares de comunas de países vecinos. Empieza así a configurarse una importante fuerza dinamizadora, que tiende a promover la existencia de acuerdos bilaterales entre municipios y de agrupamientos municipales bi o trinacionales, que actúan a manera de redes.

Importa señalar que las energías desatadas por los avances en el proceso de integración regional hacen que la tendencia hacia la descentralización económica y política no sea un fenómeno aislado, que se manifiesta sólo en la Argentina. Se expresan también, con distinto grado de intensidad, en Brasil y en Chile. Porque son parte también de una tendencia mundial, en la que el indetenible avance de la globalización económica desdibuja el rol de los estados nacionales y, a la vez, incrementa el espacio de acción propio de las regiones y de las ciudades, en conexión directa con el mundo.

En Brasil, es cada vez más evidente el surgimiento de polos económicos regionales que buscan sobreponerse a la clásica hegemonía de San Pablo y establecer vías alternativas de inserción internacional, que pasan principalmente por el estrechamiento de vínculos propios con las provincias argentinas. Ese es, por ejemplo, el caso de Río Grande do Sul, Paraná y Santa Catarina, los tres estados

*La globalización económica desdibuja el rol
de los estados nacionales e incrementa
la conexión directa de regiones
y ciudades con el mundo.*

del sur limítrofes con la Argentina, y de Mato Grosso y Mato Grosso do Sul. Algo similar ocurre con las regiones del norte y el sur de Chile en relación al tradicional predominio de Santiago, a pesar de la estructura unitaria del sistema político trasandino.

Esto implica que existen fuerzas convergentes en los tres países para profundizar estas nuevas modalidades de asociación regional y favorecer el desarrollo de una ambiciosa estrategia de descentralización que aliente el surgimiento de nuevos polos productivos, crecientemente interconectados e independientes de los centros tradicionales de poder económico y político.

En este nuevo escenario, la Argentina está en condiciones de encarar la reasunción efectiva de su honda tradición federal. Porque empieza a emerger un nuevo marco estructural que dota al federalismo de las bases materiales de sustentación de las que careció durante toda su historia constitucional.

Al desarrollo de la frontera atlántica, que la conecta principalmente con Europa, cuyo nudo de comunicación fue principalmente el puerto de Buenos Aires, el país agrega ahora la expansión de su casi olvidada frontera americana. A través de la integración regional con los países vecinos, se abren entonces nuevas perspectivas de crecimiento para las provincias, que indican la aparición de una nueva geografía económica argentina. La geografía económica de un país federal, de la que no quede excluído ningún rincón de la Argentina.

CAPITULO VII

BUENOS AIRES, INSTRUMENTO DE PODER DE LA ARGENTINA

“Ya Buenos Aires, más que una ciudad es un país, y hay que encontrarle la poesía y la música y la pintura y la religión y la metafísica que se aviene a su grandeza.

Ese es el tamaño de mi esperanza, que a todos nos invita a ser dioses y a trabajar en su encarnación”.

(Jorge Luis Borges, “El tamaño de mi esperanza”).

Abordar sin prejuicios el tema de la ciudad de Buenos Aires como herramienta de poder de la Argentina como Nación requiere un trazado rápido del contexto en que se sostiene este aserto, para que sea entendido como un acto de reafirmación de nuestra identidad nacional y no como un gesto de arrogancia porteña.

En el contexto general de la nueva geografía económica de la Argentina, hablar de la ciudad de Buenos Aires es un tema fundamental por la importancia de esta ciudad y porque indica un cambio político-cultural. Permite también a aquéllos que no somos de Buenos Aires, hablar de algo que, al mismo tiempo, es tan profundamente propio porque es uno de los sectores claves de la Argentina.

Se trata, ante todo, de visualizar la Buenos Aires que emerge como resultado de la transformación experimentada por el país desde 1989, en un contexto de descentralización política, que tiende a desconcentrar el poder como instrumento y condición para afirmar la Nación.

Por eso, es que ahora resulta posible asumir y formular el significado de la ciudad como herramienta de poder de la Argentina en la década del 90.

En esta década, se ha producido un cambio en la naturaleza del poder en el mundo. Esto se debe, por un lado, al fin de la Guerra Fría y la desaparición de la Unión Soviética, que eliminó de la escena internacional, por un tiempo histórico difícil de determinar de antemano, pero notoriamente a la vista, la pugna por la supremacía mundial.

Se trata de visualizar la Buenos Aires que emerge de la transformación iniciada en 1989, en un contexto de descentralización que desconcentra el poder para afirmar la Nación.

Por eso, es que ahora resulta posible asumir y formular el significado de la ciudad como herramienta de poder de la Argentina en la década del 90.

En la historia de las relaciones internacionales, una situación tal se ha mostrado como un período de carácter provisorio de tipo excepcional, aunque es difícil establecer cuánto puede durar esta provisoriedad, si años o décadas.

Por lo tanto, como resulta tan inequívocamente establecido el factor estratégico-militar en el sistema de poder de las relaciones internacionales, tiende a disminuir su importancia porque se ha transformado, en cierta manera, no en una condición sino en un supuesto.

Esto es, no hay una situación de hegemonía en los términos tradicionales de supremacía de un poder sobre otro, sino que en estos años el poder de los Estados Unidos se ha transformado en un supuesto del sistema internacional y esto en sí mismo le ha quitado relevancia a la dimensión estratégico-militar en las relaciones mundiales.

Ahora bien, por debajo de esta modificación de la naturaleza del poder de orden político, en realidad es probable que haya un fenómeno de mayor envergadura. Es la existencia de una revolución tecnológica cuya característica fundamental es que no sólo otorga un carácter decisivo al conocimiento, sino que además transforma la relación entre la cultura y el conocimiento de una manera que hasta ahora nunca se había conocido en la historia de la humanidad.

Lo que juega como sustento de esta revolución tecnológica es una proximidad sin precedentes entre la cultura y el conocimiento científico aplicado a desarrollos tecnológicos. En conse-

cuencia, la cultura tiene cada vez más importancia como instrumento de poder.

La cultura –desde hace mucho se sabe– no distingue entre forma y contenido. La forma, en términos culturales, es siempre la expresión de un contenido. No hay contenido sin forma, ni forma que no exprese un contenido determinado. Por eso, el concepto que mejor permite aprehender el fenómeno cultural de una comunidad, es el estilo, esto es, la traducción de modo sintético de forma y contenido.

En esto, precisamente, radica la fuerza principal de los Estados Unidos en la década del 90. Esa fuerza no está centrada, en primer plano, en su poderío estratégico-militar, transformado en supuesto del sistema internacional. Ni siquiera en su pujanza económica excepcional. Incluso, es posible afirmar que el vigor norteamericano tampoco esté primordialmente en la notoria y extraordinaria aptitud de su sociedad para la innovación tecnológica.

La fuerza principal de los Estados Unidos en esta época, en un planeta que se ha globalizado y en el que comienza a emerger una sociedad mundial, es la cultura norteamericana, transmitida y traducida al mundo entero a través de un estilo por todos los medios de comunicación.

A tal punto está presente esa pujanza de la cultura norteamericana que su estilo se ha transformado en sinónimo de juventud en el mundo. En ese sentido, puede decirse que no es que todos los jóvenes del mundo vistan igual, sino que todos los jóvenes

El concepto que mejor permite aprehender el fenómeno cultural de una comunidad, es el estilo, síntesis de forma y contenido.

La ciudad de Buenos Aires, a través de un extraordinario atractivo cultural que se manifiesta como estilo, sugiere, invita y en cierta manera reclama que se le parezcan.

visten como lo hacen los jóvenes norteamericanos.

En términos levemente más conceptuales, lo que está en marcha en la década del 90 es una forma de poder que puede caracterizarse como “poder blando”. Se trata de una aptitud, una fuerza capaz de atraer, convencer, despertar admiración, en suma, para crear una tendencia casi natural a ser imitado en todas partes del mundo.

La fuerza de Buenos Aires

En este punto, puede decirse que la ciudad de Buenos Aires reúne todas las características en ese sentido, a través de un extraordinario atractivo cultural que se manifiesta como estilo, entendido como estilo de vida, que sugiere, invita y en cierta manera reclama que se le parezcan. Desde luego en América del Sur, también en toda América Latina y, potencialmente, en el mundo entero.

Claro que semejante aseveración debe ser formulada con el mayor cuidado, a riesgo de que se sospeche que hemos vuelto a las andadas y que la arrogancia argentina ha reverdecido, con ese impulso casi brutal de autoafirmación un poco insegura que caracteriza a nuestra cultura cívica.

Para despejar esa sospecha, conviene examinar ciertas mediaciones entre algunos datos de Buenos Aires y esta afirmación de que se trata de una ciudad de dimensión mundial.

En 1997 ingresaron en la Argentina 5.5 millones de turistas

extranjeros, que dejaron aproximadamente 5000 millones de dólares en el país. De todos ellos, 4.300.000 vinieron a Buenos Aires y tenían en Buenos Aires su destino como objeto de interés turístico.

Buenos Aires tiene un sistema de telecomunicaciones absolutamente digitalizado y su cableado de fibra óptica es más denso y más importante que el que surca la isla de Manhattan.

Esto es importante porque el sistema de telecomunicaciones es la infraestructura tecnológica de la globalización. Hablar de globalización es hablar de una unidad productiva que funciona en tiempo real a escala mundial. Esto es, una infraestructura tecnológica que permite tomar decisiones a escala planetaria. Y la característica de esta infraestructura tecnológica es precisamente la dupla digitalización-fibra óptica.

La razón de estos datos, fácilmente constatables, ha sido por cierto la vocación innovadora de las empresas que se hicieron cargo de la privatización de ENTEL, pero ayudada por el hecho de que el cableado anterior de cobre era una ruina. De modo que para establecer una infraestructura tecnológica, recurrieron a lo disponible en el mercado, y lo disponible en el mercado hoy, porque entre otros motivos es lo más barato, es la tecnología digital y la fibra óptica.

En estos años finales del siglo, el ciclo de los productos en la industria de avanzada, que es la micro-electrónica, dura nada más que dieciocho meses. Una vez que se cumple ese plazo, el precio cae hasta

*El ciclo de los productos de la microelectrónica,
dura nada más que dieciocho meses.
Una vez que se cumple ese plazo,
el precio cae hasta la mitad.*

El ingreso real de la Argentina es de 9200 dólares por habitante por año. En cambio, el de la ciudad de Buenos Aires es más del doble, 20.000 dólares anuales.

la mitad. Así, la regla en el mundo de las telecomunicaciones es que siempre la tecnología más moderna es la más barata.

El ingreso real de la Argentina es de 9200 dólares por habitante por año. En cambio, el de la ciudad de Buenos Aires es más del doble, 20.000 dólares anuales. Si bien está por debajo del nivel de ingresos de Canadá, del orden de los 29.000 dólares anuales, o de los Estados Unidos, de 36.000 dólares anuales, es un ingreso per cápita importante, que nada tiene que ver con los niveles clásicos del subdesarrollo sino que es más bien propio de las sociedades que se encuentran en los umbrales del Primer Mundo.

Lo mismo sucede en relación al conjunto de la economía del país. El Producto Bruto de Buenos Aires es el 26% del Producto Bruto Nacional. En términos de comparaciones, el producto bruto de Buenos Aires es superior al de todo Chile. El país trasandino crece desde hace catorce años en forma continua. Sin embargo, el Producto Bruto de Buenos Aires hoy, luego que el país volvió a crecer aceleradamente desde 1991, supera al de Chile.

En el orden cultural, la ciudad de Buenos Aires tiene lo que puede caracterizarse como un “movimiento social de nuevo tipo”, gestado en torno a la llamada Feria del Libro. Comparar la Feria del Libro de Buenos Aires con la de Frankfurt tiene el inconveniente de que evita pensar. Lo que interesa aquí no es contrastar la cantidad de público ni las ediciones que se exhiben, sino señalar que lo más importante que sucede en Buenos Aires con la Feria

del Libro no es lo que se refiere a la compra de libros, sino ese movimiento social.

Allí se muestra una población que rinde culto al libro, incluso aunque no lo lea, porque advierte que su significado es algo trascendente. La gente ve y toca los libros, asiste al ritual de las presentaciones y de la firma de los autores, recorre los stands, en suma, adhiere a una liturgia que tiene un sentido más social que intelectual. Esto lo hace el país en su conjunto. Llegan visitantes de Venado Tuerto, de Bolívar, de Córdoba. Pero el protagonista primordial es la ciudad de Buenos Aires.

A quienes habitamos en Buenos Aires nos puede parecer normal que en cada esquina del centro tradicional, y de los múltiples centros que han empezado a proliferar en la ciudad, haya una librería. Para los turistas extranjeros, eso no tiene nada de común. Es una muestra de que hay aquí una sociedad de mucho vigor cultural, con capacidad de discusión, de conceptualización, aptitud para la inteligencia simbólica, que ofrece algunos elementos de comparación, pero no muchos.

Una nítida identidad histórica

Pero, además, Buenos Aires tiene una rica historia y siempre, en todos los casos, lo que define una identidad cultural, es una historia. Sin historia no hay identidad.

*Buenos Aires tiene una rica historia y siempre,
en todos los casos, lo que define una
identidad cultural, es una historia.
Sin historia no hay identidad.*

La Argentina ha tenido cuatro guerras con Gran Bretaña. Perdió una en 1806, ganó tres -en 1806, en 1807 y en 1844-. Las de 1806 y 1807 las ganó el pueblo de Buenos Aires.

Lo que se destaca en esa historia es que, durante períodos decisivos de su trayectoria, Buenos Aires fue una ciudad-estado. Por ejemplo, como cabeza de la provincia de Buenos Aires, fue el Estado de Buenos Aires desde 1854 a 1862, con representantes diplomáticos en Estados Unidos, Europa y Brasil.

Además, entre 1862 y 1880, Buenos Aires fue visualizada como la “Atenas del Plata”. Lo explica bien Hilda Sábato en su libro *La política en las calles*. Todo el mundo hacía política. Es la primera ciudad sudamericana en la que apareció el pueblo como protagonista de la vida política.

La Buenos Aires de las primeras décadas del Siglo XX, la ciudad que protagonizó la conmemoración del primer centenario de la Argentina, era ya identificada internacionalmente como la principal urbe de América Latina y una de las más importantes del mundo, que deslumbraba, por su vigor cultural y su prosperidad económica, a sus más ilustres visitantes, desde George Clemenceau hasta André Malraux, quien la definió como “capital de un imperio imaginario”.

Y un siglo antes de que todo ello ocurriera, estaba el Regimiento de Patricios, que combatió en las guerras de la independencia y lo hizo defendiendo a Buenos Aires. Esto tampoco fue casual. Hay que recordar que la Argentina tuvo cuatro guerras con Gran Bretaña. Perdió una, en 1806, ganó tres, en 1806, en 1807 y en 1844. Las de 1806 y 1807 las ganó el pueblo de Buenos Aires.

Puede discutirse si el negro Falucho existió realmente, pero

lo que no puede discutirse es que mereció haber existido y lo que todo el mundo recuerda es que sus últimas palabras, cuando se negó a entregar la bandera argentina en el fuerte del Callao, fueron: “¡Viva Buenos Aires!”.

Buenos Aires, además, como expresión sintética de forma y contenido de una cultura, tiene algo que sólo aparece en los estilos de gran envergadura. Cuenta como activo particular, con una música propia de alcance global, el tango. Hay pocas ciudades que son identificadas por el resto del mundo por una música original y exclusiva. Y en ningún caso como en el de Buenos Aires, esa música es tan profundamente significativa en relación a su historia.

Cuenta, asimismo, con un movimiento de cultura independiente de larga tradición, que se expresa y produce a través de múltiples mecanismos formales e informales. Es también una de las capitales mundiales del psicoanálisis.

Hay 306 comunidades extranjeras identificadas en la ciudad de Buenos Aires, que entre fines del siglo pasado y principios del presente tuvo mayoría de población extranjera, como resultado de sucesivas oleadas inmigratorias de los más diversos orígenes, que contribuyeron decisivamente a moldear el peculiar sincretismo cultural que caracteriza a la singular idiosincrasia porteña. Esas colectividades actúan y están organizadas a través de sus propias instituciones. Hay, por ejemplo, unos 600.000 uruguayos, es decir el 20% de la población residente en ese país. Buenos

Buenos Aires cuenta como activo particular, con una música propia de alcance global, el tango. Hay pocas ciudades identificadas por una música original y exclusiva.

Buenos Aires dispone de una trama institucional de extraordinaria riqueza y complejidad. Es una sociedad civil profundamente diversificada y organizada.

Aires disputa con Cochabamba el segundo lugar como principal ciudad boliviana del mundo. Tiene una de las colectividades judías más importantes del mundo, la tercera después del Estado de Israel y la ciudad de Nueva York. Al mismo tiempo, tiene una numerosa colectividad árabe.

Es, notoriamente, la ciudad que nunca duerme. Por la cantidad de actividades culturales, conferencias, espectáculos, obras de teatro que se estrenan en Buenos Aires, se la puede comparar con otras ciudades del mundo, pero no con muchas: con Nueva York, con París, con Londres, y no mucho más que eso.

Además, Buenos Aires dispone de una trama institucional de extraordinaria riqueza y complejidad. El número de entidades no gubernamentales de todo tipo es verdaderamente excepcional. Es una sociedad civil profundamente diversificada y organizada, con una riqueza y una creatividad que no tienen todavía una expresión cabal en su sistema político-institucional.

Esa ciudad ha vuelto a ser ahora una ciudad-estado, dentro de la Nación y por obra de la reforma constitucional de 1994, aceptada y votada por todos, en una muestra excepcional de consenso político, que le devolvió a Buenos Aires su plena autonomía política, la cuota política de su extraordinaria identidad.

Al mismo tiempo, la transformación realizada por el país desde 1989 le ha otorgado a la ciudad de Buenos Aires -en materias tales como ingreso por habitante, turismo, telecomunicacio-

nes, emprendimientos urbanos, sistemas de comercialización y otros rubros de envergadura- los instrumentos materiales para ser lo que su vocación le indica.

Las ciudades mundiales

Dice Paul Krugman que en la economía global de fin de siglo, que es una economía urbana, hay dos nociones que permiten aproximarse al significado de lo que es una ciudad: el concepto de eficiencia y la categoría de innovación. La eficiencia, es la aptitud para cumplir reglas. La innovación es la capacidad para crear lo nuevo.

Sólo las grandes ciudades son innovadoras, porque la innovación es ante todo un fenómeno cultural. Es lo que permite crear un ambiente rico en incentivos para promover y producir lo nuevo. Es la cultura la que genera la innovación.

La economía global de fin de siglo, que se funda en una revolución tecnológica del procesamiento de la información, es una economía de la innovación, de la inventiva, de la búsqueda de lo nuevo, del gusto por lo distinto, lo heterodoxo. Eso, precisamente, es una de las características que distinguen a Buenos Aires.

En los últimos veinte años, en el mundo entero, el rasgo principal está tan a la vista que se ha transformado en algo que es difícil de ver: la paulatina desaparición de la distinción entre el campo y la ciudad. El campesinado, como clase, tiende a desapa-

Sólo las grandes ciudades son innovadoras, porque la innovación es ante todo un fenómeno cultural. Permite crear un ambiente rico en incentivos para promover lo nuevo. Es la cultura la que genera la innovación.

La economía de fin de siglo es una economía de la innovación, de la inventiva, de la búsqueda de lo nuevo, del gusto por lo distinto, lo heterodoxo. Eso distingue a Buenos Aires.

recer en el mundo entero. En todas partes del mundo se da un gigantesco proceso migratorio.

En esta década, se destaca el peso extraordinario de las megaciudades en el mundo entero. Pero no se trata simplemente de ciudades gigantescas, sino que constituyen un conjunto de ciudades mundiales, que son la manifestación espacial del fenómeno de la globalización. En los términos de Saskia Sassen, son los lugares productivos de la sociedad post-industrial.

Castells afirma que: *“La ciudad global no es un lugar, sino un proceso. Un proceso mediante el cual los centros de producción y consumo de servicios avanzados y sus sociedades locales auxiliares se conectan en una red global en virtud de los flujos de información, mientras que a la vez restan importancia a las conexiones con sus entornos territoriales”*.

Y agrega: *“Así pues, a comienzos de los años noventa, mientras que ciudades como Bangkok, Taipei, Shangai, México o Bogotá experimentaron un crecimiento urbano explosivo encabezado por el sector empresarial, Madrid, junto con Nueva York, Londres y París, entraron en una recesión que provocó una pronunciada caída de los precios de las propiedades inmobiliarias y detuvo la nueva construcción. Esta montaña rusa urbana, en diferentes períodos a lo largo de diversas zonas del mundo, ilustra tanto la dependencia como la vulnerabilidad de cualquier localidad, incluidas las principales ciudades, ante los flujos globales cambiantes”*.

La Revolución Industrial fue la historia de la creación de las grandes ciudades porque sólo en ellas podía haber un desarrollo de la infraestructura que le permitiera a la industria desplegarse en todas sus posibilidades. La característica primordial que tiene la revolución tecnológica del procesamiento de la información es que, en el eterno debate de la historia del capitalismo entre el espacio y el tiempo, es el tiempo el que ganó la carrera. Esto significa que el espacio está en pleno proceso de reformulación. Sólo en las ciudades mundiales se atrapa a estas industrias del sector terciario de alto nivel de conocimiento, que pueden servir como sustento a la globalización.

Buenos Aires puede erigirse rápidamente en una de esas ciudades mundiales porque reúne todos los requisitos necesarios para serlo. En la revolución tecnológica la información es instantánea. Por eso es que hay una crisis y un replanteo de las ciudades en el mundo entero. El espacio se reformula porque la globalización de la infraestructura como sustento de la industria le hizo perder a las ciudades su razón de ser como punto de localización de los emprendimientos industriales.

Este fenómeno de descentralización y diseminación de lo urbano, por la desaparición o debilitamiento de la industria en términos tradicionales, está acompañado por un peso cada vez mayor, en las ciudades, de los servicios de alta complejidad destinados a satisfacer esta industria basada en el procesamiento de la información que actúa en la economía mundial.

Sólo en las ciudades mundiales se atrapa a estas industrias del sector terciario de alto nivel de conocimiento, que pueden servir como sustento a la globalización.

*Buenos Aires puede erigirse rápidamente
en una de esas ciudades mundiales
porque reúne todos los requisitos
necesarios para serlo.*

Sólo algunas ciudades son capaces de atraer estos servicios de alta tecnología. La razón de la dificultad para atraerlos es que ellos reclaman, como una exigencia de orden estructural, un elevadísimo nivel de coeficiente intelectual y de vida cultural. Por eso, en la etapa de la globalización de fin de siglo, ciudades mundiales y alto nivel cultural van unidos.

Riccardo Petrella dice que son los “nudos activos” de la globalización. Dicho de otra manera, hablar de la globalización es lo mismo que hablar, en términos espaciales, de ciudades mundiales como centros de servicios de alta tecnología, sin las cuales no podría funcionar la industria que está transformada por esta revolución tecnológica a escala mundial.

Ahora, ¿cuál es el significado más trascendente de esta pujanza urbana y por qué esto es fundamental desde el punto de vista nacional para la Argentina?

La Argentina, desde julio de 1989 ha explicitado que busca, de modo deliberado, un creciente protagonismo internacional. El país advirtió en la década del 90 que la condición para realizar transformaciones de orden interno, que le permitan participar activamente en lo más avanzado de la época, es la profundización de su inserción internacional. La Argentina, en esta década crucial en que cambió su destino, advirtió de una vez y para siempre que una perspectiva estrictamente nacional exige fundarse en una visión profundamente universal.

No es que sea una visión que dejó el provincianismo atrás. Es mucho más que eso, es una visión nacional y, precisamente por eso, hondamente universalista. Surge de la idea de una afirmación de la Nación como categoría política básica, pero que advierte que la única manera de afirmar la Nación, en las condiciones de globalización y de revolución tecnológica, es hacerlo a través de una búsqueda sistemática del protagonismo internacional. Es una visión nacional y mundial.

Ahora, se trata de saber cuáles son los instrumentos de este protagonismo internacional, expresamente buscado como la forma para tornar posibles las transformaciones de orden interno. Y en este punto es que la ciudad de Buenos Aires, como ciudad mundial, puede dotar a la Argentina como Nación de un extraordinario instrumento de poder.

En las condiciones de la década del 90, donde la supremacía estratégico-militar de los Estados Unidos es tan profunda que se ha transformado en un supuesto del sistema internacional más que en un ejercicio de hegemonía, el poder no se define primordialmente como coerción o capacidad de coerción, sino de una manera un poco más sofisticada, como la capacidad para controlar el resultado de los acontecimientos.

En los procesos históricos de esta época en que la inserción internacional es participación activa en empresas de integración -regional, hemisférica, mundial- la persuasión, el prestigio,

La única manera de afirmar la Nación, en las condiciones de globalización y de revolución tecnológica, es a través de una búsqueda sistemática del protagonismo internacional.

El prestigio de Buenos Aires en América Latina, en toda América del Sur, no sólo sigue intacto sino que crece día a día.

la admiración que se despierta, la aptitud para estimular en los otros la vocación de ser imitado, es la verdadera característica del poder. Esto es lo que Buenos Aires, como ciudad mundial, puede brindar a la Argentina como Nación.

Un embajador brasileño de gran inteligencia, que hasta hace poco estuvo en la Argentina, dijo que los países latinoamericanos dudaron muchas veces de la Argentina, el mundo dudó de la Argentina, los argentinos dudaron de la Argentina -dudan todavía-. Ahora bien, si América Latina y los países de la región muchas veces dudaron de la Argentina -no tanto como los argentinos dudaron de su país y todavía dudan- en cambio nunca dudaron del atractivo y el prestigio de Buenos Aires.

El prestigio de Buenos Aires en América Latina, en toda América del Sur, no sólo sigue intacto sino que crece día a día. Los desplazamientos turísticos lo indican, tanto como los idiomas que se oyen en sus calles con absoluta fluidez, como por ejemplo el portugués. Sin duda, la gente busca en Buenos Aires participar de una vida y de un estilo de vida.

Para realizar el objetivo nacional de multiplicar la presencia de la Argentina en el campo internacional, Buenos Aires ofrece entonces la potencia del atractivo, la influencia, la admiración que despierta y la vocación de ser imitada.

Por eso es que el hecho de que haya vuelto a ser una ciudad-estado dentro de una orgullosa nación, es un acontecimiento

mayor en la historia de la Argentina. Le otorga a la ciudad de Buenos Aires la estructura política y el andamiaje institucional para ser ella misma.

La característica de la revolución tecnológica es haber acercado cualitativamente la cultura y la tecnología, de modo que el acceso a la más alta tecnología no es la técnica sino la cultura. Porque, después de todo, hace tiempo que se sabía que la esencia de la técnica no es técnica, sino cultural.

Por todo esto, es que Buenos Aires es potencialmente un instrumento de poder de la Argentina en la década del 90. De lo que se trata ahora es de precisar qué deben hacer aquéllos que viven en Buenos Aires, hayan nacido en ella o no, y que participan de su extraordinario atractivo y de su estilo de vida, para transformarla nuevamente en la “Atenas del Plata”, en un centro de cultura política de virtualidad comunicativa, de creación y de innovación en el plano de la vida cívica -que ofrezca pocos paralelos en el mundo- en una auténtica ciudad mundial, puesta al servicio de la afirmación de la Argentina como Nación.

CAPITULO VIII

EL ACCESO A LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

“Somos la generación final de una vieja civilización y la primera generación de otra nueva, y gran parte de nuestra confusión, angustia y desorientación personales tiene su origen directo en el conflicto que –dentro de nosotros y en el seno de nuestras instituciones políticas– existe entre la civilización moribunda de la segunda ola y la civilización naciente de la tercera ola, que pugna, tonante, por ocupar su puesto”.

(Alvin Toffler, *La creación de una nueva civilización*).

La característica central de los cambios que experimenta la nueva sociedad mundial, de la que la Argentina es ya parte inseparable, tiene su raíz en la revolución tecnológica de nuestra época. Hay una nueva manera de producir, fundada en la revolución del procesamiento de la información, derivada de las nuevas tecnologías de la informática y de las telecomunicaciones.

Toffler señala que *“La gran transición se refleja globalmente en el hecho asombroso de que las exportaciones mundiales de servicios y ‘propiedad intelectual’ igualan ahora a la suma de las de electrónica y automóviles o al conjunto de las alimentarias y de combustibles”*.

Según Toffler, *“este último punto de inflexión sobrevino en Estados Unidos durante la década iniciada hacia 1955, cuando el número de empleados administrativos y trabajadores de servicios superó por primera vez al de obreros manuales”*.

Y agrega: *“El mensaje resulta además muy claro: dado que es probable que sigan creciendo tanto la población norteamericana como su masa trabajadora y puesto que muchas industrias se automatizaron y reorganizaron en la década de los ochenta, debe continuar la disminución del empleo fabril en relación con el total. Aunque Estados Unidos, de acuerdo con algunas previsiones, generará probablemente unos 10.000 nuevos puestos de trabajo diarios durante el próximo decenio, pocos corresponderán al sector fabril, en caso de que alguno lo sea”*.

Lo distintivo de esta etapa, lo verdaderamente nuevo es que el conocimiento científico y el desarrollo tecnológico se aplican en forma sistemática a sí mismos.

La absoluta necesidad es replantear en nuevos términos la cuestión social, definida como una prioridad absoluta para el pensamiento y la acción política de fin de siglo.

Lo distintivo de esta nueva etapa ya no es la aplicación del conocimiento científico a la producción. Eso es, en realidad, una de las características estructurales de la economía capitalista. Tampoco el dato, sí inédito, de la multiplicación y aceleración de los descubrimientos científicos y las innovaciones tecnológicas. Lo verdaderamente nuevo es el hecho de que el conocimiento científico y el desarrollo tecnológico se aplican en forma sistemática a sí mismos. O sea que hay un fenómeno de retroalimentación del conocimiento científico y tecnológico sobre el propio conocimiento.

El resultado de esta novedad histórica es que hay un acercamiento entre el mundo de la economía y el mundo de la cultura como nunca se había experimentado antes en la historia de las sociedades modernas. Por eso es que se habla de sociedad del conocimiento.

Estas enormes transformaciones no son socialmente neutras. Generan altos costos y fuertes exigencias de adaptación. Implican, por lo tanto, la existencia de ganadores y perdedores. Imponen, por lo tanto, la absoluta necesidad de replantear en nuevos términos la cuestión social, definida como una prioridad absoluta para el pensamiento y la acción política de fin de siglo.

Porque el impacto social que produce la velocidad vertiginosa de estas mutaciones hace que el cambio sea percibido mucho más en lo que tiene de pérdida -medida en relación a los antiguos paradigmas- que en lo que puede implicar como ensanchamiento de posibilidades, es decir como oportunidad, en el campo de la economía, del trabajo, de la cultura y de la vida cotidiana.

Un fenómeno de similares características ocurrió en la primera fase de la Revolución Industrial. Los viejos artesanos y la multitud de campesinos que migraba desde las aldeas a las ciudades percibían que el mundo en que habían nacido y crecido, el conjunto de valores que habían forjado sus vidas, se hundía bajo sus pies. En tanto, el incipiente proletariado, que surgía como sujeto social producto de esa gigantesca transformación, no estaba todavía en condiciones de percibir que estaba por convertirse en un actor central de la sociedad capitalista que empezaba a configurarse.

Puede afirmarse que, en el transcurso de las décadas del 80 y del 90, la humanidad protagoniza un salto económico, tecnológico, social y cultural de una envergadura sólo comparable con el de aquella época. Con una diferencia: la aceleración de los tiempos históricos hace que el mundo y la Argentina vivan, en dos décadas, un período de readecuación que durante la Revolución Industrial demandó un siglo.

En esta nueva gran fase histórica de transición, hay al menos dos generaciones se encuentran obligadas a aprender rápidamente nuevos códigos para adecuarse a las nuevas realidades. Para esas dos generaciones, vale la famosa definición de Margaret Mead: “*Cuando creía haber aprendido todas las respuestas, me cambiaron todas las preguntas*”. De allí que resulte indispensable desarrollar una estrategia que ayude a esa vastísima empresa de reconversión individual y comunitaria, que contribuya a la vi-

La aceleración de los tiempos históricos hace que el mundo y la Argentina vivan, en dos décadas, una readecuación que durante la Revolución Industrial demandó un siglo.

En esta gran fase histórica de transición, al menos dos generaciones están obligadas a aprender rápidamente nuevos códigos para adecuarse a las nuevas realidades.

sualización cultural de lo nuevo como amigo, al futuro no sólo en lo que conlleva de asechanza sino también, y principalmente, en lo que encierra como oportunidad.

Porque la sociedad que viene es la sociedad del conocimiento. La diferencia entre la inclusión y la exclusión social está cada vez más determinada por la capacitación en el empleo de las nuevas tecnologías originadas en la revolución de la informática y de las telecomunicaciones. Las naciones, los pueblos, las regiones geográficas, los sectores sociales y los individuos prosperarán o no en la medida en que sean capaces de adecuarse a esa nueva realidad.

Conocimiento, empleo y distribución del ingreso

Toffler señala que “*cualquier estrategia para reducir la carencia de trabajo en una economía supersimbólica debe depender menos de la asignación de riqueza y más de la asignación de conocimientos*”.

En el mundo de hoy, en incesante cambio tecnológico, la calidad del empleo y hasta la misma posibilidad de trabajo estarán cada vez más vinculadas con la educación, la formación y la capacitación profesional. Porque en esta nueva era histórica, precisamente definida como sociedad del conocimiento, la educación es el nuevo nombre de la justicia social.

La única respuesta de fondo a los desafíos que plantean el desempleo y la calidad del trabajo pasa por la necesaria calificación de los recursos humanos para adecuarlos a las exigencias de un sistema económico signado por la continua incorporación de nuevas tecnologías.

¿Cuál es la diferencia fundamental que existe entre la problemática social en las condiciones de globalización del sistema económico mundial y de revolución tecnológica del procesamiento de la información y lo que apareció como la cuestión social en la época de la Revolución Industrial?

De acuerdo con Toffler, *“durante más de un siglo, socialistas y defensores del capitalismo libraron una guerra enconada en torno de la propiedad pública y privada. Gran número de hombres y mujeres perdieron literalmente su vida en este empeño. Lo que ninguna de las partes imaginó fue un nuevo sistema de creación de riqueza que hiciese virtualmente obsoletos todos sus argumentos. Y, sin embargo, esto es exactamente lo que ha sucedido. Porque la forma más importante de propiedad resulta ahora intangible. Es supersimbólica. Se trata del saber. El mismo conocimiento puede ser usado simultáneamente por muchas personas para crear riqueza y producir todavía más conocimiento. Y, al contrario que las fábricas y los cultivos, el conocimiento es, a todos los efectos, inagotable”*.

En la etapa histórica de formación del capitalismo, lo que emergió fue una intensa polarización social entre los sectores del

*La forma más importante de propiedad
resulta ahora intangible.
Es supersimbólica.
Se trata del saber.*

La diferencia básica no se da en términos de apropiación de los recursos del capital, sino en términos de apropiación de los recursos del conocimiento.

capital y el mundo del trabajo. Entre 1789 y 1840, en que se desarrolló la primera fase de la Revolución Industrial, se registró un virtual estancamiento de los niveles salariales, al tiempo que se producía una extraordinaria acumulación de la riqueza en manos de la burguesía industrial y financiera.

Esta vez, como la diferencia básica no se da en términos de apropiación de los recursos del capital, sino en términos de apropiación de los recursos del conocimiento, las nuevas disparidades sociales no se producen simplemente, en un sentido clásico, entre los de arriba y los de abajo, sino que se verifican en todas las categorías profesionales, en todos los escalones de la estructura social, según en qué medida se participe o no, en las nuevas modalidades productivas propias de la sociedad del conocimiento.

Estados Unidos, que se encuentra en su octavo año de crecimiento económico consecutivo, con descenso de la inflación y aumento incesante de la productividad, donde el nivel de desocupación es actualmente el más bajo de los últimos veinticinco años, presenta sin embargo hoy el nivel de polarización social, es decir de diferencias en la distribución del ingreso, más alto de su historia.

Chile, que tiene también un largo ciclo de expansión económica ininterrumpida, con un fuerte descenso de los índices de pobreza y del nivel de desocupación, también ofrece hoy el cuadro de desigualdades sociales más agudo de toda su historia.

Los países de la Comunidad Económica Europea, con la excepción de Gran Bretaña, presentan en cambio un escenario de menor polarización social y, en contraposición, de índices mucho más altos de desempleo, aunque el esfuerzo de reconversión económica que están realizando para recuperar sus niveles de competitividad internacional tienda a generar en el Viejo Continente fenómenos de polarización y fragmentación social similares al norteamericano.

Cabe afirmar entonces que, como ya sucedió en la primera fase de la Revolución Industrial, la revolución tecnológica del procesamiento de la información, sustento de la globalización del sistema productivo mundial, está acompañada, al menos en un principio, por una fuerte tendencia hacia la acentuación de las desigualdades en la distribución del ingreso y a la aparición por lo tanto de una sociedad dual.

Es que la raíz tecnológica del nuevo sistema económico del mundo globalizado tiene una lógica de hierro en materia de distribución del ingreso. Beneficia, en términos de mejores empleos y mayor retribución salarial, a las franjas de mayor nivel de capacitación laboral y de formación profesional. Pero castiga, en términos de empleos de más baja calidad y por ende de menor nivel de retribución, o aún con la desocupación, a las franjas de menor nivel de capacitación.

Esto no sucede únicamente con los sectores de menores ingresos o de menores índices educativos. Es una experiencia y un

La raíz tecnológica del nuevo sistema económico beneficia, en términos de mejores empleos y mayores salarios, a las franjas de mayor capacitación laboral y formación profesional.

Amplios segmentos de la clase media sienten en carne propia que, en una economía competitiva, no se es socialmente incluido o excluido de una sola vez.

riesgo concretos que sufren todos los sectores sociales sin distinción. Afecta fuertemente a amplísimos segmentos de la vasta clase media argentina, que sienten en carne propia que, en una economía de altísimo nivel de competitividad, no se es socialmente incluido o excluido de una sola vez. Es posible, y frecuente, resultar excluido en forma sucesiva y casi de manera inadvertida.

La desocupación no está llamada a ser el centro del problema social de la Argentina que viene. El actual crecimiento económico ha empezado a generar nuevos puestos de trabajo. En mayo de 1995, el índice de desocupación ascendía al 18,6%. Tres años después, se encuentra cerca del 13%. Bajó más de cinco puntos. Y esta disminución del desempleo marca una tendencia que habrá de mantenerse durante los próximos años.

El problema es que este crecimiento económico de nuevo tipo, fundado en el constante cambio tecnológico, genera empleos distintos a los que destruye. Por un lado, crea sí empleos de baja calificación, sobre todo en el sector servicios y en la construcción, que favorecen a las franjas de menores ingresos y de menor formación educativa. Por el otro, crea también empleos de altas exigencias de calificación profesional, propios de un sistema económico de elevado nivel de productividad, para los que no existe hoy oferta laboral suficiente. En cambio, deja de crear empleos en la anchísima franja intermedia entre esas dos categorías.

Conviene recalcar que este fenómeno tiene características

mundiales y se advierte con mayor fuerza en los países de mayor dinamismo económico. Por eso, en el transcurso de la década del 90, puede percibirse más rápidamente, por ejemplo, en países como los Estados Unidos, Chile y la Argentina, cuyas economías han crecido precisamente en función de una drástica reconversión tecnológica.

Esta dicotomía en la oferta de empleo afecta principalmente a los sectores medios, cuya extensión y notorio dinamismo son una expresión de la intensa movilidad social que caracterizó a la Argentina de este siglo, en virtud de las extraordinarias experiencias de democratización protagonizadas por el yrigoyenismo y el peronismo. Un estudio reciente, realizado por Manuel Mora y Araujo, indica que cerca del 70% de los argentinos se definen a sí mismos como de clase media. Y, en términos estrictos, esa auto-percepción constituye un índice más representativo que cualquier clasificación académica sobre una estructura social que está hoy en pleno reacomodamiento.

En esa extensa franja de las capas medias, se concentra el fenómeno de lo que ha empezado a caracterizarse como la “nueva pobreza”. A diferencia de la pobreza tradicional, no lo es tanto en términos de necesidades básicas insatisfechas sino de disminución de ingresos, reducción del nivel de vida, pérdida de expectativas de ascenso social y amenaza de disolución de identidades sociales hondamente arraigadas a lo largo del tiempo.

Es incluso probable que esa visión negativa, cargada de

Esta dicotomía en la oferta de empleo afecta principalmente a los sectores medios, cuya extensión es una expresión de la movilidad social que caracterizó a la Argentina de este siglo.

Es probable que la visión negativa de vastos sectores de la sociedad argentina se deba a que son conscientes de la dificultad de insertarse en una economía de sofisticación tecnológica.

incertidumbre sobre el porvenir, que comparten hoy vastos sectores de la sociedad argentina, hasta el punto de impregnar la atmósfera de la opinión pública, no sólo esté vinculada con la desorientación generada por los nuevos paradigmas en materia de producción y de empleo. Responde también al hecho de que dichos sectores son plenamente conscientes de la dificultad de insertarse en una economía de elevada productividad y creciente grado de sofisticación tecnológica y de que existen serias dificultades estructurales para incorporarse o mantenerse en el sistema económico, precisamente por el bajo nivel de calificación o, por lo menos, por el antiguo, y en gran parte obsoleto, nivel de calificación.

En la Argentina de hoy, esa percepción colectiva constituye un dato de inocultable importancia política, porque revela una insatisfacción de fondo, la existencia de un clima social cargado por la sensación de zozobra y el miedo al futuro, que signa el comportamiento de la opinión pública y demanda una urgente respuesta.

Una revolución de la educación y del trabajo

La respuesta estratégica insoslayable a este desafío fundamental es la puesta en marcha de una verdadera Revolución de la Educación y del Trabajo, que promueva la rápida creación de las condiciones apropiadas para la incorporación activa de la Argentina a la sociedad del conocimiento que emerge en todo el planeta.

Señala Toffler: “*Se ha escrito tanto acerca de la sustitución del trabajo humano por el de los equipos informatizados que, con frecuencia, pasamos por alto los modos en que también reemplazan al capital*”.

Añade que “*en cierto sentido, los conocimientos representan desde luego, para el poder de las finanzas, una amenaza a largo plazo muy superior a la de las organizaciones sindicales o los partidos políticos anticapitalistas. Porque, en términos relativos, la revolución de la información mengua en una economía ‘capitalista’ la necesidad de capital por unidad producida. Nada podría ser más revolucionario*”.

Porque, explica, “*puesto que reduce la necesidad de materias primas, mano de obra, tiempo, espacio, capital y otras aportaciones, el conocimiento pasa a ser el sustituto definitivo, el recurso crucial de una economía avanzada. Y a medida que esto sucede, su valor sube como la espuma*”.

Desde una perspectiva estratégica, que desecha por inútil los planteamientos meramente discursivos, lo esencial para abordar cualquier problema importante está en la fuerza con que se cuenta para enfrentar la debilidad que se pretende resolver. Porque sólo desde la fortaleza, o sea desde los recursos de poder que se tengan en un tiempo y espacio determinados, pueden enfrentarse y resolverse las vulnerabilidades.

En este caso específico, la Argentina tiene una importante

Lo esencial para abordar cualquier problema importante está en la fuerza con que se cuenta para enfrentar la debilidad que se pretende resolver.

La Argentina tiene una importante ventaja comparativa. Cuenta con una infraestructura de telecomunicaciones situada entre las más avanzadas del mundo.

ventaja comparativa que es necesario utilizar con un claro sentido social. Cuenta con una infraestructura de telecomunicaciones que tecnológicamente está situada entre las más avanzadas del mundo. Está por ello en excelentes condiciones para participar, en términos de Al Gore, en la “autopista de la información”.

Esa ventaja tecnológica, generada por la existencia de una amplia red de fibra óptica y por la digitalización casi total del sistema telefónico, que coloca estructuralmente a la Argentina en los umbrales de la interactividad, esto es del escalón tecnológico más avanzado en el sector estratégicamente más importante de la economía mundial, está fortalecida por la amplia expansión del sistema de televisión por cable, al que está abonado ya la mayoría de los hogares argentinos.

La limitación para el empleo de dicha infraestructura de avanzada está por el lado de los costos, que restringen las posibilidades para su utilización intensiva y para el acceso masivo de la población. De allí la significación que adquiere la desregulación del sistema de telecomunicaciones, destinada a inducir una sensible reducción en el costo de los servicios.

A partir del año próximo, el país empezará a tener no sólo un sistema de telecomunicaciones ubicado en la vanguardia tecnológica, sino también uno de los sistemas de telecomunicaciones más competitivos de todo el planeta. En vez de una estructura monopólica, en la que dos compañías telefónicas se reparten el

mercado en sendas zonas geográficas, sin competir entre sí, habrá cuatro grandes consorcios que competirán libremente y en igualdad de condiciones en todo el territorio nacional.

El resultado inevitable de este cambio de escenario es la tendencia a un continuo abaratamiento del servicio. Se trata entonces de articular la fuerte reducción de costos, surgida del proceso de desregulación, con una acción firmemente orientada a colocar a la herramienta informática y sus múltiples usos, con todas sus implicancias económicas, sociales y culturales, al alcance del conjunto de la sociedad, sobre todo de los sectores más humildes de la población.

La alfabetización informática

Todo esfuerzo en esa dirección configura la más valiosa de las inversiones sociales, porque redundará en el mejoramiento del capital humano y de las condiciones de vida de los argentinos.

En la segunda mitad del Siglo XIX, la extraordinaria visión educadora de Sarmiento, continuada por la generación del ochenta, a través de la implantación de la enseñanza gratuita y obligatoria, posibilitó un formidable proceso de alfabetización masiva, que cambió a la Argentina, la afianzó en el primer lugar de América Latina y le permitió ocupar un sitio de privilegio en el concierto internacional a principios del Siglo XX.

Un siglo después, hace falta munirse de una visión de igual

*El desafío real es una nueva alfabetización masiva,
para erradicar el neo-analfabetismo funcional
vinculado con las herramientas de la
informática y de las telecomunicaciones.*

Esto implica la democratización del acceso a las nuevas tecnologías para ponerlas al alcance del conjunto de la sociedad, así como se hizo con la escolaridad gratuita.

audacia y envergadura histórica, para que los argentinos de todos los escalones sociales y de todas las edades puedan desarrollarse personal y colectivamente en las condiciones extremadamente competitivas de la nueva sociedad mundial.

En este sentido, no alcanza con avanzar en la indispensable informatización del sector público y de las empresas medianas y pequeñas. Ni en la multiplicación de las redes de comunicación de todo tipo, tanto públicas como privadas y comunitarias. Ni siquiera con el aprovechamiento adecuado de la absolutamente imprescindible informatización del sistema educativo en todos sus niveles. Todas éstas son condiciones necesarias pero no suficientes. Porque el desafío real es una nueva alfabetización masiva, para erradicar el neo-analfabetismo funcional vinculado con las herramientas de la informática y de las telecomunicaciones. Esto implica la democratización del acceso a las nuevas tecnologías para ponerlas al alcance del conjunto de la sociedad, así como se hizo con la escolaridad gratuita y obligatoria a fines del siglo pasado.

Es fundamental comprender que este replanteo estratégico apunta muchísimo más allá de la transformación del sistema educativo formal, que ya está en marcha y cuyos primeros resultados empezarán a percibirse en los próximos años. Aquí y ahora, la Argentina se encuentra ante el hecho de que la inmensa mayoría de su población, que ya ha pasado por la etapa de la educación formal, tiene una apremiante demanda educativa, de cuya satis-

facción depende su inserción social.

Por otra parte, la vertiginosidad de los incesantes cambios científico-tecnológicos y su inevitable incidencia en el mundo del trabajo, en los hábitos culturales y en la vida cotidiana, dejan definitivamente atrás el concepto de educación concebido como una etapa de la vida. Hoy, la educación constituye un proceso de aprendizaje permanente que abarca a todas las edades y representa una nueva dimensión de la existencia humana.

Junto a los niveles tradicionales de la enseñanza primaria, secundaria y universitaria, irrumpe hoy con creciente intensidad la necesidad de impulsar un “cuarto nivel” educativo, de características no formales, para incorporar nuevos conocimientos y nuevas capacidades, ya no durante una edad determinada sino a lo largo de toda la vida.

Desde esta perspectiva, en esta nueva época histórica del mundo, la educación formal, en sus sucesivas etapas, no tiene como misión básica la acumulación de conocimientos. Su objetivo principal, tal vez el único que le otorga sentido a su existencia, es enseñar a aprender. Porque la formación para ese aprendizaje continuo será la única herramienta para el esfuerzo de adaptación a una sociedad en cambio constante.

En términos estratégicos, es decir de políticas de mediano y largo plazo, es aquí, y en ninguna otra parte, donde está la llave

En esta nueva época histórica el objetivo principal de la educación es enseñar a aprender, la llave maestra para enfrentar el problema del desempleo y la marginalidad.

La tarea de dar un salto cualitativo en el campo de la calificación profesional de la fuerza de trabajo es tan trascendente y revolucionaria como lo fue la legislación laboral en 1945.

maestra para enfrentar exitosamente el problema del desempleo, la pobreza y la marginalidad social, tanto en la Argentina como en cualquier punto del planeta.

El reciclaje permanente es el instrumento insustituible para la elevación de la calificación profesional de la fuerza de trabajo, exigencia insoslayable de una economía cada vez más dinámica y sofisticada. La vinculación entre el mundo de la educación y el mundo del trabajo, cruzados ambos por el vector del cambio tecnológico, es una necesidad imperiosa en todas partes. Es el único camino para reducir las desigualdades sociales y garantizar una auténtica igualdad de oportunidades para todos.

En la Argentina de fin de siglo, la tarea de dar un salto cualitativo en el campo de la calificación profesional de la fuerza de trabajo, redefinida en estos términos de autoeducación permanente de la sociedad, adquiere una significación social tan trascendente y revolucionaria como la que tuvo la legislación laboral que distinguió a la revolución social encarnada por el peronismo entre 1945 y 1955.

Rol del Estado y protagonismo de la sociedad

Un informe elaborado a principios de este año por la OCDE, con el título “*Hacia la sociedad global de la información*”, contiene

recomendaciones específicas a los gobiernos acerca de la necesidad de orientar el aprovechamiento intensivo de las nuevas tecnologías de las comunicaciones en beneficio del conjunto de la sociedad.

En realidad, este desafío exige su definición como prioridad estratégica de la acción del Estado en los próximos años. No hay tarea más importante en el plano social que la de asumir el liderazgo de lo que podría definirse como un vasto Plan Nacional de Alfabetización Informática y alentar, por todos los medios disponibles, el esfuerzo de autoeducación colectiva de la sociedad.

Existen varias experiencias que conviene tomar en cuenta con vistas a su más amplio despliegue. El acuerdo suscripto a fines de 1997 entre Telecom y el Instituto Nacional de Educación Técnica (INET), que permite el acceso gratuito a Internet de un millar de escuelas públicas de todo el país, constituye una iniciativa digna de tenerse en cuenta.

La experiencia piloto de instalación de una conexión gratuita de Internet en dos villas de emergencia del Gran Córdoba, impulsada por la Secretaría de Comunicaciones, representa otra demostración de las posibilidades abiertas para la utilización de la poderosa infraestructura creada en estos años en materia de telecomunicaciones para la satisfacción de las necesidades sociales de todos los sectores del país.

En el mismo sentido, cabe inscribir el proyecto de “Ciber-ciudad” impulsado por la Secretaría de Planeamiento Es-

No hay tarea más importante en el plano social que la de asumir el liderazgo de un vasto Plan Nacional de Alfabetización Informática y alentar el esfuerzo de autoeducación de la sociedad.

El Estado tiene que concentrar su rol en la reorientación en esta nueva dirección del gasto social y educativo.

tratégico de la Presidencia de la Nación, en conjunto con las cinco cámaras empresarias del sector informático y de las telecomunicaciones, y con el respaldo de Telefónica de Argentina y de otras empresas y Organizaciones No Gubernamentales, orientado explícitamente hacia el protagonismo de la sociedad en esta transformación educativa y cultural.

Dicha iniciativa consiste en la realización de una experiencia de informatización total y de capacitación masiva de la población en el empleo de las nuevas tecnologías en distintos municipios de diferentes provincias, empezando por la ciudad bonaerense de Benito Juárez, con el apoyo de las autoridades locales y la activa participación de Organizaciones No Gubernamentales, que asumirán de esa manera la responsabilidad de promover, en cada lugar del país, el acceso de sus respectivas comunidades a la sociedad del conocimiento.

El Estado tiene aquí un papel central que puede sintetizarse en la asunción de tres responsabilidades indelegables. En primer término, tiene que concentrar su rol en la reorientación en esta nueva dirección del gasto social y educativo y de los múltiples programas públicos de recapacitación laboral y profesional. En segundo lugar, tiene que avanzar decididamente en el camino de la descentralización, a través de la creciente transferencia de responsabilidades y de recursos hacia las provincias y, sobre todo, hacia los municipios. Por último, y esto es absolutamente esen-

cial, tiene que orientar, suscitar y promover el esfuerzo comunitario. Porque la acción del Estado no puede suplir de ninguna manera la iniciativa propia de la sociedad.

Por su naturaleza y magnitud, esta cruzada educativa de nuevo tipo estaría condenada de antemano al fracaso si quedase librada exclusivamente a la acción estatal. La dimensión del desafío exige poner sobre el escenario la más importante de las ventajas comparativas que puede exhibir el país a la hora de enfrentar los problemas sociales: el protagonismo de la sociedad civil, asumido a través del amplio tejido solidario que conforma la acción de miles y miles de Organizaciones No Gubernamentales, que Perú definiría como las “organizaciones libres del pueblo”.

En este punto, el sindicalismo argentino tiene un rol decisivo que cumplir. Por su experiencia histórica y su capacidad organizativa, los sindicatos están en condiciones de convertirse en los principales actores sociales de este esfuerzo de autoeducación colectiva de la sociedad, en beneficio del país entero y en particular de sus propios afiliados.

Así como hace treinta años, el sindicalismo encaró, y a su modo resolvió, el problema de la atención de la salud de los trabajadores, suscitado por el deterioro del sistema estatal, en esta nueva etapa histórica está llamado a encarar la misión de impulsar este indispensable salto cualitativo en la formación laboral y profesional de la fuerza de trabajo.

Por su naturaleza y magnitud, esta cruzada educativa de nuevo tipo estaría condenada de antemano al fracaso si quedase librada exclusivamente a la acción estatal.

De esa forma, podrán recrear su representatividad social, relegitimar la relación con sus afiliados a partir de la satisfacción de una de sus necesidades más perentorias y revalidar su imagen hacia el conjunto de la sociedad.

Hay múltiples síntomas de que, al menos incipientemente, esto ya está empezando a ocurrir. Cada vez son más numerosas en cantidad y más ricas en calidad las experiencias sindicales en materia de programas de capacitación laboral. El proyecto de creación de la Universidad de la Producción y del Trabajo, motorizado por un conjunto de organizaciones sindicales, puede significar, en este sentido, el punto de partida de una nueva etapa en la historia del sindicalismo argentino.

El principal desafío de la Argentina que viene es el de incorporarse como Nación, esto es como comunidad de destino histórico, a la sociedad del conocimiento que emerge a escala planetaria. Hacerlo no es una tarea para tecnócratas. Requiere el concurso organizado de toda la sociedad. Ello exige una Revolución Política que abra cauce al cambio social.

CAPITULO IX

REVOLUCION POLITICA Y CAMBIO SOCIAL

“Una gran parte del país ha esperado y seguramente seguirá esperando que las cosas sucedan por arte de magia. Esperan que el régimen político mejore.

Esperan que sea sustituido. Incluso esperan el incumplimiento de alguna promesa histórica fatal, de ésas que suelen esclavizar a los revolucionarios dogmáticos. Esperan que suceda lo que deba suceder.

Pero, ¿de quién lo esperan? Por de pronto -y esto es lo más grave- de alguien que no son ellos mismos”.

(Dionisio Ridruejo, *Escrito en España*).

Es indispensable comprender que, para enfrentar y resolver definitivamente el problema de la pobreza y la exclusión social, no alcanzan el crecimiento económico ni la también indispensable mejor asignación del gasto social. Son condiciones imprescindibles pero no suficientes. Es preciso reformar todo el sistema de instituciones del Estado vinculadas en forma directa con la sociedad. La refundación del Estado, a través de una profunda reforma político-institucional, es el requisito necesario para que el crecimiento económico de la Argentina pueda adquirir un carácter socialmente inclusivo y equitativo.

Las denominadas “reformas de segunda generación”, que abarcan desde la educación hasta la salud, pasando por la justicia y la seguridad pública, requieren la paulatina construcción de amplios consensos políticos y sociales, que permitan su ejecución continuada en el tiempo. Demandan entonces la edificación gradual de un sistema político-institucional renovado y eficaz.

Existe hoy en la Argentina una contradicción que viene alcanzando creciente intensidad. Por un lado, emerge una nueva estructura económica y social, dotada de un alto nivel de complejidad, de un fuerte dinamismo y de una estrecha vinculación con el mundo globalizado, como la instaurada en el país en la década del 90. Por el otro, subsiste una estructura política tradicional, preexistente a esa transformación.

No es un fenómeno únicamente argentino. El avance de la

La refundación del Estado es el requisito necesario para que el crecimiento económico de la Argentina pueda adquirir un carácter socialmente inclusivo y equitativo.

Hay un creciente descreimiento colectivo acerca de la política y de los políticos. La sociedad los percibe como impotentes para guiar el curso de los acontecimientos.

globalización económica y el consiguiente desdibujamiento de los estados nacionales, la tendencia hacia la descentralización, los efectos horizontalizadores de la revolución de la información que se extiende por todo el planeta y las nuevas posibilidades abiertas para el protagonismo de la sociedad civil confluyen en todas partes para generar una crisis generalizada de los mecanismos de representación y de los sistemas políticos tradicionales.

Resultado de todo esto es un creciente cuestionamiento mundial a la legitimidad de los sistemas políticos y un descreimiento colectivo acerca de la política y de los políticos, a los que la sociedad percibe como impotentes para guiar el curso tumultuoso de los acontecimientos.

Al enfocar esta situación en Estados Unidos, Toffler afirma que *“en ninguna parte es la obsolescencia tan manifiesta o peligrosa como en nuestra vida política. Y en ningún terreno encontramos ahora menos imaginación, menos experimentación, menos disposición a encontrar un cambio fundamental”*.

En estas nuevas condiciones históricas, de acuerdo con la naturaleza de los problemas pendientes de solución, las tareas de conducción del Estado no pueden circunscribirse ya únicamente a la órbita de acción de un gobierno determinado, sino que requieren ser abarcadas desde la totalidad de un sistema político-institucional remozado y puesto en sintonía con el reloj del mundo y con las nuevas expectativas de la sociedad.

La gobernabilidad de un cuerpo social de las características que distinguen a la Argentina de hoy sólo puede encararse en plenitud desde un sistema político acorde con el nivel de los tiempos.

Para construirlo, hay que partir de la definición de que ningún sistema político eficaz puede tener un grado de complejidad menor al de la riqueza y la diversidad de la sociedad a la que pretende encauzar. Cuando tiene menor complejidad, estará en retraso con su época y no puede responder en forma adecuada a las demandas sociales.

Esa es la expectativa reflejada en la opinión pública y la voluntad de cambio manifestada claramente por una sociedad cada vez más exigente, abierta y participativa, que no se conforma con lo hecho, sino que reclama con energía lo que falta por hacer.

El centro de la cuestión es la necesidad de una renovación a fondo del sistema político, que se traduzca en una revalidación del principio de legitimidad y de transparencia en el desenvolvimiento de todas las instituciones públicas argentinas. Se trata, nada más y nada menos, de encarar una verdadera Revolución Política, orientada hacia una mayor participación de la sociedad civil en el campo de las decisiones. De avanzar en la construcción del reino de la libertad.

Esto sólo es posible a través de la profundización de la democracia en todos los órdenes. Con la absoluta convicción de que los males de la democracia sólo se corrigen con más democracia.

Ningún sistema político eficaz puede tener un grado de complejidad menor al de la riqueza y la diversidad de la sociedad a la que pretende encauzar.

Se trata, nada más y nada menos, de encarar una verdadera Revolución Política orientada hacia una mayor participación de la sociedad civil en el campo de las decisiones.

Participación y transparencia

La reforma constitucional de 1994 abrió la posibilidad de realizar una transformación institucional fundada en la profundización de la democracia, instalada para siempre en la Argentina a partir de 1983. Así como la Carta Magna de 1853 configuró durante décadas todo un programa para la organización de la República, la reforma constitucional del 94 constituye en sí misma un programa para afrontar y resolver el desafío pendiente de la recreación del sistema de instituciones políticas argentinas.

Una somera enumeración de las enmiendas incorporadas al texto constitucional alcanza para fundamentar esta afirmación : la creación del Consejo de la Magistratura y la consiguiente modificación del sistema para la designación y el juicio político a los magistrados; la incorporación de los mecanismos de democracia directa y semidirecta, como la iniciativa popular y la consulta popular, la institucionalización en la órbita parlamentaria de organismos de control como la Auditoría General de la Nación, confiada por disposición constitucional a un representante de la principal oposición, y de la Defensoría del Pueblo , la creación de la Jefatura de Gabinete, con exigencia de aval parlamentario, obligación de rendir cuentas mensualmente y posibilidad de remoción por el Congreso Nacional; la autonomía de la ciudad de Buenos Aires y la elección popular de su Jefe de Gobierno; la elección directa de los senadores

nacionales y la inclusión de un tercer senador por la minoría en cada distrito; la habilitación del mecanismo de la regionalización y la facultad conferida a las provincias para celebrar acuerdos económicos internacionales; y las garantías establecidas para el libre y autónomo funcionamiento del régimen municipal.

Algunos elementos de esta transformación ya están vigentes. Otros esperan aún su pertinente reglamentación legislativa. Pero para que sean realmente efectivos no pueden concebirse ni formularse como iniciativas aisladas. Tienen que estar inscriptas en una visión de conjunto, orientada sistemática y deliberadamente hacia una transformación de fondo del sistema político-institucional argentino.

La integración y puesta en funcionamiento del Consejo de la Magistratura es un paso adelante en el camino de la reforma del Poder Judicial. Las iniciativas tendientes a la implantación del juicio por jurados, que acerca la esfera de las decisiones judiciales a la sociedad, y del sistema de mediación comunitaria, con mediadores surgidos de las Organizaciones No Gubernamentales para litigios de menor cuantía, apuntan a profundizar esa transformación del sistema judicial, iniciada con la implantación del juicio oral y público en materia penal, para colocar a la justicia argentina en sintonía con las nuevas realidades y con las legítimas demandas de la opinión pública.

Otro punto fundamental en este terreno es la Reforma Po-

Un punto fundamental es la Reforma Política, que tiene tres pilares: la sanción de una ley de financiación de la actividad partidaria, la modificación del sistema de “listas sábana” y la instauración de las “internas abiertas”.

Singular importancia tienen, hoy, la puesta a punto de todos los mecanismos jurídico-institucionales, que promuevan la transparencia administrativa, y el control jurisdiccional de los actos de gobierno.

lítica, que tiene tres pilares fundamentales: la sanción de una ley que garantice la transparencia en la financiación de la actividad partidaria, la modificación de la legislación electoral para reformar el actual sistema de las “listas sábana” y la instauración del mecanismo de “internas abiertas” para la elección de candidatos a cargos electivos en todos los partidos políticos argentinos.

Similar importancia tienen hoy la puesta a punto de todos los mecanismos jurídico-institucionales que promuevan la transparencia administrativa y el control jurisdiccional de los actos de gobierno, concebidos como instrumentos tendientes a prevenir y sancionar los actos de corrupción: la sanción parlamentaria de la Ley de Ética Pública, la acción de la Oficina Nacional de Ética Pública, el tratamiento de una legislación adecuada contra el lavado de dinero, la modificación de los mecanismos administrativos y judiciales para combatir la enorme evasión fiscal y previsional y la reciente ratificación por la Argentina de la Convención Interamericana de Lucha contra la Corrupción.

Pero no hay que engañarse: el tratamiento y resolución de esta nutrida agenda, con toda la enorme importancia que reviste para la renovación a fondo del sistema político-institucional, carecería empero del carácter cualitativamente transformador que implica la Revolución Política que demanda la Argentina de hoy si no estuviera acompañada, en un solo y mismo movimiento, por un vasto proceso de descentralización política.

Porque, en todos los casos, el criterio fundamental de esta transformación político-institucional es terminar con las grandes estructuras burocráticas y piramidales y acercar lo más posible a la base el poder de decisión sobre todas las cuestiones inherentes a la vida comunitaria.

Por eso, la prioridad estratégica para esta transformación revolucionaria del sistema de instituciones públicas argentinas reside en el impulso generalizado a la descentralización político-administrativa en todas direcciones. Hacia las regiones, hacia las provincias, hacia los municipios y, fundamentalmente, hacia las propias organizaciones sociales.

Municipios y protagonismo popular

El punto de partida de este gran esfuerzo revolucionario de descentralización política quedó fijado en 1998 con la revalorización del rol de los municipios. Porque la nueva realidad se expresa con creciente intensidad en todos los planos, pero tiene sus manifestaciones más concretas y cotidianas en los niveles locales, donde existe mayor proximidad entre el ciudadano y la cosa pública. Y una de las consecuencias de la tendencia hacia la globalización es, paradójicamente, el ensanchamiento del campo de acción de las unidades políticas, socialmente más pequeñas, en las que se suele reflejar con mayor fuerza el protagonismo social.

Una consecuencia de la globalización es el ensanchamiento del campo de acción de las unidades políticas, socialmente más pequeñas; palancas del protagonismo social.

Lo decisivo para enfrentar los problemas sociales pendientes en la Argentina es alentar la recreación del tejido de solidaridad social de su comunidad.

La constitución de la Federación Argentina de Municipalidades (FAM), que congrega a los 2000 municipios existentes en la Argentina, institucionaliza la aparición en el escenario nacional de un nuevo actor político-institucional llamado a tener enorme incidencia en el futuro inmediato.

Porque el afianzamiento de las autonomías provinciales demanda ahora ser complementado con un proceso de descentralización dentro de cada provincia. Ello requiere, por ejemplo, que los impuestos provinciales lleguen a los municipios a través de un régimen de coparticipación automática. Igualmente que la gestión de las escuelas y los hospitales públicos, traspasada ya desde el Estado Nacional a las jurisdicciones provinciales, sea asumida progresivamente por los municipios y las organizaciones sociales de cada localidad.

Ese fortalecimiento del rol de las comunas requiere articularse con el activo protagonismo de la sociedad civil, a través de las Organizaciones No Gubernamentales, aquellas que Perón definiera, hace ya medio siglo, como las “organizaciones libres del pueblo”, motores insustituibles de la construcción de una comunidad organizada.

Porque lo decisivo para enfrentar y resolver los problemas sociales pendientes en la Argentina es alentar la recreación del extenso tejido de solidaridad social de su comunidad, a través de la acción de sus miles y miles de Organizaciones No Gubernamentales.

En el mundo de hoy, el signo distintivo de la consolidación del sistema democrático es el fortalecimiento de la sociedad civil. En esta nueva era económica, política y cultural es cada vez más reducido el espacio de gestión de los aparatos estatales. En cambio, es mayor el papel de las múltiples expresiones que configuran el polifacético entramado de la sociedad.

En estas nuevas circunstancias históricas, las Organizaciones No Gubernamentales empiezan ya a desenvolverse como verdaderas “organizaciones neo-gubernamentales”. Su acción está cada vez más concebida como supletoria del Estado. Conforman lo que internacionalmente empieza a denominarse el “Tercer Sector”, para diferenciarlo del sector estatal y del económico privado. Su esfera de responsabilidad aumenta y canaliza una inmensa energía social, generalmente no tenida en cuenta en la superficie política, algo parecido a lo que sucedía entre el sistema político y el mundo del trabajo hasta la puesta en marcha de la empresa revolucionaria encarnada por Perón en 1945.

Las organizaciones sociales de la época que vivimos no son algo estático. Cambian continuamente, junto con la sociedad y sus nuevos desafíos. Nada tienen que ver con la vieja imagen de una Argentina corporativa. Muchas veces expresan movimientos sociales surgidos al calor de nuevos problemas. En ocasiones, nacen incluso con un solo objetivo, puntual y específico, y desaparecen con su cumplimiento.

*En estas nuevas circunstancias históricas,
las Organizaciones No Gubernamentales
empiezan ya a desenvolverse como verdaderas
“organizaciones neo-gubernamentales”.*

La comunidad organizada del Siglo XXI constituye una visión eminentemente dinámica, y concibe a la democracia como un ejercicio constante de participación y de autogobierno.

De allí que la noción de comunidad organizada, en el mundo de fin de siglo, no evoque ya a un sistema de instituciones sociales establecido e inmutable, característico de la Edad Media y también de la sociedad industrial. La comunidad organizada del Siglo XXI constituye una visión eminentemente dinámica, abierta al cambio de expectativas de una sociedad en creciente ebullición, cada vez más exigente y mejor informada, que concibe a la democracia no sólo como una forma de representación política, sino como un ejercicio constante de participación y de autogobierno popular.

Por todo esto resulta fundamental promover la libertad de acción de las Organizaciones No Gubernamentales, que posibilite el despliegue de su infinita capacidad creadora para resolver los problemas sociales pendientes, no a partir del paternalismo estatal, en sus variantes asistencialistas o tecno-burocráticas, sino a partir del protagonismo de los propios afectados, esto es de la acción organizada de los sectores populares.

Las fuerzas de la sociedad

Estados Unidos no es sólo el país económica, tecnológica y militarmente más importante del mundo. Es también el país donde tiene mayor desarrollo la sociedad civil como actor social y político. Según el “Estudio de Valores Mundiales” de 1990, la sociedad norteamericana tiene tasas más altas de participación

en organizaciones voluntarias que cualquier otra nación. El 82% de los norteamericanos pertenecen a por lo menos una organización comunitaria, condición que comparten con el 53% de los alemanes, el 39% de los franceses, y el 36% de los japoneses. En 1991, el 49% de los ciudadanos norteamericanos realizaba algún tipo de trabajo voluntario, contra el 19% de los franceses y el 13% de los alemanes.

Lester Salaman, un estudioso del tema, dice que hay en Estados Unidos alrededor de 750.000 organizaciones sin fines de lucro. En 1996, esas entidades desembolsaron en gastos de operación alrededor de 433.000 millones de dólares. No todos los componentes de este sector aportan de igual manera a su escala económica. El subsector de la salud representa alrededor del 60% de esos gastos y el de educación está en el 20%.

Esas organizaciones sin fines de lucro representan aproximadamente la mitad de los hospitales estadounidenses, la mitad de las universidades e institutos de educación superior, el 60% de los organismos dedicados a servicios sociales y la inmensa mayoría de las asociaciones cívicas. Sin esa presencia de una sociedad civil activa y organizada no se puede entender el funcionamiento del sistema político y social norteamericano, caracterizado históricamente por la escasa injerencia del Estado.

Se trata de un fenómeno mundial. En la Conferencia de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y el Desarrollo, efec-

En una cada vez más extensa gama de actividades, existen infinidad de redes que vinculan internacionalmente a miles de Organizaciones No Gubernamentales.

Las Organizaciones No Gubernamentales conforman las bases de lo que ya empieza a caracterizarse como una “sociedad civil mundial”.

tuada en Río de Janeiro en 1992, estuvieron acreditadas oficialmente por la ONU alrededor de 1400 Organizaciones No Gubernamentales. Varios miles más participaron simultáneamente en un foro paralelo realizado en la misma ciudad. En la conferencia anterior de 1989, las Organizaciones No Gubernamentales acreditadas eran sólo cuarenta y ocho.

No se trató de un hecho aislado. Movilizaciones similares acompañaron la realización de la Conferencia de Derechos Humanos, celebrada en Viena en 1993, la Conferencia sobre población de El Cairo, en 1994, la Reunión Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social en 1995 y la Conferencia Mundial de la Mujer en Pekín en 1995.

Hay aquí un nuevo fenómeno mundial, que forma parte de la tendencia hacia la globalización. En una cada vez más extensa gama de actividades, que va desde la defensa de los derechos humanos hasta la lucha contra las drogas, pasando por la acción social en múltiples direcciones y la afirmación de los derechos del consumidor, existen infinidad de redes que vinculan internacionalmente a decenas de miles de Organizaciones No Gubernamentales de todo tipo, que conforman las bases de lo que ya empieza a caracterizarse como una “sociedad civil mundial”.

En muchos casos, existen ya organizaciones civiles internacionales de extraordinaria envergadura. La Organización Internacional de Uniones de Consumidores (OIUC) nuclea a organizaciones de defensa de los derechos del consumidor de más de ochenta

ta países. Esas experiencias tienden a generalizarse en el campo de las más diversas actividades sociales.

Los organismos internacionales, como el Banco Interamericano de Desarrollo, han replanteado su estrategia de financiación para los programas sociales en los países receptores de crédito a partir de la certificación de que la participación activa de las Organizaciones No Gubernamentales constituye una mejor garantía para el éxito de dichos programas.

En el marco de las transformaciones estructurales realizadas en la Argentina en la década del 90, puede decirse que el rol de las Organizaciones No Gubernamentales en el tratamiento y la solución de los problemas sociales pendientes tiene una importancia equivalente al papel de la empresa privada para el funcionamiento del sistema económico.

A la libertad política reconquistada para siempre en 1983 y a la libertad económica instaurada a partir de 1989, hay que agregar la consagración de una auténtica libertad social. No basta con garantizar los derechos del individuo. No basta con liberar las fuerzas del mercado. Hay que desatar también la fuerza creadora de la sociedad.

Esa potencialidad es verdaderamente inmensa. Según un estudio efectuado recientemente por la empresa Gallup, alrededor del 20% de la población argentina realiza en la actualidad algún tipo de trabajo voluntario vinculado con la acción social. Esto significa que hay más de 2.000.000 de argentinos que destinan vo-

A la libertad política reconquistada en 1983 y a la libertad económica instaurada a partir de 1989, hay que agregar la consagración de una auténtica libertad social.

La Argentina puede exhibir con orgullo un sistema de organizaciones sociales que es, sin duda, el más desarrollado de toda América Latina y muy destacado a nivel mundial.

luntariamente parte de su tiempo en actividades comunitarias.

Perón solía decir que “lo mejor que tenemos es el pueblo”. Pero su idea de pueblo, que él diferenciaba precisamente de la noción de “masa”, estuvo siempre impregnada de un elemento distintivo: la organización. Y la Argentina puede exhibir con orgullo un sistema de organizaciones sociales que es, sin duda, el más desarrollado de toda América Latina y con muy escasos puntos de comparación a nivel mundial.

Las organizaciones libres del pueblo

El sindicalismo argentino, recreado por el peronismo a partir de 1945, tiene un vigor social y político cualitativamente superior al de cualquier otra parte del mundo. A pesar de la crisis que lo afecta en la actualidad, originada en la imperiosa necesidad de encarar un proceso de reconversión a las transformaciones operadas en la década del 90, encierra un potencial organizativo y una capacidad de acción que resultan de primera magnitud a la hora de encarar la gigantesca tarea social pendiente de impulsar un salto cualitativo en la calificación laboral y profesional de la fuerza de trabajo.

Hay en la Argentina varios miles de organizaciones vecinales -juntas vecinales, sociedades de fomento, etc.- diseminadas a lo largo y a lo ancho del territorio nacional, con presencia en cada rincón del país, que canalizan la acción solidaria y la búsqueda

da de soluciones concretas a múltiples problemas cotidianos, articuladas muchas veces en federaciones y aún en confederaciones provinciales, como ocurre por ejemplo en Mendoza, o de carácter nacional, como la Confederación Vecinalista y Fomentista de la República Argentina.

Hay miles de clubs sociales y deportivos distribuidos por todas partes, agrupados también en múltiples federaciones y confederaciones, que desarrollan una enorme diversidad de actividades, cuentan en conjunto con una formidable infraestructura física, tienen un hondo arraigo social y encauzan el instinto gregario y el espíritu asociativo de centenares de miles de argentinos.

Hay cerca de 2000 bibliotecas populares en todo el país, resultado de una larga historia iniciada a principios de siglo por los militantes socialistas y sostenidas hoy por una extensa y anónima red voluntaria integrada por hombres y mujeres que organizan la prestación de servicios culturales a una ancha franja de la sociedad.

Hay centenares de asociaciones de padres de alumnos y de cooperadoras escolares y hospitalarias que desempeñan un papel fundamental en el sostenimiento de los establecimientos educativos y de salud y que puján por tener un rol decisivo en la administración de ambos servicios esenciales.

Hay más de 3500 cooperativas, que reúnen a más de 6.000.000 de asociados, están agrupadas en federaciones y confederaciones de acuerdo a su actividad específica, tienen presencia en

Hay cerca de 2000 bibliotecas populares en todo el país, resultado de una larga historia iniciada a principios de siglo por los militantes socialistas.

La actual red social argentina continúa una honda tradición asociativa iniciada a fines del siglo pasado con las primeras sociedades de socorros mutuos.

una amplia gama de rubros de la economía argentina, empezando por el sector agropecuario, y exhiben una activa participación en importantes emprendimientos sociales, como sucede en materia de vivienda y en la prestación de servicios públicos, como la telefonía y la energía eléctrica, en centenares de municipios de todo el país.

Hay más de 2000 entidades mutuales, con más de 1.500.000 de socios activos y una cantidad similar de socios adherentes y participantes, también nucleadas en federaciones y confederaciones que brindan servicios sociales de todo tipo y continúan una honda tradición asociativa -iniciada a fines del siglo pasado con la formación de las primeras sociedades de socorros mutuos constituidas por las diferentes colectividades de inmigrantes-.

Hay 3800 centros de jubilados, aglutinados en decenas de federaciones y varias confederaciones, la mayoría de las cuales han confluído recientemente en el Consejo General de la Tercera de Edad (CGTE), que se plantea una estrategia de organización y protagonismo político de la Tercera Edad, en una nueva era histórica en que los adelantos científicos generan un incremento sensible en la expectativa de vida de la población mundial, que suscita la emergencia de una problemática de nuevo tipo y el surgimiento de la Tercera Edad como una nueva identidad social y cultural, que en la Argentina reúne hoy a cerca de 4.000.000 de compatriotas.

Hay una gigantesca red de solidaridad, la más extendida de todas a nivel nacional, que está montada alrededor de las es-

estructuras parroquiales y de los movimientos laicos de la Iglesia Católica en todo el país, de las distintas iglesias cristianas y de las demás confesiones religiosas que, en conjunto, asumen una vastísima tarea social.

Hay alrededor de 2000 fundaciones abocadas a las más diversas actividades, entre ellas 600 consagradas al tema de salud, que administran establecimientos asistenciales de primer nivel, 500 dedicadas a la actividad educativa en todos sus niveles, incluidas varias universidades, y 200 concentradas en cuestiones vinculadas al desarrollo comunitario.

Hay también 11.000 asociaciones civiles, entre ellas más de 8000 inscriptas como entidades de bien público. Entre ellas revistan más de setecientas Organizaciones No Gubernamentales ambientalistas y ecologistas, más de 1200 instituciones pertenecientes a colectividades extranjeras y cerca de 300 establecimientos de salud.

Al mismo tiempo emerge un conjunto de organizaciones consagradas a la cada vez más candente problemática de la defensa de los derechos del consumidor y de los usuarios de los servicios públicos, uno de los rasgos salientes del concepto de “nueva ciudadanía”, que tiene como trasfondo estructural la transformación económica y la etapa pos-privatización de las empresas estatales.

En el ámbito de las fundaciones y de las asociaciones civiles, existe el Foro del Sector Social, integrado por un conjunto de

Todo este inmenso caudal de energía social es la base de una estrategia que tiene como eje la profundización de la democracia que genere las condiciones necesarias para encarar la solución del desafío social.

organizaciones comunitarias, entre ellas Cáritas, la Asociación Cristiana de Jóvenes, ALPI, Poder Ciudadano, la Confederación Evangélica Bautista Argentina y la AMIA, que se plantea como una Federación de Asociaciones Civiles y Fundaciones, con el fin de resolver las múltiples necesidades del Tercer Sector y remover los obstáculos que limitan sus posibilidades de funcionamiento.

En varias provincias argentinas, entre ellas Salta, Jujuy, Catamarca, La Rioja, San Juan y La Pampa, ya tienen existencia legal los Consejos Provinciales de Participación Social, que aglutinan a las entidades no gubernamentales de cada jurisdicción y avanzan, con un sentido federalista y de organización vertebrada desde abajo hacia arriba, hasta transformarse en una nueva forma de expresión del Tercer Sector como realidad emergente en el escenario político argentino.

Todo este inmenso caudal de energía social, canalizado a través de decenas de miles de Organizaciones No Gubernamentales que cubren virtualmente todas las actividades y todos los rincones del país, constituye la base de sustentación de una estrategia que tiene como eje la profundización de la democracia, que aliente la descentralización en todos los órdenes y que genere las condiciones necesarias para encarar la solución del desafío social, que es el centro neurálgico de la problemática argentina de fin de siglo.

Encarar esta tarea significa impulsar una revolución política y social, la tercera en la historia de la Argentina moderna.